

Jorge de Sena

**EL POLÍGRAFO
BARROCO MANUEL
DE FARIA E SOUSA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 569

JORGE DE SENA

**EL POLÍGRAFO BARROCO
MANUEL DE FARIA E SOUSA**

INTRODUCCIÓN
a la edición facsimilar de:

*Lusíadas de Luis de Camões
comentadas por Manuel de Faria e Sousa,
volume I*

Introdução de Jorge de Sena
Comissão Nacional do IV Centenário
da publicação de Os Lusíadas 1572-1972
Reprodução fac-similada pela edição de 1639
Lisboa 1972

<https://archive.org/details/lusiadasdeluisde00cam/mode/2up>

Traducción automática revisada

CLÁSICOS DE HISTORIA 569

ÍNDICE

Hemos introducido unos epígrafes en el texto de Jorge de Sena (posiblemente innecesarios] con la intención de facilitar su lectura.

[Una persona y una obra controvertida].....	4
[Su linaje].....	12
[Biografía literaria].....	19
[Los Comentarios a Os Lusíadas].....	32
[Agradecimientos].....	44
Anexo: Camões se dirige a sus contemporáneos.....	45

[UNA PERSONA Y UNA OBRA CONTROVERTIDA]

Es un gran honor para mí, que debo a la brillante iniciativa de la Imprensa Nacional-Casa da Moneda, haber sido llamado a escribir el prefacio para la reintegración a la cultura portuguesa de la edición anotada de [*Os Lusíadas*](#), preparada por Manuel de Faria e Sousa, y que vio la luz en Madrid en 1639, en vísperas de la Revolución de 1640. Sin duda, entre los eventos que han marcado la conmemoración del IV centenario de la publicación, en 1572, de la obra cumbre de la lengua portuguesa, este es uno de los más importantes: el más rico repositorio de comentarios sobre la epopeya, la fuente semiclandestina de más de tres siglos de erudición camoniana, uno de los monumentos más extraordinarios erigidos por alguien, con devoción, a un poeta y a una cultura; esto es lo que vuelve abierta y públicamente al mundo portugués, que es el suyo.

El propio Camões e incluso Faria e Sousa sonreirían al pensar que este IV centenario da lugar a esta sensacional «reedición», que el gigantismo de la obra siempre había impedido, exactamente 333 años después de su publicación... El cabalista vería aquí una clara señal de que este centenario significa, o debería significar, sobre todo, la resurrección de un poema mucho más grande y ambicioso que la celebración de las glorias. Lusitano, su pretexto, porque es la celebración, a través de ellas, de la victoria de la *virtud* sobre las contingencias, y de cómo con tal *virtud* se reconquista, más que la inmortalidad histórica, el paraíso perdido.

Quizás se diga que mis simpatías por la cultura española, por un lado, y mi condición de «extranjero», por otro, me indicaron, irónicamente, y no tanto como la competencia camoniana que se me reconocía, escribir el prefacio a la obra camoniana de Faria e Sousa. En primer lugar, el hecho de que esta obra suya se publicara en español —para influir más directamente en la cultura hispánica y difundir más ampliamente a Camões en Europa— no la hace menos un monumento de la cultura portuguesa, ya que no sólo lo escrito en portugués la defiende, propaga, ilumina o expande. Pero, incluso si se usara y explotara la ironía, la asumo con gusto y la afronto. Hemos sido bastantes los «extranjeros» en este país, desde su fundador, mitad leonés y mitad borgoñón, aunque rara vez, si alguna, lo suficiente como para defender de sí misma a una cultura que hace todo lo posible —o, más precisamente, nada— por ignorarse y ser ignorada.

No se puede decir que la personalidad y la vasta obra de Faria e Sousa hayan sido controvertidas, pues se generalizó y aceptó fácilmente, sin visión crítica, condenarlo sin apelación, basándose en dos cuestiones convergentes: el hecho de que, en 1640, permaneciera en España, y la valoración peyorativa que la mayoría de los eruditos del siglo XIX hicieron de su inmensa labor como polígrafo —poeta, crítico, historiador, ensayista, etc. Se acumularon errores de perspectiva, y quizás también el intento más indecente de ocultar cuánto, al despreciarlo ostentosamente, se extraía de su erudición, de sus enfoques críticos, etc., especialmente en los estudios sobre Camões, al que había elevado a la categoría de gigantesco monumento.

La cuestión de juzgar a un autor por el hecho de no haber regresado a Portugal después de la Revolución de 1640, que restableció el país separado del esquema de la Monarquía Dual, que, muy del agrado de las oligarquías portuguesas, había funcionado durante sesenta años (hasta que las dificultades españolas hicieron peligrar esa estructura, que daba a la aristocracia portuguesa una posición privilegiada en el complejo hispánico, y la hizo para ellos menos interesante que la

independencia restaurada)¹, es claramente una extrapolación política, e incluso desde una perspectiva histórica: muchos de los «grandes» portugueses y sus sirvientes no regresaron hasta después de que sus privilegios fueran garantizados por el tratado de paz de 1668, y el mismo anatema no pesa sobre ellos. Ni, que se sepa, llevaron a cabo una tarea semejante —la defensa y difusión internacional, en la lengua franca de la Europa del siglo XVII que era el castellano, de las glorias y la dignidad de Portugal—, al que desempeñó Faria e Sousa con sus obras historiográficas y su actividad como polígrafo. Y, además, esos años cruciales de la década de los cuarenta, en el siglo XVII, están muy lejos de haber recibido, con amplitud y profundidad científica, la atención portuguesa que su compleja realidad exige y requiere.

1 La historia sociopolítica, y también cultural, del partido «portugués» en Castilla, como tal, aún está por escribir, tanto en Portugal como en España. Sus orígenes, si bien ciertamente arraigados en los intereses agrarios de la antigua aristocracia galaico-portuguesa y sus extensiones leonesas y castellanas (con gran reciprocidad, como lo demuestra el papel de los Castros y Meneses en Portugal, además de lo representado por otros clanes menores), deben buscarse con mayor precisión en la división política —tan poco estudiada— que se produjo entre los hombres que impulsaron la revolución de 1383-1385, y que envió a España a personalidades que pronto desempeñaron un papel destacado, creó algunos de los grupos familiares más poderosos de la España de los siglos XV y XVI y siempre mantuvo estrechos lazos con Portugal que, en los siglos XVI y XVII, sirvieron de base para la tremenda penetración lusitana a la que se vio sometida Castilla. La ambigüedad de posiciones que estas personas asumen tiene su contraparte en la ambigüedad política de la propia corona portuguesa durante el siglo XVI, cuando todo se hace para que la familia Avis y los Habsburgo sean un solo linaje (lo que, cabe destacar, ya era una continuación de una política portuguesa de la segunda dinastía, cuando el aislamiento y el asedio político de Castilla comienzan a identificarse con una calculada proyección europea que conduce a la propia absorción de Castilla por Portugal).

El esquema de la Monarquía Dual (y es importante destacar cuánto supieron explotar en su beneficio los reyes Felipe II y III de Castilla, al igual que las oligarquías portuguesas de forma paralela, los hábiles acuerdos puestos en vigor en 1582, que, con todas sus posibles limitaciones, les garantizaron, en el imperio español y en la propia España, una posición de privilegio que se les negaba expresamente a los españoles en Portugal y en su imperio) sería una consecuencia lógica de una aproximación que, en el siglo XVI, centraba la atracción portuguesa en la corte de la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, una corte que era un caldo de cultivo político y genealógico para personas que, a ambos lados de la frontera, no podían evitar identificar la visión de la imaginada República Cristiana, incluso contra los papas, por parte de los ideólogos de ese emperador, con el esplendor imperial en el que participaban y con sus propios intereses como oligarquías que así se promovían, tanto en Portugal como en España. Cuando España —su terrible problema porque Carlos V era, además de su rey, conde de Flandes, duque de Borgoña, archiduque de Austria y emperador alemán— se encontró dividida entre ser «europea» y «ultramarina» (y ésta es la clave, y no ninguna decadencia, de su caída y fosilización en la segunda mitad del siglo XVI, que las mentes más lúcidas de la España de entonces no dejaron de denunciar), con la complicación añadida de que la corona aragonesa de Carlos V era también, por intereses mediterráneos, italiana, y un punto más de divergencias irreconciliables, era inevitable que el precario equilibrio de la Monarquía Dual se rompiera, y que llegara el momento en que Francia —recogiendo los frutos de una unificación y centralización que los Estados ibéricos, Inglaterra, Flandes, Borgoña y el Imperio alemán habían hecho todo lo posible por impedir a lo largo de la Edad Media— pudiera utilizar las contradicciones del inmenso complejo imperial hispano-germánico, al que Portugal había ligado su destino, para sus ventajas hegemónicas.

En el momento en que la hegemonía universal de ese complejo imperial se vio desafiada por potencias emergentes en el mar (Inglaterra se aisló del continente europeo y Holanda se creó como resultado de la cuestión flamenca), y cuando España se vio obligada a tomar medidas más centralizadoras para contrarrestar las manipulaciones contra su unidad (y recuérdese que España había sido, y seguía siendo, respecto a la centralización de sus monarquías, bajo la égida de Castilla, una colección de reinos, aquellos de los que se había formado históricamente, y que conservaban en gran medida sus leyes y administraciones peculiares; por lo tanto, no había nada extraño en la Monarquía Dual, ya que el lado español era, *de iure* y *de facto*, una monarquía múltiple), la ruptura llegaría, porque las ventajas para las oligarquías portuguesas que ese esquema había permitido se eliminaron parcialmente. Por ejemplo, es importante destacar la importancia del territorio brasileño en el Imperio portugués y cómo éste pudo expandirse con impunidad, bajo la consideración de que el rey de España era el rey de Portugal y viceversa, más allá de los límites tradicionales establecidos por el Tratado de Tordesillas (y como España sancionó en el Tratado de Madrid de 1750).

Y hay que tener en cuenta que, contrariamente a lo que se cree, la economía del período filipino fue próspera hasta el momento en que las dificultades internacionales de España expusieron al Imperio portugués a los ataques

Por otro lado, ese juicio contra los «hispanizados»², no ha sido en gran medida objeto de una revisión adecuada, debido a la perpetuación superpuesta de actitudes polémicas superficiales que, desde la Ilustración del siglo XVIII, han visto sucesivamente con hostilidad la castellanización o el bilingüismo del siglo XVII, identificándolos —sin una comprensión crítica actualizada³— con composiciones ideológico-literarias opuestas a las luces que brillaban, o se suponía que brillarían, más allá de los Pirineos. El setecentismo portugués disimuló mucho de lo que heredó y continuó del Barroco en esta transferencia de lealtades culturales, el romanticismo siguió naturalmente sus pasos, matizándolas con convicciones de nacionalismo mitológico, y el positivismo del siglo XIX aportó a éstas el aparato crítico de una pseudo-ciencia etnográfica-histórica.

Así, los «castellanizados» quedaron relegados al limbo, tanto por haberlo sido como por representar simplemente el Barroco o parte de él, esa época que sencillamente se equiparó a una época oscura, similar a lo que también era conveniente creer que había sido la Edad Media, cuando no persistió de ésta una falsa imagen de elegancia germánica y caballeros andantes, todos inclinados a cantar canciones que el «pueblo», y solo él, habría producido... Y ni siquiera la crítica, histórica o literaria, se preocupó del hecho ineludible de una castellanización que, iniciada a mediados del siglo XV, se prolongó dos siglos, coincidiendo incluso con el auge, a mediados del siglo XVI, del orgullo imperial portugués. Lo que no querían ver, o pretendían ocultar, era que las clases dominantes portuguesas, desde mediados del siglo XV, cuando la pequeñez portuguesa se compensó con la expansión ultramarina, habían revertido el «separatismo» (dentro de la multiplicidad ibérica de estados-nación) que, definido por la independencia inicial (Portugal no era, quisiera o no, un país formado a partir de sí mismo, sino una zona que se separaba de una entidad preexistente y ya organizada políticamente, y esto aún pesa sobre el miedo portugués a ser ibérico, una naturaleza

de otras potencias (que surgirían, como había ocurrido ya en ocasiones en el siglo XVI, con el previsible auge de aquellas zonas europeas que, anteriormente, habían sido puntos de distribución y financiación de un imperio, como el portugués, que nunca había estado estructurado financieramente). Para estas cuestiones, véanse nuestros *Estudos de História e de Cultura*, vol. 1, Lisboa, 1967, y vol. 2, aún en publicación en la revista *Occidente*, así como nuestra entrada «Autonomia sob os Filipes», en el *Grande Dicionário de Literatura Portuguesa e Teoria Literária*, Iniciativas Editoriais, Lisboa, que se publica por fascículos.

- 2 Durante mucho tiempo se ha confundido, y se sigue confundiendo, «hispanizado» con barroco, como si ese período de la cultura europea hubiera existido sólo en España, y no hubiera sido un fenómeno general europeo (y está por ver si también extraeuropeo), en el que católicos, anglicanos y protestantes de diversas tendencias convivieron igualmente en una atmósfera análoga, y en todas partes mucho más compleja y menos «libre» de aquello que la leyenda negra atribuye en exclusiva al mundo católico. Por otra parte, la continua equiparación del Barroco y la «decadencia» (como ocurriría inevitablemente, debido a complejos supuestamente nacionalistas, al coincidir esa época, en Portugal, en sus primeras décadas, con la integración de Portugal a España, así como, por razones paralelas, ocurre todavía en la crítica italiana, pues ésta vino después de una época de esplendor incomparable) refleja el prejuicio de considerar como patrón del «clasicismo» un Renacimiento que hoy ningún historiador o crítico serio y responsable admite a partir de los criterios vagos y simplistas que difundió el siglo XIX, al restaurar ese «período» frente al prestigio romántico de la Edad Media. La idea de «decadencia», que presentamos en septiembre de 1971 en el congreso de Salamanca de la Asociación Internacional de Hispanistas (comunicación que se publicará en las actas correspondientes), es un legado de la centenaria tradición de la crítica normativa, inaceptable según los criterios modernos del relativismo estético, y también el resultado de una visión no comparativa de las culturas, que busca entenderlas principalmente como fenómenos «nacionales» aislados, lo que nunca fueron, y por lo tanto no puede comprender que lo que realmente ocurre es la transferencia, de una zona a otra, de los desarrollos decisivos de la misma atmósfera general. Las naciones pueden decaer, las cosechas viajar. En cuanto a la aceptación internacional del Barroco, sería ridículo enumerar aquí una bibliografía que debería ser de dominio público.
- 3 Que el Barroco no fue, ni siquiera en el caso de muchos artistas y escritores que la crítica oficial de las mitologías oligárquicas nacionales presentó durante mucho tiempo como «oficial» (sin mencionar que es en él donde comienza la ciencia moderna, en términos de experimentalismo e inducción científica), la era de la complacencia y el conformismo, como comúnmente se imaginaba y se sigue imaginando, sino que fue, por el contrario, aquella en la que fermentaron todos los gérmenes que dieron origen a la Ilustración, es lo que la investigación contemporánea descubre cada vez más. La actitud revisionista de la crítica española más activa a este respecto es sintomática (cf., por ejemplo, J. A. Maravall, *La Oposición política bajo los Austrias*, Madrid, 1972).

histórica múltiple pero diversa de los transpirenaicos), había marcado la política dominante de la corona portuguesa durante la primera dinastía, y que culminó lógicamente en la crisis nacional de 1383-1385 y la posterior guerra con Castilla, que terminó en 1411.

Esas oligarquías se sintieron atraídas por el plan castellano de unir todas las coronas hispánicas, un plan que, a su vez, desde la ocasión en que Castilla, Aragón, Austria y Borgoña convergieron sus intereses en matrimonios principescos de tremendas consecuencias europeas, se identificó más con lo que tradicionalmente era la oposición, que ya hemos mencionado, al expansionismo francés, que absorbió o intentó absorber reinos y territorios autónomos para crear una Francia que en realidad nunca había existido. Cabe destacar que, tanto o incluso más que Castilla o Aragón, fue la dinastía Avis la que inició esta reconversión en un dominio de Europa, a través del dominio de las Españas: es en esta reconversión donde se insertan los dos matrimonios aragoneses, el del rey Duarte y el regente Pedro (cada uno, cautelosamente, casándose con una de las ramas de dos linajes que competían por el trono de Aragón), las intervenciones del regente en Castilla, la efímera ascensión al trono aragonés y barcelonés del condestable Pedro, hijo del regente e iniciador del bilingüismo literario, el matrimonio de Isabel de Portugal con el duque Felipe de Borgoña, las pretensiones de Alfonso V de Portugal a la corona castellana, y el matrimonio de Leonor de Portugal, hija de Duarte, con el emperador alemán Federico III. Cuando un proyecto tan intrincadamente preparado se llevó a cabo en la persona de Carlos V, no faltaron ni la sangre derramada ni los propósitos de la dinastía Avis⁴. Pero si, al parecer⁵, los reyes Manuel I y Juan III se abstuvieron de aceptar las coronas hispánicas, o al menos la de Castilla, que la revolución «comunera» les había ofrecido contra Carlos V, no menos toda la política matrimonial de estos dos reyes tuvo como objetivo una concertación inextricable con una España unida: Manuel se casó con dos hijas de los Reyes Católicos y luego con una sobrina; él mismo y, posteriormente, el príncipe Miguel da Paz, hijo del primer matrimonio, herederos jurados de todas las coronas hispánicas; el rey Juan III y su hermana Isabel, que se casaron respectivamente con Catalina de Austria y su hermano Carlos V; Juan y Juana, hijos de cada uno de estos dos matrimonios, padres de Sebastián.

Fue la gloriosa dinastía Avis, en sus ambiciones, la que creó la situación y el estado de ánimo que todos ellos no podían dejar de culminar en 1580, con o sin Alcácer Quibir. Y basta consultar las genealogías de los grandes hombres de España y Portugal en el siglo XVI para comprobar que las grandes familias (y, como ellas, una legión de la pequeña aristocracia que les servía a ellos y a los reyes) habían imitado a sus respectivas casas reales. El bilingüismo castellano (que no va acompañado de un bilingüismo lusitano de los castellanos, aunque el estudio de la penetración de la cultura portuguesa en España en los siglos XVI y XVII aún está por realizarse, en cierta medida y profundidad) no es más que el reflejo literario y cultural de esa situación y ese estado de ánimo. De 1580 a 1640, el centro de gravedad de la vida política y cultural se desplaza inevitablemente a Madrid, y Lisboa es, en el gigantismo universal del imperio filipino, nada más que una de las muchas capitales, no exactamente provinciales, sino de reinos o territorios más o menos insertos en ese inmenso complejo, cuya lengua oficial era el castellano. Una aristocracia, grande o pequeña, estrechamente dependiente (como las estructuras políticas ibéricas, mucho antes que el resto de Europa, la habían obligado a ser) de los favores reales para sus ingresos y condecoraciones, o para el reconocimiento y renovación de sus títulos nobiliarios, no podía evitar gravitar en torno a la corte de Madrid, sobre todo porque allí residía el rey de Portugal, a quien todos habían llamado Felipe, pues consciente o inconscientemente todos habían contribuido a que así fuera. Los diversos esfuerzos realizados —mediante acciones políticas o panfletos— para trasladar la capital filipina a Lisboa son un síntoma más de esa unión calculada y buscada, y que jamás habría preocupado

4 Carlos V descendía de tres hijos del rey Juan I de Portugal: Duarte, padre de Leonor, emperatriz alemana; Juan, padre de la reina Isabel de Portugal, esposa del rey Juan II de Castilla y madre de Isabel la Católica; e Isabel, duquesa de Borgoña. Felipe I, hijo de la emperatriz Isabel de Portugal, es incluso, aun más portugués que él.

5 Véanse nuestros *Estudos* citados y las referencias que allí se indican.

patrióticamente a nadie de esas clases si la capital se hubiera convertido en Lisboa, o si un rey de origen portugués por nacimiento y corona se hubiera convertido en el proyectado receptor de todas las coronas hispánicas. Después de 1580, y tras los fallidos intentos del rey D. Antonio —prior de Crato— de despertar en el país algo similar a lo ocurrido doscientos años antes, la aceptación general del *statu quo* representado por la Monarquía Dual es evidente.

Es obvio que en esta aceptación, como en todo en política, salvo con los fanáticos ingenuos, habría mucha ambigüedad; y también existiría el sueño de los cristianos nuevos (y de los criptojudasizantes portugueses o españoles) de que Portugal se convirtiera, restaurado, en el baluarte de una tolerancia que había desaparecido en España y cuya desaparición se había transmitido a Portugal (especialmente desde que el cardenal D. Henrique asumió la regencia, durante la minoría de edad de D. Sebastião). Estas circunstancias han contribuido a confundir el significado de lo que, en el período filipino, parece ser un separatismo «resistente», y es más ideológico-religioso que patriótico-político. Y debería ser igualmente obvio que los intereses de la intolerancia y de un catolicismo postridentino (asumido no necesariamente por los cristianos viejos en su conjunto, sino por la coalición de intereses terratenientes, capitanías lucrativas de ultramar, burocracia palaciega generada por monopolios centralizadores, etc., contra cualquier forma de banca y mercantilismo urbano) también tenían parte, con gran responsabilidad, en la aceptación de un esquema que correspondía a una imagen de España como defensora —incluso más que los propios papas— de la unidad católica de Europa, rota en las guerras de religión y en la catástrofe política de la Reforma, victoriosa en tantos ámbitos decisivos. Entre estas dos corrientes evidentes, otra, muy internacionalizada a nivel ibérico, fue la que vio con simpatía una reforma espiritual que, con amplia tolerancia, autorizó una ilustración individualista que los «ilustrados», con sus diversos matices y sus maquinaciones intelectuales necesariamente disfrazaban de ortodoxia, personificaron de una manera a la vez persistente y evanescente⁶.

Todo esto se entrecruza y se entrelaza en el período de 1580 a 1640, y continúa reflejándose en las décadas siguientes. Y sólo en este contexto matizado es posible comprender las actitudes de los hombres que, en 1580 (algunos de ellos personalidades de alta integridad política e intelectual), aceptaron la unión (muchos, probablemente, incluso porque consideraban prácticamente imposible que un país que sólo podían juzgar como decapitado por el desastre de Alcácer, donde sobre todo las clases dirigentes habían sido privadas de jefes de casas y de sus herederos mucho más que el propio «pueblo», pudiera resistir, sin graves inconvenientes de salvaguarda política de lo que era posible salvar, a los ejércitos más disciplinados y eficientes de Europa), así como de aquellos que se asentaron, para sus carreras, dentro del esquema de la Monarquía Dual (y de hecho todos lo fueron, en las décadas posteriores a la entrada de Felipe II en Portugal). Si el «pueblo» portugués (poblaciones rurales, burguesías urbanas, alguna pequeña aristocracia) era y habría seguido siendo anticastellano⁷, manteniéndose fiel a la ideología señorial *galaico-duriense*, que había hecho, en los siglos XI y XII, la construcción política de la independencia nacional, y si este anticastellanismo pudo ser asumido por sectores de las clases dominantes, como ocurrió en 1640 y en los años

6 Sobre esta importante y compleja corriente, que aún no ha recibido el reconocimiento de la crítica portuguesa, véase nuestra entrada «Alumbrados» en el mencionado *Grande Dicionário* (y al menos parte de la bibliografía citada).

7 Hemos puesto la palabra «pueblo» entre comillas para enfatizar lo convencional de su variable significado —estrictamente dependiente de ideologías de clase o propaganda política— con el que siempre se ha utilizado y se sigue utilizando. El paréntesis definitorio que sigue, y que limita el significado con el que oponemos «pueblo» y «oligarquía», no pretende, en modo alguno, indicar que esos otros grupos o capas de la población fueran, en su conjunto, fieles al anticastellanismo tradicional, sino que estos grupos, más que los oligárquicos, eran en su mayoría, aunque con la indiferencia humana de la vida cotidiana y sujetos al condicionamiento político-religioso que los enmarcaba «desde arriba», más fieles. Sobre los usos políticos del concepto de «pueblo» a lo largo de la historia, véase el admirable y desmitificador libro de George Boas, *Vox Populi: Essays in the History of an Idea*, Baltimore, 1969.

inmediatamente anteriores⁸, no es menos necesario reconocer que, según los hábitos políticos de Europa (y por poca Europa que se pretenda que fuese Portugal), la unión de las coronas en la persona de un príncipe extranjero no necesariamente afectó una concepción del patriotismo que era principalmente geo-cultural (y no mitológicamente romántico), y menos aún el oportunismo político que era la regla para los individuos y las instituciones⁹. Las alabanzas del P. Antônio Vieira a la Monarquía Dual, cuando la revolución de 1640 ya había triunfado y la noticia aún no había llegado a Bahía¹⁰, no impidieron en absoluto que la Compañía de Jesús —al contrario— lo eligiera para ir a Lisboa a saludar al nuevo rey, ni impidieron que D. João IV simpatizara personalmente, sin importarle su «labia» (en palabras del propio rey), con el fogoso bahiano nacido en Lisboa¹¹.

En sus escritos de todo tipo, que directa o indirectamente tienen que ver con Portugal, Faria e Sousa revela un refinado amor por la Patria y sus valores históricos y culturales, y en esto es necesario distinguirlo de muchas otras figuras «castellanizadas» que, antes o después de él, incluso en un alto nivel, se entregaron a una integración prácticamente absoluta (sirvan como ejemplos Jorge de Montemor o Gregório Silvestre antes de él, o, en el siglo XVII, João de Matos Frago¹²), al menos en apariencia, si no en la realidad. Y por aquella época el resto de Europa, como la propia España, en gran medida llegaría a conocer tales valores a través de su prosa castellana, aunque elegante, salpicada de lusitanismos. Cuando estalló la Revolución de 1640, y Faria e Sousa permaneció en España (y otros que se apresuraron a llegar tan pronto como pudieron, no encontraron el reconocimiento que sus capacidades prometían en un momento de crisis para los altos valores de todo tipo dedicados a la tremenda aventura de desafiar, en las fronteras y en el contexto diplomático internacional, a España, como fue el notorio caso del ya mencionado D.

8 Léase la *Epanáfora Política*, de D. Francisco Manuel de Melo («Alterações de Évora, Ano de 1637», que es también su título original, que ha hecho accesible la edición de Joel Serrão, Lisboa, 1967), donde se encuentra un análisis detallado de las reacciones de las diversas clases y grupos en relación con la idea de «restauración», y el contenido que ésta tuvo para ellos. Nótese que es mediante la extensión simplificada que asimilamos la ideología que se separó de León, con su posterior experiencia frente a Castilla, que llegó a asimilarse a León. Pero, en realidad, tras la unión definitiva en el siglo XI, León y Castilla son una unidad dual representada políticamente sólo por Castilla, que apareció en Portugal en la crisis de 1383.

9 Nunca está de más enfatizar estos puntos, especialmente cuando, como en Portugal, incluso las mentes críticas más brillantes aún mantienen la concepción burguesa del patriotismo impuesta y difundida en el siglo XIX. Y esto se debe, sin duda, a que, a pesar de tan loables investigaciones de los últimos años, la crítica sistemática de concepciones que, aplicadas a la historia nacional y a la comprensión de los escritores, distorsionaron indebidamente lo que no tuvo ni pudo haber tenido el mismo significado en épocas anteriores, no se ha llevado a cabo con la debida extensión y profundidad. Es cierto que Portugal, desde la independencia, y a diferencia de otros territorios europeos, no tenía la costumbre de presentar las cosas como eran, como ocurrió y sigue ocurriendo en vastas zonas de toda Europa. Pero el criterio de legitimidad, fundamental para una concepción dinástica de la monarquía, y el de la herencia de un título como propiedad, incluso si se trataba de una nación, no menos influyó, y continuó moldeando, las transferencias que las oligarquías no podían, sin resignarse, rechazar de plano. De ahí también el oportunismo con el que personas y entidades se adaptaron a las circunstancias, pues era políticamente impensable, o prácticamente imposible, desafiar, en términos modernos de «oposición», a los poderes establecidos que se sucedían según la legitimidad tradicional (independientemente de los sofismas con los que se legitimaban, o de aquellos con los que, en apariencia y en los hábitos cotidianos, eran reconocidos y aceptados como «establecidos»).

10 Se trata del sermón de Epifanía, predicado el 6 de enero de 1641 en la capilla del Colegio Jesuita de Bahía, y que, en su vejez, recopiló con tanta minuciosidad en un volumen que resulta difícil creer que algunos se le escaparan por casualidad. Vieira «olvida» incluirlos en la edición de los *Sermões* (como, por cierto, otros, predicados o escritos para ser enviados y leídos, y que igualmente podrían manchar su imagen). En el estudio que estamos preparando sobre la cronología de los sermones de Vieira, estos aspectos, y otros, se señalan y analizan debidamente. El sermón en cuestión se publicó de forma póstuma, en 1748.

11 Cf. la *História de Antônio Vieira*, de J. Lúcio de Azevedo, aún no ha sido sustituida por una obra que revise y amplíe, con información más actualizada y una mayor perspectiva psicológica, la figura de extraordinaria personalidad —tan típica del oportunismo del siglo XVII— que fue el jesuita.

12 Véanse, respecto a los dos primeros, las referencias que hacemos a ellos en nuestros libros de estudios sobre Camões y, respecto al segundo, los *Estudos de História e de Cultura* citados anteriormente.

[Francisco Manuel de Melo](#))¹³, queda por ver si no aceptó ser, o si no era ya, un agente secreto de la Restauración, y si no desempeñó, de hecho, el papel de enlace necesario, lo que sirvió para ponerlo en la picota de la historia con aún mayor indignación¹⁴, cuando, precisamente por los criterios anacrónicos que lo condenaban, debería haber servido para ensalzarlo, si no simplemente para comprender más íntimamente cómo se configuraban las lealtades de aquellos hombres del Barroco en la obediencia dinástica a un trono restaurado¹⁵. La obra de Faria e Sousa, como la de tantos otros de uno de los períodos más curiosos y menos estudiados de la historia portuguesa, debe juzgarse en el contexto político y cultural de su época, y no con los anacronismos del nacionalismo burgués y romántico que aún pesan tanto sobre los prejuicios historicistas portugueses. Portugal fue durante mucho tiempo —si no lo es ya— un país hispánico y actuó como tal, cuya historia y cultura resultan incomprensibles si se toman aisladamente del complejo ibérico, del mismo modo que la historia y la cultura de España, debido a la tremenda vanidad del imperialismo castellano, son de hecho incomprensibles sin la influyente y decisiva presencia de ese Portugal que, en 1580, ya contaba con

13 Véanse los estudios de Edgar Prestage sobre esta figura destacada del Portugal del siglo XVII.

14 Nos referimos al valioso ensayo histórico de Camilo Castelo Branco, de gran interés, al igual que muchos otros de la misma naturaleza que compuso y que no gozan de la estima debida. Está incluido en *Mosaico e Silva*. Sin embargo, Camilo se basa en información de Francisco Xavier de Meneses, cuarto conde de Ericeira (quien reveló las actividades de Faria e Sousa entre 1640 y el año de su muerte) para arremeter contra el autor del *Epítome*. Cabe destacar que el uso que Camilo hace de las diferencias textuales entre esa obra histórica y la versión póstuma ampliada de *Europa Portuguesa* es parcial. Respecto a los aspectos comparativos de ambas versiones, véase nuestro estudio «Manuel de Faria e Sousa», que forma parte de los mencionados *Estudos de História e de Cultura*. Cabe mencionar otro punto en «Manuel de Faria e Sousa—Estudo Histórico» de Camilo, ya que está estrechamente relacionado con el tema de nuestra introducción histórica en este prefacio. Es donde ataca a Faria e Sousa por su forma de referirse al rey Antonio y a sus partidarios, en contraste con su tratamiento de las actividades de Cristóvão de Moura y la ascensión de Felipe II al trono. A pesar de su relativo desprecio por la nobleza de los grandes linajes, algo que no escapaba a la perspicacia de Camilo, Faria e Sousa no era, ni podía ser (nació cuando al efímero rey exiliado sólo le quedaban cinco años de vida), miembro o partidario de ese «pueblo» que definimos antes, y que, junto con algunos miembros de la aristocracia tradicional, se había aliado con Antonio. Exactamente en los términos que definimos genéricamente para la sociedad portuguesa de su época. Volveremos al estudio de Camilo más adelante.

15 Mientras el rey de España fuera rey de Portugal, la lealtad, al menos externa (y la prosa de Faria e Sousa es típicamente barroca en su compleja ambigüedad), le correspondería. Desde el momento en que se restableció la monarquía portuguesa, la lealtad «interna» podía ejercerse libremente, aunque con las precauciones requeridas no sólo por una situación excepcional (y Faria e Sousa ya había pasado tres meses y medio en prisión en España en 1634, sospechoso de *inconfidência*), sino también por el difícil papel que, como agente secreto, o para contactos secretos, desempeñaría después de 1640. Cabe destacar, sin embargo, que durante los nueve años que aún vivió, un polígrafo tan prolífico como él no participó en la guerra de panfletos con la que, de un lado u otro, se afirmaba o negaba la legitimidad de D. João IV. Teófilo Braga, en *Os Seiscentistas*, Oporto, en 1916, en el largo capítulo que dedica a Faria e Sousa, y en el que reconstruye su biografía (que debemos examinar con la mayor cautela, debido a las extrapolaciones biográficas que fueron su método), refuta la acusación de espía con la que Camilo había querido disminuir la memoria de Faria e Sousa, enfatizando que la correspondencia conocida entre D. João IV y él se centra en la búsqueda y adquisición de piezas bibliográficas musicales raras. Esto, en su visión reduccionista de Braganza, sirve para insinuar que el rey de Portugal, en circunstancias tan difíciles como las de su precario trono, estaba más ocupado con la música que con la política. Y puede que no se le ocurriera que esta misma correspondencia (si bien no del todo acorde con las características político-militares de aquellos tiempos, en los que la guerra se libraba en «campañas», con a veces largos intervalos de relativa tranquilidad, y cuando no había en absoluto una movilización total que mantuviera políticamente una atmósfera de estado de guerra permanente; además de que no había nada extraordinario ni pecaminoso en que D. João IV se ocupara ocasionalmente de su colección musical) pudiera ser, en clave, la tapadera evidentemente necesaria para que Faria e Sousa informara al rey. ¿Qué quería Teófilo? ¿Informes explícitos, en los que Faria e Sousa se encabritara y el rey perdiera su red de espionaje en Madrid? Por otro lado, si Faria e Sousa, para justificar dicha correspondencia, no buscó rarezas musicales ni las adquirió para su ilustre y peligrosísimo corresponsal, ¿cómo se justificaría la propia correspondencia, de ser interceptada o leída por el contraespionaje? Por otro lado, en su afán por exonerar a Faria e Sousa de algo que no necesitaría excusa, Teófilo insiste, con razón, en la estricta vigilancia de los portugueses en España y en la extrema dificultad que les impedía desplazarse, ya que el Gobierno español siempre sospechó que ellos (o algunos de ellos) intentaban realizar giras por Europa para escapar a Portugal.

más de cuatro siglos, no solo como nación independiente, sino como una nación que se había proyectado, antes que ninguna otra, en una expansión deslumbrante, y desde fronteras que, con ligeras diferencias, se mantienen estables hasta nuestros días, tal como se habían establecido a mediados del siglo XIII.

Faria e Sousa es plenamente consciente de ello en sus escritos históricos, como en sus comentarios sobre Camões, y la insistencia con la que se refiere a Portugal como una entidad autónoma y bien definida se vuelve obsesiva. Así, el Faria e Sousa que eligió ser, en España y a través del español, propagandista de Portugal y Camões, no es ni más ni menos castellano que muchos otros que cruzaron la frontera o estuvieron en Portugal, y que continuaron, en medio de un estado de guerra que duró casi tres décadas, con el bilingüismo cultural y lingüístico. En realidad, sólo a partir de finales del siglo XVII esta situación se transforma o comienza a transformarse, y Portugal comienza a vivir, o subsistir, contra España (independientemente de los enfoques diplomáticos evidentes en los siglos XVIII y principios del XIX, por no mencionar las excesivas coincidencias, poco después, ya sea entre el liberalismo de ambos países o entre los dos absolutismos que lo combaten)¹⁶. Pero en aquella época del siglo XVII, cuya segunda mitad Faria e Sousa no llegó a ver, incluso los judíos portugueses, y quienes se declararon portugueses en sus exilios europeos, escribieron sus obras en lo que era y sigue siendo la lengua franca: el castellano¹⁷.

16 He aquí otro capítulo comparativo de la historia luso-castellana totalmente inexplorado: la interpenetración de las vicisitudes del liberalismo y la reacción absolutista en Portugal y España, que es, no sólo por las repercusiones e influencias de un país a otro, sino también por la propia actividad diplomática, extremadamente íntima.

17 Es igualmente necesario escribir, desde una perspectiva portuguesa, y utilizando el material disponible y la numerosa bibliografía de origen judío antiguo y contemporáneo, la historia de esta emigración. Y esto es aún más grave porque gran parte de la bibliografía moderna, al no ser de inspiración *sefardí*, tiene enormes dificultades para comprender, incluso desde una perspectiva judía, a los judíos peninsulares que fueron, y no a los judíos *asquenazíes* que hoy representan la abrumadora mayoría del judaísmo.

[SU LINAJE]

¿Quién era este Manuel de Faria e Sousa? Según él, al insertar la genealogía de las diversas ramas de Farias en sus notas a la edición castellana del *Nobiliário do Conde D. Pedro*, publicada en Madrid en 1646 (cols. 672 y siguientes), los Farias se habrían originado de un tal Fernando Pires de Faria, alcalde de Miranda, en tiempos de D. Afonso III, o, con mayor seguridad, de uno de sus hijo, Nuno Gonçalves de Faria. Le sucedió en la casa un segundo hijo, Álvaro Gonçalves de Faria, quien, casado con María de Sousa¹⁸, fue padre de João Álvares de Faria, combatiente de Aljubarrota, a quien Fernão Lopes de hecho menciona. Casado con la hija de un ciudadano de Lisboa¹⁹, tenía al menos dos hijos, Álvaro de Faria (que fue comendador de Avis y estuvo presente en las Cortes de 1385, según la *História Genealógica da Casa Real*) y Afonso Anes de Faria. Este último, de esposa desconocida, también tuvo dos hijos, Fernão Dias de Faria y Pedro Álvares de Faria. Este Pedro Álvares (conocido como do Pincelo), de esposa igualmente desconocida, tuvo un João Álvares de Faria y una Beatriz de Faria. Esta dama (última rama de los Faria, como destaca Faria e Sousa) se casó con un tal Francisco Novais, de Guimarães, y fue madre de una tal Catarina de Faria, quien se casó con Manuel de Sousa Homem, señor de Valmelhorado, en Pombeiro. Son los padres de Estácio de Faria, quien, según el nieto que escribe sobre él, como hemos resumido, sirvió en las flotas con el gobernador de la India, Diogo Lopes de Sequeira, ocupó un cargo en la Hacienda de Brasil, era erudito en letras, «gastaba más de lo que ahorra» y tuvo hijos con dos mujeres.

De una tal Francisca Ribeira, de la finca de Pombeiro, vino Luisa de Faria, la madre, con Amador Pires de Eiró, de Quinta da Caravela «y señor de sus hijos», de Manuel de Faria e Sousa, caballero de Cristo y de la Casa Real, nacido en Souto (de Pombeiro), en 1590. Iba a ser eclesiástico, pero se casó con Catarina Machado, hija de Pedro Machado, contador de la Cancillería de Oporto, y Catarina Lopes de Herrera, a quien el yerno declara enterrado en la Catedral de esa ciudad, y tuvo entre otros hijos a Pedro de Faria e Sousa, capitán de la infantería española, que en Madrid se casó con Luisa de Nárvaez. En este resumen que hemos realizado de lo tratado con la sequedad propia de tales notas, Faria e Sousa no pudo decir, al presentar las diversas ramas de la familia a la que pertenecía, por modestia que fuera, que su hijo, quien pronto llegó a Portugal tras la muerte de su padre, fue muy bien recibido por D. João IV²⁰, y se convertiría en el preparador, para su publicación, de gran parte de la enorme cantidad de obras inéditas del eminente erudito.

18 Téngase en cuenta que, para realidades o fantasías genealógicas, tener un Sousa en la familia, si no se disponía de un Sousa, allá por los tiempos antiguos de los siglos XIII y XIV, era una forma de dejar en duda, cuando ya no se podía probar, algún derecho a ser contado en la genealogía de la casa real portuguesa, no tanto por los Sousa, que, sin embargo, se perdieron en las noches aristocráticas de orígenes hispánicos, el primero de ellos, registrado por el conde D. Pedro de Barcelos, habiendo sido un D. Soeiro Belfaguer, hacia el año 800, y obviamente gótico, sino sobre todo porque uno de esos bastardos de D. Afonso III, que tanto contribuyó a oscurecer especialmente las genealogías peninsulares, se casó con una Sousa: Afonso Dinis, que fue mayordomo mayor de nada menos que la reina Isabel de Aragón, su santa cuñada, y cabeza de la casa Sousa por sucesión de ese matrimonio. Cabe destacar, en cuanto a las genealogías, que, contrariamente a lo que los historiadores y genealogistas insisten en creer, las mentiras genealógicas son tan importantes, o incluso más, que las verdades ocultadas, suprimidas o alteradas por la posteridad interesada y egoísta.

19 Faria e Sousa desconocía o no se molestó en averiguar el nombre de esta antepasada. Su nombre era Mécia Teles, según *H. G. da C. R.*, XI, 301.

20 De este hecho, Camilo (est. cit.) concluye que, con tales favores, el rey pagó más por los servicios de su padre que por la prontitud de su hijo en mudarse a Portugal tras su muerte (unos diez años después de 1640).

Antes, para una mejor comprensión de los antecedentes familiares de Faria e Sousa, demos un vistazo a las otras ramas de Farias, señalando que su genealogía directa, antes referida, ofrece características curiosas que avalan la franqueza y honestidad de Faria e Sousa, en lo que a él respecta en este asunto²¹: no ocultó ni minimizó el hecho de que su rama de Farias era la última de todas (la séptima); no suprimió a su sexta abuela, de declarado origen burgués lisboeta, como podría haber hecho, simplemente omitiendo mencionarla; ni siquiera incluyó esposas dudosas para los abuelos, a quienes no había descubierto con quién se habían casado; y no dio como legítima la descendencia de su abuelo Estácio, una de cuyas hijas era su madre, por quien descendió Faria, ni dejó de subrayar el origen plebeyo o poco más de esa Francisca Ribeira, del *couto* de Pombeiro, su abuela materna. Es un poco como si estuviera orgulloso de que, con todo esto, no dejara de ser un

21 En el mismo estudio citado, Camilo acusa a Faria e Sousa de que, para servir amablemente al Marqués de Castelo Rodrigo, mecenas de la edición del *Nobiliário*, y de quien hablaremos más adelante, suprimiera del texto original las palabras «bautizado de pie», en referencia al judío Rui Capón, a quien el propio Camilo declara «raíz de mucha nobleza de la península», como en efecto lo era. Lo cierto es que dicha supresión beneficiaba tanto a ese Moura como a la inmensa mayoría de los grandes hombres de España y Portugal (y no solo a la «mucha nobleza»), todos descendientes por igual de ese tesorero de la reina Urraca de Castilla. Nadie, sin embargo, ignoraba el tremendo escándalo provocado décadas antes por el famoso y ampliamente difundido *El Tizón de la Nobleza Española o Máculas y Sambenitos de sus Linajes* (del que existe una rara y paupérrima edición moderna, Barcelona, 1880), de su autor, el cardenal D. Francisco de Mendoza y Bobadilha (m. 1566), que lo compuso para vengarse de que el Consejo de las Órdenes hubiera pedido prueba de pureza de sangre a un sobrino suyo, y lo envió al rey Felipe II, quien, con calculada ironía, lo remitió al mismo Consejo para su conocimiento, de donde pronto pasó, a través de copias clandestinas, al conocimiento general. No solo por Rui Capón (y un pareado popular se refería a él: «*Del Rey Capo es descendiente / Casi toda la nación. / Pues como Rey tan potente / Se apellida Rey Capón?*»), sino también por muchos otros judíos, esclavos, mulatos y plebeyos, nadie escapó a alguna mancha en la pureza de la sangre azul y cristiana antigua, ni siquiera los duques de Braganza, que se convertirían en reyes de Portugal: la lista del cardenal era interminable e inexorable.

Y cabe destacar que esta supresión de linajes dudosos, incluso lejanos (cuando lo eran, ya que los siglos XVI y XVII habían presenciado una tremenda infusión de sangre cristiana nueva en las antiguas familias), no es necesariamente la pretenciosidad aristocrática que historiadores y genealogistas suelen ver en ella. Las exigencias de las estructuras establecidas por los cristianos viejos, en su oligarquía socio-religiosa, no sólo les llevarían a querer eliminar aquello que, de antiguos antepasados, chocaba con aquellas exigencias, sino que inevitablemente obligarían a los menos «viejos» o muy «nuevos» a falsificar o dejar en blanco muchas ramas de sus árboles, pues casi todo el ascenso social, si no la seguridad individual, dependía estrictamente de tal hipocresía absolutamente oficializada. Hay que añadir que, ya fuesen las familias de origen cristiano nuevo cripto-judías, o simpatizantes de una liberalización que las liberase de tan incómodos estigmas, o tradiciones más completamente conservadas de espiritualismo «alumbrado» (en el que convergen fuertes influencias del misticismo judío), todas ellas, lo supieran o no, obedecían atávicamente, como mínimo, a la moral social —sin contradicción con la moral de conciencia— reconocida y practicada por los judíos en tiempos de persecución, y según la cual la restricción a la libertad de fe autoriza a mentir sobre ella (o, como ahora se entiende mejor, sobre la sangre que la simbolizaría).

Es esta compleja actitud la que parece haber escapado a los historiadores del judaísmo, de los cristianos nuevos de la Península Ibérica o de la Inquisición que los protegía, y que ha perturbado la investigación sobre hasta qué punto ellos mismos podrían no haber manipulado a la propia Inquisición para protegerse de ella (y ofrecer, de vez en cuando, víctimas en holocausto al *statu quo* del que subsistían o conseguían prosperar, como también autorizaba esa moral, cuando un caso descubierto o imposible de salvar ponía en peligro al resto de la extensa comunidad clandestina). Esto explica, mejor que el fanatismo de los neófitos que no dudan en vender a sus familias para demostrar su lealtad a la nueva fe, la práctica de ciertas denuncias que nos parecen infames y miserables: la denuncia de lo que la Inquisición estaba a punto de descubrir podía llevar automáticamente a la institución a centrar el proceso en una víctima o en chivos expiatorios para la salvación de otros, que se protegían a sí mismos y a sus familias denunciando a quienes ya no podían ser salvados.

La conversión forzada de los judíos y el establecimiento autocrático de la religión de Estado no pudo evitar crear estas terribles duplicidades, que, en Portugal, en lo que a nosotros respecta, son la clave, al mismo tiempo, de la desaparición del problema judío, cuando la Inquisición sea finalmente abolida por las fuerzas más interesadas en su abolición (y no sólo porque la persecución efectiva contribuye a una resistencia que desaparece en el momento en que deja de ser provocada por la propia persecución, como ha sugerido el historiador António José Saraiva en sus ensayos más recientes sobre el tema), y, a diferencia de lo que no ha sido el caso con este problema, la clave de la extremadamente relativa indiferencia religiosa de la población portuguesa, si comparamos la vida lusitana, en este sentido, con lo ocurrido en España, donde las persecuciones habían comenzado antes, y sin las moratorias que,

Faria y un Sousa, sobre todo por sus méritos personales, que los hicieron merecedores de un lugar más destacado en la escala genealógica de la sociedad de su tiempo y, al mismo tiempo, los elevaron a una dignidad individual superior a la que podría corresponder a sus descendientes, sus ilustres contemporáneos, de aquella cantidad de personas cuyos árboles genealógicos él y los demás autores de la edición anotaron profusamente, desde mediados del siglo XIV, donde los dejó el conde D. Pedro, hasta el siglo XVII, cuando tantas de estas personas, de orígenes modestos, alcanzaron la grandeza mundial, a quienes Farias, para sobrevivir y publicar, tuvo que dedicarles rotundas dedicatorias o poemas epitalámicos²².

Y, sin embargo, resulta sumamente curioso, y camoniano en más de un aspecto, examinar brevemente las otras ramas de Farias. Que João Álvares de Faria, que se casó con una burguesa lisboeta, tuvo como hijo mayor a Álvaro de Faria²³, que se casó con una tal Isabel da Silva —y aquí vemos a los Farias asociándose con Silvas, cuyo importante papel desempeñarían en Portugal y España en los siglos XVI y XVII. De este matrimonio nació Lourenço de Faria, quien fue un abanderado del Príncipe Juan (más tarde Juan II) en la Batalla de Toro, Señor de Évora Monte²⁴. Sus hijos son Simão de Faria, servidor de ese rey, que se casó con una Souza; Antão de Faria, que sucedió en ese señorío, fue magistrado principal de Palmela, del concilio de Juan II, embajador, etc.²⁵ Duarte de Faria y otros. Este Antão de Faria, persona ilustre, se casó con Leonor Gonçalves de Oliveira, hija de João Gonçalves, de la casa de Alfonso V, y fue padre de Francisco, con quien continuó, de otros hijos, y de una Joana que fue esposa de Nuno Fernandes de Ataíde, magistrado

en Portugal, dieron tiempo a un mestizaje más amplio y profundo. Estas duplicaciones genealógicas son, por lo tanto, uno de los aspectos y avatares de lo que constituye la «duplicidad» esencial del Barroco.

- 22 Obsérvese que en el fondo de todo esto no solo subyace la antigua mentalidad señorial de la pequeña aristocracia descendiente de la primitiva nobleza sin títulos —siendo nobles por el consenso general de la tradición y «por la gracia de Dios» (cf., en nuestros *Estudos de História e de Cultura*, la pintoresca actitud de los Alarcón de España en un pleito en el que debían probar sus «títulos» que no poseían, así como la doctrina expuesta, al respecto, por el Dr. Huarte de San Juan, en su notable *Examen de Ingenios para las Ciencias*, Valencia, 1580, obra que siguió teniendo ediciones a lo largo del siglo XVII)—, sino también una concepción humanista del ennoblecimiento por la *virtud* (que, cabe subrayar, no era la «virtud» cristiana, sino la afirmación social de una personalidad), como expone el propio Camões, en *Os Lusíadas*, al subrayar que la nobleza se justifica por las obras y el espíritu, y no por un nombre heredado (VIII, 39-42), en un paso en el que también se hace referencia a las ambigüedades de ignorar a los antepasados «impropios». Pero hay más: obsérvese cómo esta concepción de la nobleza (como ascenso o situación merecida o justificada) se integra paso a paso, en la propia estructura de *Os Lusíadas*, con la doctrina euclidiana del origen de los dioses paganos como héroes humanos consagrados por la promoción a lo divino (que es también, y como Faria e Sousa comprendió con precisión, la otra cara neoplatónica de los dioses: personificaciones que la incapacidad humana para comprender y aceptar la abstracción espiritual de la divinidad unitaria crea para los diversos atributos de esa divinidad), así como los dioses eran figuraciones parciales de Dios (sin dejar, por tanto, de tener una realidad pagana que necesariamente chocaría con la ortodoxia católica, como los enemigos de Camões y Faria e Sousa no olvidaron denunciar) y personificaciones de los atributos de la divinidad, de la misma manera que la nobleza se ganaba por la *virtud* (que, con sus profundas connotaciones seculares y pragmáticas, se asemejaba mucho a los caprichos y oportunismos de los propios dioses grecorromanos) y era como una emanación de la esencia misma de la nobleza en el sentido más divino, independientemente de los títulos que los reyes pudieran otorgar o quitar a su antojo (a lo que Camões se refiere abiertamente en el pasaje citado).
- 23 Álvaro de Faria, según la *História Genealógica*, estuvo en las Cortes de Coímbra en 1385 y fue comandante de Avis.
- 24 Faria e Sousa ignora quién era la esposa de Lourenço de Faria, con quien se origina el linaje de los magistrados principales de Palmela. Según la *História Genealógica*, fue otra Silva con quien continuó la relación Farias-Silvas: Guiomar da Silva, hija de Diogo da Silva.
- 25 Este Antão de Faria fue embajador del rey Juan II, como príncipe, y hombre de su confianza, y fue él quien envió la carta desde Francia en la que el rey Alfonso V declaró su abdicación en favor de su hijo (cf. *História de Portugal*, de Barcelos, en 151). Más tarde, a pesar de la amistad que lo unía al monarca, fue de los que se manifestaron en contra del nombramiento del bastardo Jorge como heredero al trono, sin perjuicio de que su hijo Francisco, mencionado más adelante en el texto, se hubiera convertido en un servidor muy alto y responsable de dicho Jorge, como también se puede ver más adelante en el texto, ya que era, en su nombre, el magistrado principal de la sede de la orden de la que era maestro el duque de Coímbra.

jefe de Alvor, señor de Penacova, hijo de Álvaro de Ataíde, perteneciente a la casa de la infanta Beatriz, duquesa de Saboya. Que Francisco de Faria, corregidor de Palmela, comandante de Alcácer do Sal, señor de Évora Monte, etc., debe identificarse con el noble que, al servicio del duque de Coímbra, don Jorge, hijo de don Juan II y señor de Santiago, albergó en Setúbal al joven Fernão Mendes Pinto, tras ser desembarcado, junto con otros, en Melides por los corsarios franceses que se habían apoderado de la carabela en la que, por razones inexplicadas, había huido de Lisboa (*Peregrinação*, capítulo I), y a quien el aventurero que iniciaba su carrera sirvió durante cuatro años, antes de ir a la casa del propio señor de Santiago, desde donde, insatisfecho con la «alojamiento» que le dieron («que entonces era costumbre dar en las casas de los príncipes», como él mismo declara), partió a la India²⁶. Francisco era marido de Joana da Silva e Castro, hija del alcalde Aires Gomes da Silva y Guiomar de Castro, hija de García de Castro, hermano de Álvaro de Castro, I Conde de Monsanto²⁷, y posteriormente esposo, también, de Guiomar da Silva, viuda de Sancho de Tovar²⁸. Hijo del primer matrimonio y su heredero fue otro Antão (o António) de Faria, marido de Leonor de Vilhena, hija de aquel Sancho de Tovar y de su madrastra, Guiomar da Silva. Son los padres de Francisco de Faria, comendador de Santiago, que murió yendo a Trento con su tío, el embajador Diogo da Silva²⁹; de Sancho de Faria, marido de Antônia de Faria, hija del cacique almotacén Baltasar de Faria y de su mujer, Isabel Brandoa, fallecida en Alcácer Quibir; y de una tal Guiomar da Silva, esposa de Jorge de Meneses, señor de Alconchel. Este Sancho de Faria y su esposa tuvieron: Francisco de Faria, heredero y corregidor de Palmela (fallecido en 1645, como dice H. G. y Faria e Sousa no pudo saberlo en el momento de redactar sus notas), Pedro da Silva, que era inquisidor de Lisboa, y una tal María de Vilhena, esposa de Nicolau de Faria. Este otro Francisco de Faria se casó con Joana de Meneses, hija de António de Vasconcelos e Meneses³⁰, y fue padre, entre otros, de Sancho de Faria, su heredero, casado con su prima Mariana da Silva, hija de su tía María

26 Teniendo en cuenta que el duque Jorge, a través de los parientes Mendonça, que eran suyos por línea materna, no estaba exento de la influencia judía, y hasta donde se puede sospechar, Fernão Mendes Pinto era un cristiano nuevo y pariente muy cercano de la famosa familia Mendes, abiertamente judía, de Amberes y Constantinopla (cf. la notable tesis doctoral multicopiada de Rebecca Katz, *Iconoclasm as Literary Technique: A Study of the Satiric Devices used in the «Peregrinação de Fernão Mendes Pinto»*, aprobada por la Universidad de California, Los Ángeles, 1972), así como las conexiones del círculo del infante D. Luís y el hijo de dicho duque, D. João de Lencastre, primer duque de Aveiro, y más familiares, con personas «espiritualmente» sospechosas, que luego se concentraron en torno al príncipe D. João y la princesa D. Joana, los padres de D. Sebastião, la protección de Francisco de Faria, dispensada a Fernão Mendes Pinto, podría verse a la luz de esas ambiguas ofuscaciones que abordamos en la nota 21, e incluso la implicación de los posteriores duques de Aveiro y su pueblo con la Inquisición, ya señalados por los autores como su feudo, podría investigarse desde una perspectiva diferente, sobre todo porque los duques de Aveiro heredaron la amargura de su padre original por el trono perdido (y por esta razón son los grandes hombres de Portugal que tardaron más en reconocer al rey Juan IV, como lo serían aquellos que atentarían frontalmente contra un Braganza en la persona de José I). La disputa, además, era antigua, recordémoslo; los Braganza se habían alzado en la lucha contra la familia directa Avis, habían atentado contra ella en las conspiraciones contra Juan II, y además, pasarían por alto en el trono a los descendientes directos de este último rey.

27 Sobre estos Silvas y Castros, véanse no solo nuestros *Estudos* citados, sino también el ensayo introductorio de nuestro volumen *A Estrutura de «Os Lusíadas»*, etc., Lisboa, 1970, por su importancia y relevancia desde una perspectiva camoniana. El matrimonio de Francisco de Faria lo situó dentro de un vasto clan de intereses y títulos que, en pocas décadas, controlaría en gran medida el favoritismo administrativo o político en Portugal y España.

28 La familia Tovar, a través de los Coutinhos y los Távora, está emparentada con Cristóvão de Moura, primer marqués de Castelo Rodrigo, cuyo hijo, el segundo marqués, es uno de los protectores de Manuel de Faria e Sousa.

29 Este Diogo da Silva es Fray Diogo, obispo de Ceuta y confesor del rey Juan III, y primer inquisidor general, cargo al que, cabe decir, se vio obligado a dimitir porque su tolerancia no se correspondía con las exigencias de los extremistas.

30 Este Vasconcelos e Meneses era hijo del arzobispo de Lisboa, Fernando de Vasconcelos, y, como tal, sobrino de João de Vasconcelos e Meneses, II conde de Penela (y de su esposa, que era Ataíde, Sousa Henriques), de Beatriz da Silva, de quien descendían los Atouguias, de Maria da Silva (esposa de João Freire de Andrade, señor de Bobadela), y de Joana da Silva (esposa de Álvaro Pires de Távora, señor de Mogadouro), y prima hermana de Guiomar de Ataíde, dama de honor de la emperatriz Isabel y esposa de D. Jorge de Portugal, I conde de Gelves.

de Vilhena y del jefe almotacén Nicolau de Faria. Aquí terminó la rama de los alcaldes principales de Palmela, hasta vísperas de 1640³¹, la primera rama de la familia

La segunda rama procedente del tal Duarte de Faria, antes mencionado, es de gran interés para nosotros en la persona de una de sus hijas, Antônia de Faria, esposa de Francisco Mateus Galvão, descendiente directa de D. João Galvão, arzobispo de Braga, y de su amante Guiomar de Sá, hija de João Fernandes de Miranda y Filipa de Sá, de los «Sás de Coimbra»³². Galvão es Ana de Faria, esposa de António Dias de Vasconcelos y madre de una Antônia de Faria, que se casó con Gaspar Gil Severim, *executor-mor do Reino*. Hijo de este matrimonio fue Francisco de Faria Severim, albacea mayor y secretario de Hacienda de Felipe II, cuya primera esposa, sin descendencia, fue Maria da Câmara, hija de Duarte de Camões e Câmara, señor de la Torre, en Avis³³.

La cuarta rama de la familia Faria también nos aparece con Camões y Severins, y es en esta rama donde nació Manuel Severim de Faria (1583-1655), el erudito que fue el segundo biógrafo de Luís de Camões, en sus diversos *Discursos Políticos*, publicados por primera vez en 1624. Este Afonso Anes de Faria, a quien dejamos atrás, tuvo, además de Pedro Álvares, un hijo mayor, Fernão Dias de Faria, quien, de un matrimonio que Faria e Sousa no detalla, tuvo a Álvaro Fernandes de Faria. Este, casándose con una tal Catarina Frade, era padre de Antonio Frade de Faria, quien habría servido al Infante D. Duarte, hijo de D. Manuel I, y casado con una tal Leonor de Faria. Eran padres de Duarte Frade de Faria, esposo de María Severim, hija heredera de Assêncio Severim, nieto (como João Gil Severim, abuelo de ese albacea mayor Gaspar, antes mencionado) de aquel Pierre

31 La segunda esposa de este Sancho de Faria (capitán mayor de la primera armada enviada a la India, en 1641, por D. João IV) fue Inês de Ayala, hija de Luís Freire de Andrade.

32 Este Guiomar de Sá, amante del arzobispo (elegido de Braga, de 1482 a 1486, pero antes de ese obispo de Coimbra, de 1460 a 1481), era hermana del canónigo Gonçalo Mendes de Sá, padre del poeta Francisco de Sá de Miranda y de otros cinco hombres. El padre del canónigo y de Guiomar y otros fue, como también se menciona (y no como lo nombra Faria e Sousa), João Gonçalves de Miranda e Sotomaior, hermano de Pedro Alvares de Sotomaior, primer Conde de Caminha Véase, sobre estos Sás y más fama, el estudio irónico de Camilo sobre Sá de Miranda, que se adjunta a la actual edición de *A Corja*.

33 En la cuarta generación de descendientes de Vasco Pérez de Camões, el gallego que llegó a Portugal, y cuyas tergiversaciones políticas ocupan tanto a Fernão Lopes en la *Primeira Parte da Crónica de D. João I*, están en la primera rama de la familia, los terceros nietos de Gonçalo Vaz de Camões, su iniciador, los hijos de Lopo Vaz de Camões y Liês Dias da Câmara (António, Simão y Duarte), y Leonor de Camões, hija de Aldonça, hermana de este Lopo y esposa de Pedro Eça, alcalde de Moura; en la segunda rama, nieto tercero de João Vaz de Camões, el poeta; y en la tercera rama, nietos terceros de Constança Pires de Camões, esposa de Pierre Sévérin, Maria Severim (esposa de Duarte Frade de Faria, mencionada más adelante en el texto) y António Gil Severim, padre de aquel Gaspar Gil Severim, que se casó dos veces con Farias y abuelo del escritor Manuel Severim de Faria. De esos tres hijos de Câmara y Lopo Vaz de Camões, António, al casarse con Isabel de Castro (que se convirtió en bisabuela del primer Conde de Basto), tuvo a Lopo Vaz de Camões con descendientes, Luís Gonçalves de Camões, fundador de Morgado da Torre, en Avis, y Francisca de Castro, que se casó con Martinho de Sousa. Éste, se supone que será uno de los varios Martinhos de Sousa mencionados en el *H. G. C. R.* (XII, II, 117), ya que eran descendientes inmediatos de Martinho de Sousa y Távora, marido de Isabel Pereira, hija de Cristóvão Correia da Cunha e Isabel Pereira de Camões. Manuel Severim de Faria, en su biografía del poeta, dice que aquella finca mayoritaria fundada por Luís Gonçalves de Camões tenía, en el momento en que escribe, un Simão de Camões, hijo de Duarte de Camões y sobrino del fundador. Es de suponer e investigar que, quizás sin descendencia del fundador, la herencia pasó a su hermano Duarte (quien, siendo hijo de una Câmara, podía usar, o ser conocido como tal, el nombre de Duarte de Camões e Câmara, ya que este ilustre apellido, además durante tanto tiempo vinculado a los Camões, no debía mantenerse oculto), padre también de Simão, que sucedió en la herencia, y de Maria da Câmara, esposa de Francisco de Faria Severim, Secretario de Hacienda de Felipe II. Isabel Pereira de Camões, quien ofrece el gran interés de ser Camões y Pereira al mismo tiempo (en nuestro estudio mencionado sobre la familia Camões y sus repercusiones en Os Lusíadas, señalamos los vínculos entre ambas familias, y especialmente los Pereira y el poeta. Desconocemos cómo ubicarla dentro de la genealogía de la familia Camões, cuya investigación sistemática, realizada por numerosos investigadores, pretendía estimular dicho estudio. Lo mismo ocurre con Rodrigo Álvares de Camões, quien se casó con su prima Catarina de Faria, mencionada más adelante en el texto. Los Camões que aparecen son numerosos y son importantes para comprender la situación de la familia, tanto como la genealogía directa de los parientes del poeta, en la que se ha centrado la atención de algunos investigadores meritorios.

Sévérin, caballero francés que estuvo en la conquista de Ceuta y fue marido de Constança Pires de Camões, hija de Vasco Pérez de Camões, con quien esta familia llegó a Portugal³⁴. Los hijos de este matrimonio fueron Baltasar de Faria Severim, «chantre de Évora y hombre ilustre de letras», una Catarina de Faria que, sin descendencia, se casó con su primo Rodrigo Álvares de Camões, y Juliana de Faria, esposa del citado Gaspar Gil Severim, que se casó dos veces con Farias. De este último matrimonio es hijo Manuel Severim de Faria.

La sexta rama de la familia comienza con João Álvares de Faria, hermano mayor de Beatriz de Faria que inició la última, en la que se incluye Manuel de Faria e Sousa. Fue padre de Nicolau de Faria, caballero de la casa de D. Manuel I, y que participó en la famosa embajada de Tristão da Cunha en Roma. Este Nicolau era el padre de Baltasar de Faria, jefe almotacén, embajador del rey Juan III en Roma respecto del establecimiento de la Inquisición. Con Isabel Brandoa, es padre de otro Nicolau de Faria, quien, casado con una María de Vilhena, ya apareció en las ramas de la familia anteriormente mencionadas; y es también padre de Lourença de Faria, esposa de Pedro Gonçalves da Câmara, jefe de caza de D. Sebastião, cargo que sucedió a su padre, Antonio Gonçalves da Câmara, que lo había ocupado durante D. João III (y aquí están los Camonian Câmaras nuevamente vinculados a los Farias)³⁵.

Es muy interesante señalar que una hija de Gaspar Gil Severim y Juliana de Faria, Joana de Faria, no mencionada por Faria e Sousa, casada con D. Cristóvão Manuel, era madre de D. Sancho Manuel, héroe de la Restauración y primer Conde de Vila Flor, y de María Manuel, esposa de António Álvares da Cunha, editor de la *Terceira Parte das Rimas* de Camões, en 1668 (*H. G.*, XII, II, 73).

En sus notas, además de otras diversificaciones de la familia, que explicaremos, Faria e Sousa menciona a otros Farias que dice haber encontrado en los registros de flotas: dos *Antónios*, uno en la flota de la India en 1544, hijo de Simão Ferreira y Joana de Faria, de Santarém, y otro en la flota de 1546. Dice que no sabe cómo ubicarlos en el cuadro genealógico de la familia y añade la curiosa observación de que ninguno de ellos le parece el célebre António de Faria, de quien Fernão Mendes Pinto habla tan extensamente, y cuyas hazañas orientales, según sus cálculos, habrían comenzado en 1540 (*ob. cit.*, col. 690). Si esto puede interpretarse maliciosamente como que Faria e Sousa fingió no saber cómo insertar a un pirata notorio y un personaje literario célebre en la familia (la *Peregrinação* se imprimió por primera vez en 1614), también debe enfatizarse como prueba adicional de que realmente disponía, en el tiempo en el que escribía, de los libros de las flotas, que le servían para corregir la fecha aproximada de nacimiento de Camões —corrección inserta en su segunda biografía del poeta, que precede a los comentarios sobre las *Rimas*, y que se hace en la biografía que precede a los comentarios sobre *Os Lusíadas*, que aquí presentamos³⁶.

34 Resulta muy curioso observar, y típico de las costumbres onomásticas, que el apellido Camões desaparece de la rama Severim, aunque se cree que, según estas mismas costumbres, lo usaban hijas e incluso nietas de Constança; mientras que las otras dos ramas, a pesar de algunos ilustres vínculos que las encumbraron, lo conservaron sistemáticamente, lo que no demuestra tanto que no tuvieran un apellido mejor, sino que se consideraban, con honor, los Camões que eran, desde su antepasado gallego.

35 En nuestro estudio citado sobre la familia Camões y sus diversas conexiones, señalamos la persistencia de vínculos con Câmaras. Este Pedro Gonçalves da Câmara, esposo de Lourença de Faria, hija del infame Bahasar de Faria, era primo de Inês Dias da Câmara, esposa de Lopo Vaz de Camões, primo segundo del padre del poeta.

36 En el prólogo a la edición anotada de las *Rimas*, Faria e Sousa afirma que llegó a sus manos en 1643 (media docena de años después de la preparación final de la edición de *Os Lusíadas*) un registro de la *Casa da Índia*, en el que, [re]traducimos de sus palabras castellanas, siendo este registro el de todas las personas que, desde 1500 hasta «nuestros años», es evidente que sólo los “más importantes” habían ido a servir en la India, encontró, en la lista de 1550, la siguiente entrada: «Luís de Camões, hijo de Simão Vaz y Ana de Sá, residentes en Lisboa, en Mouraria; escudero, de 25 años, de barba roja, trajo a su padre como fiador; va en el navío de São Pedro dos Burgaleses.» Aclara además que las anotaciones se hicieron con diferentes títulos, según el rango en el que cada persona iba a servir, y que el poeta estaba sentado entre los hombres de armas. Afirma que no se embarcó. Porque, en 1553, cuando Fernando Álvares Cabral iba como capitán mayor, bajo el título de «Gente de Guerra», figuraba la siguiente

En cuanto a publicaciones, la edición del *Nobiliário*, con notas de João Baptista Lavanha³⁷, del marqués de Montebelo³⁸ y Álvaro Ferreira de Vera³⁹, además de las de Faria e Sousa (que la convierten en una edición preciosa), es su canto del cisne, impreso. En un largo y amargo elogio de sí mismo que precede a la obra, ofrece una extensa lista de sus obras literarias y cita unos cincuenta títulos publicados o inéditos, entre estos últimos, uno que sin duda será de gran interés: *Fortuna y Vida de Manuel de Faria e Sousa*, «un libro largo, más para leer que para imprimir»⁴⁰, y que probablemente fue un ácido comentario sobre su propia vida y sus frustraciones como aristócrata menor en busca de un empleo seguro, y como ilustre hombre de letras en busca de gloria literaria (que, por cierto, experimentó en los elogios ditirámicos de, por ejemplo, el gran Lope de Vega).⁴¹

anotación: «Fernando Casado, hijo de Manuel Casado y Branca Queimada, vecinos de Lisboa, escudero; Luís de Camões, hijo de Simão Vaz y Ana de Sá, escudero, fue en su lugar; y recibió 2400 como los demás». Basándose en estas anotaciones, Faria e Sousa corrige lo que había citado de biógrafos o comentaristas anteriores. Camões habría nacido en 1524, y no en 1517, como él mismo había dicho (en esta edición). Cabe destacar que, según relatos similares (cf. Manuel Severim de Faria, *Vida* ref.), llamó a la madre del poeta Ana de Macedo, cuando en ambos registros aparece como de Sá, «un apellido igualmente ilustre», y señala que el escribano podría haber escrito solo Sá, en lugar de Sá de Macedo, al igual que omitió (y esto es lo que ocurre en ambos registros) Camões del nombre del padre. También señala que, erróneamente, y según las mismas fuentes, afirmó que el poeta quedó huérfano muy joven, pues Simão Vaz de Camões aparece como fallecido en un naufragio frente a la costa de Goa, y dicha muerte, según estos registros, sólo pudo haber ocurrido después de 1550.

Es sabido hasta qué punto Wilhelm Storck cuestionó los datos de Faria e Sousa. Sin embargo, debemos reconocer, contrariamente a la disposición del erudito alemán, que todo esto posee un tono de honesta autenticidad, que no puede dudarse a la ligera (y no se ha dudado, contrariamente a las apariencias, que Camões ha quedado, para la posteridad, como nacido en 1524 o 1525), ya que nos parece que Faria e Sousa no pudo haber tenido otro interés en corregirse que el de la verdad. Y no se ha enfatizado cuánto coincide la famosa carta de indulto descubierta por Juromenha, que Faria e Sousa desconocía, con la información que da al corregirse: el escriba de esta carta omite a Camões del nombre del padre, como había sucedido en aquellos registros de las flotas de la India. Y el hecho de que Camões se embarcara en 1553 en lugar de otra persona encaja a la perfección con la urgente necesidad de cumplir con el eufemismo que, en la carta de indulto real, lo remitía a los confines de Oriente como condición para salir de prisión: «es joven y pobre, y este año me servirá en la India» (fecha el 3 de marzo de 1553). Y la partida de la delegación, como es sabido, estaba a pocos días de distancia.

Obsérvese que, según el acta de embarque, Camões fue en lugar del hijo de un tal Queimada, un escudero como él. Cabe destacar que los Queimados descendían de la más pura judería, a través de Job Queimado, gobernador de la Casa de la India, y esposo de Violante Correia de Lacerda (hija de Francisco Pacheco, tesorero de la misma Casa). En la capilla fundada por Job en el claustro del Convento de San Francisco de Lisboa, fue enterrado el poeta Francisco Rodrigues Lobo. Un siniestro soneto satírico sobre la desastrosa muerte de este poeta por ahogamiento, escrito por D. Tomás de Noronha, se burla del ahogamiento de alguien destinado a morir «quemado [...] naturalmente», lo que alude directamente a su condición de cristiano nuevo o incluso a su sospecha de cripto-judío; y cabe destacar que fue enterrado en una capilla sepulcral de cristianos nuevos. Queimados ya había estado vinculado a familias ilustres, precisamente a los Silva con conexiones camonianas: António da Silva, nieto de Gonçalo Mendes da Silva, alcalde de Soure, era el esposo de Leonor de Vilalobos Queimado, hija de Vasco Queimado. Es curioso señalar que, como hijo de este matrimonio, Gonçalo Gomes da Silva, Caballero de Cristo y combatiente de Alcácer Quibir, era padre de una Silva, que era esposa de António de Meneses, hermano de Jorge de Meneses Sotomaior, señor de Alconchel, en España, y Formoselhe, en Portugal, y II marqués de Castro Forte por matrimonio. Ambos eran hijos de Jorge de Meneses Sotomaior, antes citado como Faria, y Sousa se refiere a él cuando lo menciona como esposo de Guiomar da Silva, hija de Antão de Faria, alcalde de Palmela, y quien fue madre de esos dos Meneses. Sobre lo dicho de Rodrigues Lobo y Queimados, véase Teófilo Braga, *Os Seiscentistas*, Porto, 1916, pp. 97-98, y Ricardo Jorge, *Francisco Rodrigues Lobo*, Coimbra, 1920.

37 La edición preparada por Lavanha se publicó en Roma en 1640, y fue su traducción la que publicó Faria e Sousa, con la colaboración de los demás genealogistas. Lavanha (fallecido en Madrid en 1655), Caballero de Cristo, principal cosmógrafo y principal cronista de Portugal, recordemos que también fue autor de un *Regimento Náutico* (Lisboa, 1606) y de la edición revisada de la *Quarta Década* (Madrid, 1615) de João de Barros, pero que, en el ámbito literario, es el autor del *Naufrágio da Nau Santo Alberto* (Lisboa, 1597), uno de los mejores relatos recopilados en la *Historia Trágico-Marítima*. Cabe destacar que, al preparar la edición castellana junto con los demás, Faria e Sousa lo hizo en Madrid, donde Lavanha residió y fue una figura importante, aunque, después de 1640, todos los portugueses en España estaban sujetos a la más estricta vigilancia.

[BIOGRAFÍA LITERARIA]

Rastreemos la biografía literaria de este hombre, cuya vida fue, ante todo, lo que escribió. En su elogio, por Lope de Vega, concluido por Juan Bautista de Sosa⁴², que es uno de los ornamentos de esta edición de *Os Lusíadas*, y que evidentemente se basa en datos proporcionados por el propio Faria e Sousa, se dice que nació, como ya hemos dicho, según sus notas al *Nobiliário* de Souto (de Pombeiro), el 18 de marzo de 1590, y esta es sin duda la fuente de lo que los bio-bibliógrafos han llegado a afirmar al respecto⁴³; que se casó en Oporto en 1614, y que de este matrimonio tuvo once hijos, tres de los cuales sobrevivieron hasta la fecha de publicación; que estudió durante diez años en Braga antes de trasladarse a Oporto; y que era caballero de la Orden de Cristo, «con las límpidas calidades (no las hay en todos) que mandan sus estatutos»⁴⁴. Las noticias sobre cuándo se instaló en España son algo contradictorias, pero es muy importante destacar que las cincuenta octavas

38 El primer marqués de Montebelo, título italiano que le otorgó Felipe IV de España en 1630, era portugués. Su nombre era Félix Machado da Silva Castro e Vasconcelos y también era, como Comendador de Cristo, señor de Entre Homem e Cavado. Era hijo de Manuel de Araújo e Sousa y Margarida Machado, hija heredera de Francisco Machado da Silva, señor de Entre Homem e Cávado. Así, por línea materna, su tercer abuelo fue Francisco Machado, señor de ese riquísimo señorío, y era suegro del poeta Sá de Miranda. Cabe destacar que el suegro de Manuel de Faria e Sousa pertenecía a ese clan de Machados, lo que ayuda a explicar la intimidad que se estableció entre los dos autores en Madrid. Se casó con (H. G., X) Violante de Orozco, dama de compañía de la emperatriz María de Austria, quien era hija de Rodrigo de Orozco, primer marqués de Mortara y dama italiana de ascendencia friulana. Su hijo, António Félix Machado, segundo marqués de Montebelo, llegó a Portugal, donde fue señor de Entre Homem e Cavado y magistrado principal de Mourão. El propio primer marqués, en sus notas al *Nobiliário*, explica cómo llegó a él el destacado señorío.

39 Álvaro Ferreira de Vera era portugués y natural de Lisboa. Inocéncio, que no menciona sus notas al *Nobiliário*, recuerda su *Origem da Nobreza Política, Brasões de Armas*, etc., Lisboa, 1631. Fue también autor de un tratado de ortografía, impreso en el mismo lugar y año, por lo que es uno de los numerosos filólogos y «lingüistas» portugueses que aún aguardan sus ediciones críticas.

40 Se nos dice que la edición de este manuscrito, preparada por E. Glaser, está en prensa.

41 Debería ser innecesario —pero creemos que en Portugal, por desgracia, todavía no lo es— destacar que Félix Lope de Vega Carpio (1562-1635) fue, desde muy joven, una personalidad dominante en la literatura hispánica, que emergió por la fuerza del genio, un carácter violentamente apasionado y una productividad prodigiosa (poesía, prosa narrativa, ensayos y las aproximadamente dos mil obras teatrales, de las cuales cientos han llegado hasta nosotros), todo lo cual llevó a su amigo Cervantes a llamarlo «el monstruo de la naturaleza». Su posición como uno de los más grandes escritores de España y uno de los grandes de Europa sigue siendo indiscutible (y, en ciertos aspectos, independientemente de la inmensa masa de vulgaridades que produjo, todas marcadas por su genio o importantes para comprenderlo en su inmensa complejidad, ha crecido en los últimos tiempos). Pero no solo eso. Incluso en vida, fue una celebridad internacional a la que los extranjeros buscaban conocer, y cuya muerte sumió en el luto a la Europa culta. Gran parte de su obra fue muy influyente en el Romanticismo europeo. En cuanto a la facilidad con la que prodigó elogios a sus amigos (mientras los consideraba así) o diatribas contra enemigos (en cuanto alguien caía en su desgracia), aquellos y estas se volvieron proverbiales. Aún queda por realizar un estudio exhaustivo de sus relaciones con Portugal y de los temas portugueses en su obra, especialmente en su obra teatral. Véase, en nuestros *Estudos* citados, el capítulo dedicado a él y otras referencias sobre él.

42 De esta personalidad dice Nicolau António, en *B. H. Nova*: «matritensis decurio, ex hoc ipso Regio municipio oriundus», y le atribuye la obra *Sossia perseguida: sueño y pergunta de Cassio a Prudencio en que se trata del honor paterno y amor filial* (este es el título completo, resumido por N. A., de esta obra que fue efectivamente impresa en Madrid, 1621). Nótese que el título del «elogio» lo presenta como amigo de Lope y de Faria y Souza.

43 En las notas donde se refiere a sí mismo en la genealogía de los Farias, en la edición del *Nobiliário*, Faria e Sousa no indica el día, y el mes que aparece impreso es mayo. No debe creerse que Faria cometiera lo que seguramente no será un error, sino una errata tipográfica.

portuguesas de su hermosa *Fábula de Narciso e Eco*, un raro panfleto sin lugar ni fecha, tienen una dedicatoria a Lope de Vega, fechada en Lisboa, el 20 de noviembre de 1623, y que el conjunto de producciones poéticas con las que Faria e Sousa irrumpió en la vida literaria española en 1624 y los años inmediatamente posteriores se imprimió toda en Madrid, con la excepción del *Epitalamio de los casamientos de los Señores Marqueses de Molina, que é de Saragoça*, 1624⁴⁵. De este mismo son las treinta y una octavas castellanas de *Muerte de Jesús y Llanto de María*, dedicadas a Doña Margarita de Melo, joven hija de Manuel de Moura Corte Real, segundo Marqués de Castelo Rodrigo⁴⁶. También en 1624 apareció en Madrid las *Divinas y humanas flores, primera y segunda parte*, dedicadas a Fernando Afán de Ribera y Enríquez, señor de la casa de Ribera, duque de

-
- 44 Esta broma sobre la pureza de sangre exigida por las órdenes militares, que se había convertido sólo en fuente de elogios y puestos más o menos lucrativos, refleja lo que era bien sabido (recordemos las consecuencias que provocó *El Tizón de la Nobleza*), y es uno de los capítulos más curiosos de la historia social ibérica, debido a las notorias falsificaciones a que condujo. Cabe destacar que dicha investigación era mucho más exigente en Portugal que en España (y, por lo tanto, causaría falsificaciones genealógicas y documentales más extensas), por lo que se supone que la broma, si bien puede ser del propio Lope de Vega, quien no dudó en escribirla, en el original que habría dejado incompleto a su muerte en 1635, está directamente inspirada (por Lope o por Sosa, quien «completó» el panegírico para su publicación) por el propio Faria e Sousa, quien, muy versado en genealogías, doblemente —un rasgo tan barroco— ridiculizó a la vez la exigencia y las falsificaciones, y al mismo tiempo enfatizó su condición de «cristiano viejo» (protegiéndose de los ataques, que no tardaron en llegar, a su «limpieza» ideológico-religiosa).
- 45 Como es bien sabido, la fuente bio-bibliográfica sobre Faria e Sousa (además de lo que él mismo dice expresamente en sus escritos, o había dicho en el «elogio» de Lope de Vega y Juan Baptista de Sosa, para la edición de *Os Lusíadas*) es Francisco Moreno Porcel, *Retrato de Manuel de Faria e Sousa, relación de su vida, y catálogo de sus obras*, Madrid, 1650 (?), del cual hubo una reedición en Lisboa en 1730, complementada con un comentario por Francisco Xavier de Meneses, cuarto Conde de Ericeira (1673-1743), figura destacada de la renovación intelectual de las primeras décadas del siglo XVIII y autor (de cierta influencia volteriana) de la *Henriqueida*. Véase nota 14. En una nota de nuestros citados *Estudos* (vol. II, p. 216), confesamos no haber podido identificar adecuadamente a estos marqueses de Molina, pero mostramos en qué circunstancias políticas este Molina era «de Aragón» y fue elevado a marquesado, de hecho, en 1535. En estas condiciones, el tan comentado matrimonio probablemente se habría celebrado en Aragón, si no en la capital que fue y es Zaragoza, lo que explica el lugar de impresión del panfleto que, a pesar de nuestra investigación, nunca hemos podido examinar.
- 46 En la nota (412) del volumen citado en la nota anterior, analizamos la personalidad de doña Margarida de Melo, identificándola como hija de los segundos marqueses de Castelo Rodrigo. Aún no habíamos podido examinar el panfleto que posteriormente encontramos en la Biblioteca Nacional de Madrid. Tiene dieciséis páginas y fue impreso en Madrid por Juan Delgado en 1624, y no en 1623, como indican los registros bibliográficos. En la portada, la pequeña obra está dedicada a doña Margarida de Melo, sin títulos posteriores (razón por la cual los bibliógrafos no se molestaron en identificarla, como podrían haberlo hecho buscando ese nombre en las historias genealógicas). Pero, en la dedicatoria que precede al poema, Faria e Sousa escribe lo siguiente: «ya porque con lo valeroso imite los castillos de los antiquísimos Moras, ya porque con lo resplandeciente, dilata las quinas de los Lusitanos Reyes, que tales son sus excelentes progenitores de V. Señoría, donde resulta, que en consideración de sus acciones, lo menos que hay en ellos es ser Marqueses de Castel-Rodrigo y Grandes de España», por lo que no hay duda de que la identificación que habíamos propuesto es correcta. Moreno Porcel, en la bibliografía que recopila (cf. nota anterior) de las obras de Faria e Sousa ignora este panfleto, del mismo modo que ignora, como debut literario de su bibliografiado, las octavas de la *Fábula de Eco e Narciso*, que lo fueron. Para él, el debut fue con *Noches Claras*, en 1623, lo cual es un error, ya que la edición es de 1624. Manuel de Moura Corte Real, segundo marqués de Castelo Rodrigo, primer conde de Lumiares, Grande de España, Comendador supremo de Alcántara, Comendador supremo de Cristo, Embajador en Roma, Gobernador de los Estados de Flandes, Gentilhombre de Cámara del Rey Felipe IV, su Mayordomo Mayor y del Consejo de Estado (transcribimos del *H. G.*, I, p. LIV, sus títulos, para dar una idea de la eminencia del personaje en el mundo hispánico), era hijo del famoso Cristóvão de Moura, favorito de Felipe II y su devoto servidor, y primer marqués de Castelo Rodrigo, y de su esposa Margarida Corte Real, hija heredera de Vasqueanes de Corte Real, Capitán Donatario de las Capitanías de Terceira, Isla, de parte de Angra, de S. Jorge y de Terra Nova dos Corte Reais. El segundo marqués se casó con Leonor de Melo, hija de Nuno Alvares Pereira de Melo, tercer conde de Tentúgal. Faria e Sousa no exageraba al destacar que, en todo esto, pesaban tanto los castillos tan antiguos de los Moura, y tanto las quinas de Portugal, que ser un marqués inventado por los reyes de España, o «grande» de ella, sería lo de menos, lo que significaba, al mismo tiempo, exaltar a los Mouras (y a quien era Moura y una Melo de aquellas), y, con artificio barroco, colocar

Alcalá, marqués de Tarifa, etc.⁴⁷, las *Noches claras, primera parte*, que sería la primera parte de los *Discursos Morales y Políticos*, cuya segunda parte apareció en 1626, y la primera edición, en tres partes, de su vasta colección poética *Fuente de Aganipe* (1624, 1625, 1627)⁴⁸.

Es evidente que Faria e Sousa se lanzó con tremendo ímpetu a la conquista del Madrid literario y oligárquico (primero, con tres panfletos dedicados a las grandes figuras de las letras y del mundo, y, posteriormente, con la mayor parte de su producción estrictamente literaria), entre finales de 1623 o principios de 1624 y 1627, ambos inclusive. Toda esta frenética actividad (en la que acabó publicando gran parte de lo que habría escrito desde su juventud), especialmente poética, culminó repentinamente en 1628 con la prosa histórica del *Epítome de las historias portuguesas*, que sería su obra de mayor difusión y mayor prestigio europeo⁴⁹. El poeta tanto en portugués como en castellano, dotado de firmes ideas críticas, y el elegante divulgador de la historia de Portugal se hicieron presentes en España. Pero a esos cinco años de composiciones breves y oportunistas, de publicación (con gran gasto de mecenazgo y dinero) de cascadas de poesía y prosa, y de consolidarse en el ambiente social y cultural madrileño, les siguen, editorialmente, once años de silencio. Por un lado, las reservas literarias se habían agotado, por otro, el autor se desanimaría al no triunfar tanto como había soñado (ya fuera en literatura, o en los frutos que, social y económicamente, para un cabeza de familia numerosa, esperaba sustancialmente de ellos), y, por otro lado, estaba absorto en la preparación de lo que sería, para su orgullo de autodidacta frente a

a Portugal por delante de España. Sobre los Moura y demás familia (que incluye al propio Camões), véanse nuestros *Estudos*, en varios capítulos y notas genealógicas, y el estudio, ya citado, que precede a *A Estrutura de «Os Lusíadas»*.

- 47 Los Riberas ascendieron, en el siglo XIV, al rango de «adelantados mayores» de Andalucía. Pedro Afán de Ribera, tercer adelantado mayor, se casó con una de las hijas del famoso e ilustre Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana (y una hija de este matrimonio fue la esposa de Enrique de Guzmán, segundo duque de Medina-Sidonia), según nos informa el *H. G. C. R.*, ya que estas personalidades llegaron a estar vinculadas por descendencia a la casa real portuguesa. Los Ribera fueron marqueses de Tarifa desde 1514 y, en la persona de Pedro Afán de Ribera, en 1588, se convirtieron en duques de Alcalá. Este primer duque fue virrey de Nápoles de 1559 a 1571. Fernando, su hijo y segundo duque, se casó con Juana Cortés, hija de Fernando Cortés, conquistador de México y nombrado marqués del Valle (de Oaxaca). Nieto de este matrimonio fue el tercer duque, Fernando Afán de Ribera y Enríquez, quien ejerció el virreinato de Nápoles entre 1629 y 1631, y el de Sicilia entre 1632 y 1635. Sin embargo, continuó siendo el virrey titular (gobernando en su nombre con su yerno, Luis de Moncada, duque de Montalto) hasta su muerte en 1639. Para estos virreinos hispánicos, y otros, véase A. Ballesteros, *Historia de España*, VI (2.^a ed., 1950). Fue pues al III Duque de Alcalá a quien Faria e Sousa ofreció, en 1624, sus *Divinas y Humanas Flores*, ya que este gran hombre, ligado por familia y cargos a la alta administración, podría ayudarle a encontrar empleo, quizá mejor que Castelo Rodrigo, con toda su grandeza.
- 48 En esa especie de autoelogio que precede a la publicación del *Nobiliário*, y en la lista de sus obras, a la que volveremos más adelante, Faria afirma que la primera parte se publicó en Madrid en 1624 y se reeditó íntegramente en 1646; la segunda contenía poemas publicados en 1625 y 1626 (creemos que se refería a 1627), y fue debidamente reorganizada en 1644; la tercera parte contenía poemas publicados en 1626 y 1627, y se publicó organizada en 1646; la cuarta, de la cual algunos poemas se habían publicado en 1624, fue debidamente preparada en 1644 (todo en Madrid). De la quinta parte, indica que se habían publicado poemas en Madrid en 1624 y 1625, y que la sexta se publicó en Madrid solo en 1627. No indica ninguna fecha para la séptima parte. Nunca pudimos ver la edición de 1624-1625-1627, y la reedición de 1644-1646, que pudimos examinar en la Biblioteca Nacional de Madrid, a pesar de que en el frontispicio se indica que consta de siete partes (formando cuatro volúmenes), en realidad consta de la primera parte, 1646, la segunda, 1644, la tercera, 1646 y la cuarta, 1644, nada más. Esto coincide exactamente con lo que Faria e Sousa declaró al respecto. Nos parece que la «rareza» de las demás partes, que ilustres bibliógrafos creen no haber visto nunca porque nunca se encuentra una edición «completa» con todas las partes, es más un descuido que otra cosa: en la reedición de 1644-1646, sólo se publicaron esas cuatro partes, como dice Faria y tal como figura en el ejemplar que consultamos. Las siete partes previstas —y lo decimos con la salvedad de que aún no hemos visto los volúmenes de la primera edición— se redujeron a seis en esta edición y a cuatro en la segunda. Más adelante, volveremos a la reedición de *Fuente de Aganipe*, a cuyo interés están dedicadas las cuatro partes mencionadas.
- 49 El *Epítome* se reeditó en 1663, tuvo una edición en Portugal en 1673-1674, otra en Bruselas en 1677, apareció en inglés en 1698 y, bajo el título *Historia de los Reyes de Portugal*, tuvo una edición en Amberes en 1730. Pero este siglo de gloria historicista fue póstumo para Faria e Sousa. Lo abordaremos en el texto.

tantos doctores y licenciados que dominaban la vida literaria, un monumento supremo al más grande poeta portugués y a él mismo como crítico, que aplastaría, con el peso de su erudición y análisis estético, todo lo comparable que España hubiera producido⁵⁰, como correspondía al poema que consideraba junto a los grandes clásicos de la Antigüedad, y a su autor, a quien consideraba — por mucho que les costara a los españoles, como todavía les cuesta, reconocerlo— como el más grande de la Península Ibérica y uno de los más grandes del mundo (es decir, lo que, con un término muy decimonónico, Teófilo Braga, quien, sin embargo, lo comprendió y reconoció mejor que muchos otros, llamó su *locura* camoniana).

Volvamos al hilo biográfico de Faria e Sousa para comprender mejor cómo entró en la vida pública y su silencio de años, tras esos escasos y tan productivos años de vasto trabajo. Lo vimos declarar que había estudiado durante diez años de juventud en Braga y que después se trasladó a Oporto. Es posible que sirviera allí bajo el obispo D. Gonçalo de Moraes, quien fue obispo de 1602 a 1617⁵¹. En lugar de seguir la carrera eclesiástica que esta protección le abría, se casó en 1614. Pero en 1619, al parecer, el *fidalgo* Pedro Álvares Pereira⁵², que iba a ser miembro del Consejo de Portugal en Madrid, lo tomó como secretario. En 1621, tras la muerte de Felipe III de España (II de Portugal), su sucesor, Felipe IV (III de Portugal), llegó a Portugal para para ser jurado como rey (y

50 En el siglo XVI, y especialmente en el siglo XVII, gran parte de los escritores eminentes de la Península, así como los críticos y comentaristas, habían asistido a universidades, al menos cuando no poseían títulos académicos ni siquiera enseñaban en ellas. Esto no le había sucedido a Faria e Sousa (lo que explica y excusa en buena medida su ostentación erudita), y, que se sepa, lo mismo ocurrió a Camões, cuya extraordinaria cultura y ciencias (sofísticas, literarias y otras) los comentarios subrayaban con precisión. Cabe destacar que el poeta por excelencia de la España de esos dos siglos había sido y era Garcilaso de la Vega (a quien Camões tanto admiraba; sobre el significado de esta admiración y cómo lo absorbió nuestro poeta, véase lo que decimos en *Uma Canção de Camões*, Lisboa, 1966). Garcilaso mereció ediciones preparadas y anotadas por Francisco Sánchez de las Brozas (el Brocense, eminente maestro salmantino), Salamanca, 1574; por el poeta Fernando de Herrera, Sevilla, 1580; y por Tomás Tamayo de Vargas (precisamente el entusiasta, como veremos, aprobador de los comentarios a *Os Lusíadas*), Madrid, 1622. Pero ni la escasa, aunque admirable, obra lírica de Garcilaso se prestó a monumentalidades épicas, ni los tres comentaristas ampliaron a la escala de comparaciones, analogías, etc., que Faria aplicó igualmente a la obra lírica de Camões. Para los tres comentarios sobre Garcilaso, véase *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas—Obras completas del poeta, acompañadas de los textos íntegros de los comentarios del Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara*, ed. A. Gallego Morel, Granada, 1966.

51 Obsérvese cómo la vida de Faria e Sousa sigue el patrón con el que en aquellos tiempos (y aún hoy, para la gente de las aldeas del norte de Portugal), uno podía esperar un lugar en la vida siendo, aunque noble, miembro segundón, y descalificado por algunas mezclas plebeyas, de una rama familiar menor: estudios a la sombra del poder religioso, como parece haber hecho en Braga, y la perspectiva de ascender a través de una carrera eclesiástica, con la protección de personalidades del alto clero. Curiosamente, y como él mismo enfatiza en más de un pasaje de su obra (la poética, dice en sus comentarios, muy autobiográfica), fue la pasión por quien fue su esposa y fiel compañera de toda su vida lo que lo distrajo. Si Faria hubiera sido más «eclesiástico», digamos que, para los estándares de la época, las urgencias del sexo y la pasión no le habrían impedido seguir la carrera que se le abrió y convertirse en arzobispo con hijos reconocidos, si el azar de sus relaciones se los hubiera concedido. Así, permaneció como secretario ocasional de los grandes, sin estabilidad ni seguridad, lo que, por cierto, sirvió de trayectoria profesional a gran parte de los escritores españoles de finales de los siglos XVI y XVII, en la colosal burocracia del Imperio Hispánico (en el que, sin embargo, para las personalidades de origen modesto o de una clase inferior a la media nobleza, las oportunidades no se abrían necesariamente, tanto para los portugueses como para los españoles nativos; y sólo portugueses le emplearon, por muy hispanizados que estuvieran).

52 Este personaje, sobrino del mencionado obispo de Oporto, era miembro del poderoso clan Pereira, íntimamente vinculado, como ellos, a los grupos familiares que habían ascendido al poder en la segunda mitad del siglo XVI y florecieron en las décadas filipinas, algunos de los cuales se convirtieron en las grandes figuras del Portugal restaurado, ya sea ellos mismos o sus descendientes inmediatos. Véase cómo era la red familiar de este P. A. Pereira, durante años el eje de influencia dentro de la burocracia portuguesa de Madrid, en nuestro estudio *O Cancioneiro de Manuel de Faria (e Sousa)*, del segundo vol. de los citados E. H. C. (*Ocidente*, 377-378, septiembre y octubre de 1969, vol. LXXVII), en el que se critica la edición de E. Glaser del famoso manuscrito, y también su tesis de que el autor de la compilación (estudiada en ese ensayo crítico) no fue Faria e Sousa, cuando todo indica que no pudo haber sido ningún otro. Véase también el capítulo inmediatamente anterior y otros textos genealógico-culturales en esos *Estudos*.

su visita fue ampliamente celebrada con publicaciones poéticas)⁵³, y los altos funcionarios y su séquito, que trabajaban en Madrid, lo acompañaron a Lisboa. Pedro Álvares Pereira falleció en 1622⁵⁴ y Faria e Sousa, de nuevo en Madrid, sirvió a Francisco de Lucena⁵⁵, a quien dedicó las *Noches Claras*. Es curioso notar que el joven poeta, entre 1619 y 1621, no intentó la conquista literaria de Madrid, ya que el período de residencia fue breve, seguido de una estancia en Portugal, y solo en 1624 se lanzó a la frenética producción que conocemos y que se suspendió en 1628. Parece que, en ese año, llegó a Portugal atraído por el arzobispo Afonso Furtado de Mendonça⁵⁶. Al año siguiente, falleció una de sus hijas más queridas; y, en 1630, habría visitado por última vez su región natal de Pombeiro. Al partir Manuel de Moura como embajador a Roma en 1631, lo lleva consigo, y Faria permanece allí hasta 1634⁵⁷, cuando, al regresar a Madrid, es arrestado por «inconfidente»⁵⁸. Liberado después de tres meses de prisión, fue arrestado de nuevo, con residencia fija, durante algún tiempo, en 1635. La atmósfera mítica de la Monarquía Dual había entrado en crisis, y la lealtad de los portugueses se había vuelto sospechosa; sólo una obra colosal podría ayudar a Faria a sobrevivir, y serían los comentarios sobre la gran epopeya lusitana, que había estado acumulando durante años. Todas estas circunstancias explican ampliamente el silencio editorial entre 1628 y 1639, fecha de publicación de la inmensa obra, que habría estado lista desde principios de 1637 y cuya preparación («política» y tipográfica) le ocupó de forma absorbente.

El dictamen del ilustre crítico Tomás Tamayo de Vargas⁵⁹, que aprueba la obra, está fechado el 8 de julio de 1637, y hay que llamar la atención sobre algunos de sus juicios: el poema, a juicio del comentarista de Garcilaso, es «igual a los mejores de los antiguos» y «superior a todos los de los modernos»; «el espíritu de Luís de Camões es superior a la materia que trató»⁶⁰. Y la opinión termina con una vehemente recomendación: «Que la obra salga a la luz, que salga a la luz una obra

53 Véase, a este respecto, en dichos *Estudos*, el capítulo que desmiente el mito del movimiento autonomista en la literatura durante el dominio filipino, así como la entrada ya citada del *Grande Dicionário sobre Autonomia*.

54 Cf. *The Cancionero «Manuel de Faria»—a critical edition with introduction and notes*, por Edward Glaser, Münster, 1968, p. 10.

55 Francisco de Lucena fue durante décadas Secretario de Estado del Consejo de Portugal en Madrid, y posteriormente un alto funcionario en Portugal, cargo que ostentaba en el momento de la aclamación de D. João IV. Poco después fue decapitado por su participación en las conspiraciones contra este rey (cf. *H. G. C. R.*, VI, 254).

56 Afonso Furtado de Mendonça fue arzobispo de Braga (1618-1626) y posteriormente de Lisboa (1626-1630), y uno de los miembros del consejo de gobierno del Reino (1626-1630). Una de sus hermanas fue esposa del poeta Martim de Castro do Rio, tan estimado por Faria e Sousa (a quien nos hemos referido varias veces en los *E. H. C.* citados, y quien está a punto de ser descubierto como uno de los grandes poetas portugueses de finales del siglo XVI y principios del XVII), y a través de ella los Castros do Rio, cristianos nuevos exentos de limitaciones por el ennoblecimiento que les otorgó el rey Juan III, llegaron a usar el nombre menos cristiano nuevo de Furtados de Mendonça, que, sin embargo, nunca los libró de las sospechas inquisitoriales de los cristianos viejos.

57 En aquellos años, Roma estaba bajo el pontificado de Urbano VIII (1623-1644).

58 En el *Hospital das Letras*, Francisco Manuel de Melo, al llamar su «gran amigo» a Faria e Sousa, se refiere a esta «confianza», que se habría originado en los contactos sospechosos de Faria con el propio Papa (¿la cuestión portuguesa?).

59 Tamayo de Vargas (1588-1641) fue una de las grandes figuras intelectuales de la primera mitad del siglo XVII en España, y oficialmente cronista jefe de Castilla e Indias, ministro de la Inquisición y miembro del Consejo de las Órdenes. Entre los numerosos escritos del comentarista de Garcilaso que fue (entre los cuales, aunque olvidados por los estudiosos, destaca su opinión sobre esta edición de *Os Lusíadas*), existe una *Restauración de la ciudad de Salvador*, etc., de 1626, de gran interés brasileño. La clara protección que Vargas manifestó en su aprobación fue una gran ventaja para lo que pronto le sobrevendría a Faria: las denuncias contra él y sus poemas en la Inquisición. Sobre la importancia de Vargas como bibliógrafo, véase Theodore S. Beardsley, «The first catalogue of hispano-classical translations: T. T. de Vargas, *A los aficionados a la lengua española*», *Hispanic Review*, vol. XXXII, octubre de 1964.

60 No creemos que esto deba interpretarse como una insinuación de Vargas de que Camões, como genio, fuera muy superior a la historia de Portugal, la cual celebró conmemorando el viaje de Gama, sino más bien que, tal como Faria lo había convencido con sus comentarios, Camões albergaba, en su propio poema, ambiciones poderosas mucho mayores que la mera celebración patriótica.

tan importante para el honor de Portugal y de Castilla, para la enseñanza de la nación entera y para la admiración de los extranjeros y de los nuestros. Y que España se gloríe de tener en sus mejores lenguas este singular ornamento.»⁶¹ Dedicado al rey Felipe IV (III de Portugal)⁶², el gigantesco «ornamento» tenía la nota de tasas o licencia el 7 de marzo de 1639. De ese mismo mes y año es la nota inicial dirigida a impresores y libreros por Faria e Sousa, y su carta dedicatoria al rey está fechada el 20 de marzo de ese año. La obra debió aparecer alrededor de abril o mayo: cuatro enormes tomos en dos volúmenes.

Faria e Sousa —y también Camões⁶³— tenía enemigos y D. Agostinho Manuel de Vasconcelos⁶⁴ se apresuró a denunciar la obra y sus autores ante la Inquisición de España. Pero allí estaba Tamayo de Vargas, que aún vivió un poco, lo suficiente, para que la denuncia no tuviera

61 Cabe destacar cómo Vargas destaca culturalmente, entre las lenguas de la Península, la particular excelencia del portugués y el castellano, que fueron continuidades literarias cultivadas, algo que las demás no lograron ser tras ser absorbidas por el complejo castellano-leonés. Esto sigue siendo cierto hoy en día, a pesar del interés y el valor de los catalanes y los gallegos.

62 Camões dedicó su poema al rey Sebastián. Faria e Sousa, al dedicar su edición a Felipe IV, quien en ese momento era legalmente rey de Portugal, no sólo se colocó en un plano de dignidad similar para el poema y los comentarios, sino que también se protegió ambigüamente de las sospechas políticas a las que estaba sujeto, para garantizar la publicación de una obra tan grande que sólo pudo llevar a cabo en Madrid.

63 Como es sabido, la epopeya, publicada en 1572 y que habría tenido éxito durante algunos años (nos abstenemos de mencionar la cuestión de las «dos» ediciones, que habrían sido simplemente impresiones sucesivas), no se reeditó hasta doce años después, la ridícula edición de los «Piscos» (cuya reaparición debería promoverse, debidamente anotada con las «variantes» impuestas al texto, para hacer pública la audacia de reescribir y mutilar la obra, que, probablemente agotada durante años, no se habría publicado de otro modo). Y fue en este lamentable estado que reapareció en 1591 y 1597. Sin embargo, en 1595 se publicaron las *Rimas*, pronto reeditadas con más textos inéditos en 1598 (no importa aquí discutir las revisiones que sufrieron los textos de 1595 y que hemos demostrado ser espurias, ni los errores de atribución de autoría que hubo en ambos, ni las diferencias en la inclusión de textos entre ambas ediciones: para este propósito, véanse nuestros estudios de *Os Sonetos de Camões e o soneto quinhentista peninsular*, Lisboa, 1969, y los que los completan en *A Estrutura de «Os Lusíadas»*, etc., Lisboa, 1970), siendo esta reedición reimpresa en 1607. El texto original del poema épico resurge en 1609, y se reedita en 1612. Así, tenemos una primera fase, que es la publicación de un poema épico, en la década de 1570, y una segunda, en las décadas de 1580 y 1590 del siglo XVI, en la que solo aparece «enmendado». Pero el éxito de las *Rimas*, en 1595-1598, coincide con el veto contra el original. Su reedición retrasa (o se calculaba que retrasaría) la reaparición del texto de 1572: aquellas se reimprimen en 1607, éste en 1609, con un claro intervalo entre 1598 y 1607-1609. ¿Qué había sucedido mientras tanto? Tras los años 1580-1583, de ocupación militar y residencia en Lisboa de Felipe II (junio de 1581-febrero de 1583), sigue el virreinato del cardenal archiduque Alberto de Austria (1584-1593). En agosto de 1593 (y hasta enero de 1600) comienza el sistema de la junta de gobernadores, todos portugueses. Este sistema es seguido por la vuelta del virreinato, pero ahora ejercido por portugueses (Cristóvão de Moura, 1600-1603; Afonso de Castelo Branco, 1603-1604; Pedro de Castilho, 1605-1608; de nuevo Cristóvão de Moura, el primer marqués de Castelo Rodrigo, 1608-1612). Es evidente que la reacción contra la epopeya aprovechó —mucho más que el simple deseo de ser amable con los castellanos, eliminando lo que podría ser excesivamente antimonarquía dual— el período turbulento de los primeros años de la unión, para imponerse durante la regencia del cardenal, y que un cambio de actitud solo comienza en el segundo gobierno de Cristóvão de Moura, y quizás en el de Pedro de Castilho, quien regresó como virrey en 1612-1614. Es durante este período que se reeditan *Os Lusíadas* (1612) y que se publica la edición anotada de Manuel Correia (1613), preparada póstumamente por Pedro de Mariz, y ambas, según dicen, claramente «defienden» el poema y al poeta. Las *Rimas* reaparecen en 1614, y se publica una Segunda Parte en 1616. Pero *Os Lusíadas* no vuelve a aparecer hasta 1626, mientras que la Primera Parte de las *Rimas* (en la que se había convertido la edición posterior a 1598) y la Segunda Parte se reimprimieron, respectivamente, en 1621 y 1623. De 1614 a 1617 estuvieron los virreinatos de Aleixo de Meneses y Miguel de Castro. De mayo de 1617 a julio de 1621, el gobierno de Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas y marqués de Alenquer, hijo de otro portugués, Rui Gomes da Silva, duque de Pastrana y príncipe de Éboli, quien, al igual que Cristóvão de Moura, había sido un fiel favorito de Felipe II (incluso se decía que el poeta virrey era hijo de este rey y de la famosa princesa, tan políticamente involucrada, por cuenta propia, en las conspiraciones de poder en torno a Felipe II). Pero en septiembre de 1621 (y hasta abril de 1633), España volvió al experimento de la junta de gobernadores. En 1624, Manuel Severim de Faria publicó sus *Varios Discursos Políticos*, que incluían una biografía de Camões, que, bajo la apariencia de una biografía, es en realidad una defensa del poema épico (y, cabe mencionar, en el volumen aparecieron otras dos biografías: la de João de Barros y la del controvertido Diogo

efecto. Pronto el mismo personaje, en colaboración con el poeta Manuel Galhegos⁶⁵ y el polígrafo Manuel Pires de Almeida⁶⁶, reiteró la denuncia a la Inquisición de Portugal, que era mucho menos indulgente en materia literaria que la otra⁶⁷. Faria se defendió con una *Información* (que habría aparecido en 1640, s/l y s/d, de VI + 139 pp.), y Moreno Porcel dice que sus testigos de defensa en la Inquisición portuguesa, contra los acusadores, fueron Gregório de Castelo Branco, Conde de Vila Nova⁶⁸, Francisco de Sá de Meneses, Conde de Matosinhos y de Penaguião⁶⁹, y otros⁷⁰. Todas estas personas pertenecen, a través de sus familias, al círculo de parientes de Camões, así como a los círculos cripto-alumbrados que habían gravitado en torno al príncipe Juan y su esposa, Juana de Austria⁷¹. Es evidente que la ortodoxia tenía a Camões bajo su atenta mirada, y más aún a quienes

do Couto). En su contra, según manuscritos que circulaban, se alzó Manuel Pires de Almeida, quien sería uno de los denunciantes de Faria e Sousa ante la Inquisición. Sin embargo, *Os Lusíadas* superaron el ataque en 1626, como se ha dicho. Se publicó de nuevo en 1631 y 1633, en la edición revisada por João Franco Barreto. Pero no se reeditó hasta la aparición en Madrid, en 1639, de la edición de Faria e Sousa. Los virreyes portugueses habían reiniciado sus trabajos de forma muy precaria en abril de 1633 (como un nuevo experimento, tras el movimiento de entradas y salidas de la junta de gobierno anterior), y, a finales de 1634, los experimentos con gobernadores y virreyes portugueses o luso-castellanos cesaron definitivamente, para volver al virreinato de un miembro de la Casa de Austria, la princesa Margarita, duquesa de Mantua. Obsérvense las coincidencias y cómo exigen un estudio exhaustivo de las fuerzas políticas en juego durante estas décadas, algo que todavía está por hacerse.

- 64 Agostinho Manuel de Vasconcelos era hijo de Rui Mendes de Vasconcelos Casco, señor del Morgado de Machede, y Ana de Noronha, hermana de Francisco Manuel de Melo, corregidor de Lamego y señor del Morgado da Ribeirinha en S. Miguel, y abuelo del ilustre escritor, su homónimo. Agostinho Manuel era, por lo tanto, primo hermano del padre del gran autor del siglo XVII. Pero, a través de su padre Casco (apellido que abandonó para seguir con el más noble Vasconcelos, y debido a que los Casco habían tenido sus problemas con la Inquisición), entró en la genealogía de la familia Camões y otros parientes (cf. nuestro estudio introductorio de *A Estrutura*, etc., p. 46). Habría nacido en 1583 (cf. António Caetano de Sousa, que lo incluye en el *H. G. C. R.* al que pertenecía, como el escritor D. Francisco Manuel, por la ascendencia Faros —y, para los parientes de D. Francisco, el capítulo sobre él en nuestro *E. H. C.*) o en 1584 (Inocência) y muerto en 1641, pensaríamos que por rabia por no haber conseguido suprimir a Camões y Faria e Sousa, pero decapitado por estar involucrado en la conspiración del Marqués de Vila Real contra D. João IV y la Restauración. Natural de Évora, sucedió a un hermano mayor en el mayorazgo de su padre Casco, y fue autor de biografías genealógicas y panegíricas (D. Duarte de Meneses, III Conde de Viana, y el rey D. João II), y sirvió al duque D. Teodósio II de Braganza (m. 1630), además de ser un denunciante estético-político. Otra de sus biografías habría sido la de su suegro, Constantino de Sá, comandante de Folgoso, cuya hija (y su cuñada), Joana de Noronha, había sido la primera esposa de Jorge Mascarenhas, nieto de Jorge de Meneses e Sotomaior, señor de Formoselhe y Alconchel, quien, en la genealogía de Farias, se casó con Guiomar da Silva, hija de Antão de Faria, alcalde de Palmela, como se ha dicho. Hija de Constantino de Sá, Margarida de Mendonça (hija de Duarte de Melo, señor de Povolide), fue su primera esposa. Se casó de nuevo y no tuvo hijos con ninguna de las dos, por lo que se puede concluir que era más hábil para las denuncias y los elogios que para elaborarlos (en lo que sería tan torpe como en las conspiraciones).
- 65 Manuel de Galhegos nació en Lisboa en 1597, se ordenó sacerdote tras enviudar y falleció en 1665, antes de ver (solo conoció la reedición del *Epítome*) cómo las obras inéditas de Faria e Sousa inundaban Portugal, pero habiendo tenido tiempo de presenciar tres ediciones más de *Os Lusíadas*, además de la que denunció. Fue autor de *La Gigantomachia* (Lisboa, 1627) y del poema epitalámico *Templo da Memória* (Lisboa, 1637), ofrecido en la boda del duque D. João II de Braganza (futuro D. João IV) y D. Luisa de Guzmán, hija de los duques de Medina-Sidonia, cuya casa fue suprimida por Felipe IV en 1645, debido al intento de independencia de Andalucía (y restaurada sólo en 1700 por Felipe V, el rey francés). Galhegos es uno de los poetas más interesantes del período luso-castellano. Sobre él, véase Heitor Martins, *Manuel de Galhegos*, Anadia, 1964. [De Manuel de Galhegos, hemos incluido en *Clásicos de Historia* su *Obras varias al Real Palacio del Buen Retiro*, de 1637, en alabanza del conde duque de Olivares.]
- 66 El licenciado Manuel Pires de Almeida, de origen humilde, nació en Évora en 1597, donde estudió en el Colegio de los Jesuitas y posteriormente en la Universidad, que les pertenecía, sin completar la carrera de Teología (obtuvo la maestría en artes hacia 1615). De regreso a Portugal y Évora tras un viaje por Italia y Francia, se cree que tomó las órdenes sagradas alrededor de 1620 y comenzó a participar en los trabajos de la *Academia dos Ambientes*, a la que también pertenecía Manuel Severim de Faria, y allí leyó uno de sus primeros, si no el primero, estudios sobre Camões. Otro viaje a Roma y otro regreso a Évora preceden a su instalación en Lisboa en 1638. De ese año proviene su *Exame* de las opiniones de Faria e Sousa, que coincide con la denuncia de Agostinho Manuel de

intentaron excusarlo astutamente. Sin embargo, la obra fue publicada⁷², no sin indignar también a algunos sebastianistas⁷³, y las controversias contribuyeron a su éxito⁷⁴.

En 1644-1646, Faria e Sousa reeditó, como hemos visto, *Fuente de Aganipe*, cuya primera parte está dedicada a Félix Machado de Castro e Silva, marqués de Montebelo, en cuya casa él y su esposa vivían, en cierto modo, de la limosna del pariente adinerado, desde 1643 —un alojamiento que equivale a colaborar en la edición del *Nobiliário* del conde D. Pedro. La segunda parte está dedicada a Juan Francisco Pacheco, deán y canónigo de la iglesia de Jaén, obispo electo de la misma, sumiller de corte de Su Majestad. La tercera parte está dedicada a Francisco Osorio de Moscoso y Mendoza, arcediano de Madrid, en la Santa Iglesia de Toledo. La cuarta parte está dedicada a D. Gregório de Castelo Branco, conde de Vila Nova y Sortelha, señor de la antigua casa

Vasconcelos a la Inquisición española, con el objetivo de impedir la publicación de la obra de Faria, quien, en sus comentarios, intentó insertar una respuesta, tras ser advertido de que había sido obra de João Pinto Ribeiro, quien posteriormente o ya entonces fue uno de los pilares de la conspiración de la Restauración. La controversia se encendió, y João Soares de Brito y João Franco Barreto salieron en defensa de Faria e Sousa. 1639 fue el año de la batalla. En 1642, Manuel Pires respondió a João Soares de Brito. En 1648 publicó una oda castellana y un soneto francés celebrando el nacimiento del infante D. Pedro, quien sería el rey D. Pedro II. Y acabó muriendo «incompatible con sus contemporáneos» (según su principal estudioso), en Lisboa, en 1655. En el *Hospital das Letras*, donde se refiere elogiosamente a Faria e Sousa, D. Francisco Manuel de Melo coloca a Manuel Pires de Almeida y João Soares de Brito en la misma bolsa: «El abad João Soares de Brito y el sacristán Manuel Pires levantaron un nuevo *Aqui-do-Rei* sobre el triste Camões.» Como se puede ver, la lucha en torno a *Os Lusíadas* llevó a la pandilla a dos planos: el de los bastidores de la Inquisición y el de la polémica pública (porque la gente había salido a defender el poema). Respecto a las razones por las que Camões es tan elogiado (utiliza esa expresión), Manuel Pires afirma, en uno de sus manuscritos: «...la razón de ser tan célebre es que escribió en una época no tan pulida ni tan culta como la actual, y ocupó el primer lugar con mucha antelación (lo cual es de gran importancia en todos casos), y celebró las grandes hazañas y las empresas extremas de los portugueses, e imitó las costumbres con la introducción de hombres y dioses, y fue incomparablemente mucho más excelente que todos los que escribieron poesía en Portugal antes que él, lo que no le impide incurrir en todos los defectos que se observaron en Homero y Virgilio, y no formarse una idea de príncipe perfecto, no guardar decoro y no tener su pluma bien cuidada, plausible y juiciosa, sino extraña, licenciosa, ordinariamente popular y humilde, y cosas similares» (transcribimos, modernizando la puntuación y la ortografía, ya que la categoría del autor no nos parece merecedora de los refinamientos de la transcripción diplomática —p. 108— que António Soares Amora le concedió en *Manuel Pires de Almeida —un crítico inédito de Camões*, São Paulo 1955, importante estudio y publicación de manuscritos, en los que se puede encontrar una buena bibliografía sobre la controversia en torno a *Os Lusíadas*, que involucró a algunas de las mejores —y «peores»— mentes de la época. Es una lástima que el erudito citado no investigara las denuncias inquisitoriales, sólo mencionadas de pasada. En el pasaje transcrito anteriormente, destaquemos lo extraliterario, por ser lo más grave (ya que incurrir en los mismos defectos que Homero y Virgilio es estar en la mejor compañía posible, y no en la de Manuel Pires). Nótese la acusación de Camões de «no formarse una idea del príncipe perfecto» (lo cual se relaciona directamente con el concepto de *virtud* y la concepción de aristocracia compartida por Camões y Faria e Sousa, entre otros seculares); y nótese también que «no guardar decoro» y tener una «vena licenciosa» nuestro épico...

67 Cabe destacar que sigue siendo necesario realizar un estudio sistemático de las opiniones de los censores portugueses (algunas notas sobre los estudiosos de Camões se pueden encontrar en nuestros libros especializados, así como en referencias bibliográficas), y la importantísima tarea de comparar las opiniones y personalidades de los censores con lo que sucedía en España en la misma época, donde la censura era menos clerical y estaba mucho más confiada a escritores o críticos eminentes que parecían censurarse mutuamente más bien con elogios que con restricciones de censura. En el presente caso, cabe señalar que la denuncia a la Inquisición Española pretendía impedir la publicación de la obra. Al no lograrse esto, como no se logró, la denuncia en Portugal pretendía, como podía ocurrir y a menudo ocurría, prohibir la circulación en el país de una obra que no estaba prohibida en España. Y, de hecho, empezó a surtir efecto: se ordenó la incautación sin que Faria fuera escuchado. Y fue entonces cuando la acción de los amigos de Faria y de *Os Lusíadas* hizo revocar la orden.

68 Este tercer conde de Vila Nova (de Portimão), Gregório Taumaturgo de Castelo Branco, quien fue jefe de guardia de D. João IV, tras la Restauración, y murió en 1662. Era hijo de Manuel de Castelo Branco, segundo conde, miembro del Consejo de Estado, en tiempos de los Felipes, y escriba del consejo privado y de sobrina de Manuel, Branca de Vilhena, hija de su hermana Leonor de Milá y de su primo Diogo de Castelo Branco, una de las víctimas de 1578. Diogo era hijo de Francisco de Castelo Branco, señor de la casa, y Manuel, II Conde, era hijo de João de Castelo Branco, hermano de Francisco, y gobernador del Algarve y del Consejo de Estado de D. Sebastião.

de Góis, jefe de la guardia de Su Majestad en los Reinos de Portugal. No le otorgamos todos los títulos que adornan el nombre del Marqués de Montebelo en la dedicatoria —sí, los de los demás—. Y hay una dolorosa conmoción en esto: es gratitud a quienes, relativamente importantes, lo habían protegido (ya no a quienes podían promoverlo y emplearlo), ya sea con refugio o con testimonio a su favor ante la Inquisición, y a un par de eclesiásticos que lo protegerían de la marca que la denuncia le había dejado. Ya no tenemos las altisonantes dedicatorias que sirvieron para proteger y lanzar la edición de *Os Lusíadas*. Y la edición es también el poeta ordenando su obra para la posteridad, que hizo todo lo posible por ignorarla, cuando la vida ya se le escapaba, una obra que había sido, años antes, publicada con tanta prisa.

Francisco y João eran hijos de Martinho de Castelo Branco, primer conde, supervisor del Tesoro del Rey Alfonso V, del Rey João II y del Rey Manuel I, y prefecto de justicia. La madre de Manuel, segundo conde, y de Leonor de Milá, segunda esposa de João de Castelo Branco, era otra Branca de Vilhena, hermana de Francisca de Aragão (de la memoria de Camões, quien era la esposa de João de Borja, hijo de San Francisco Borgia, y conde de Ficalho, miembro del Consejo de Estado y mayordomo principal de la Emperatriz María, esposa del Emperador alemán Maximiliano II, y madre de Francisco de Borja y Aragón, virrey del Perú, príncipe de Esquilache por su matrimonio, e ilustre poeta de las letras españolas), de Joana de Aragão (esposa de João de Mendonça, que fue gobernador de la India y, con ella, padre del poeta Nuno de Mendonça, primer conde de Vale de Reis y gobernador de Portugal) y María de Aragón (quien, casándose con Álvaro de Córdoba, señor de Valenzuela, escudero de Felipe II cuando éste era príncipe, fue madre de Leonor de Milá y Córdoba, esposa de Álvaro de Portugal, II Conde de Gelves, y musa del poeta Fernando de Herrera, comentarista de Garcilaso). Todas eran hijas de Gonçalo Nunes Barreto, alcalde de Loulé, fallecido en Alcácer, y de Margarida de Mendonça, hija de Francisco de Mendonça, capitán de Ormuz, y de la riquísima heredera Leonor de Ahneida (hija del virrey D. Francisco), que, enviudada por este último, se casó con Rodrigo de Melo, primer marqués de Ferreira. Gonçalo Nunes Barreto era hijo de Nuno Rodrigues Barreto, alcalde de Faro, y otra Leonor de Milá. Era hija de D. Nuno Manuel, jefe de la guardia de D. Manuel I, y de otra Leonor de Milá. Este Nuno Manuel era uno de los hijos de D. João Manuel, obispo de Guarda, y bastardo del rey Duarte. Esta última Leonor de Milá, con quien Nuno se casó en 1477, era hija de Jaime de Milá, conde de Albayde, y Leonor de Aragão, hija natural de Afonso de Aragão, señor de Calatrava, duque de Villahermosa, quien, como bastardo del rey Juan II de Aragón, era medio hermano del rey Fernando el Católico. Por otro lado, ese Jaime de Milá era hijo del cardenal Juan Luis de Milá, quien era, a su vez, hijo de Catalina de Borja, hermana del papa Calixto III, e Isabel de Borja, quien fue la madre del papa Alejandro VI. Volviendo a los Barreto, Rui Barreto, padre de Nuno Rodrigues Barreto, tenía una hermana, Isabel de Melo Barreto, que se casó con Álvaro de Castro, señor de Torrão, y por tanto fue madre de Leonor de Castro, dama de honor de la emperatriz Isabel de Portugal, y esposa de Francisco de Borja, duque de Gândia, maestre de caballo de la emperatriz, y más tarde célebre y santificado general de los jesuitas (padre, con ella, de João de Borja, marido de Francisca de Aragão). Como puedes ver, estas personas no podrían estar mejor relacionadas en la Tierra y en los Cielos, incluyendo Roma, que no es ni una cosa ni la otra. En cuanto a Gregorio Taumaturgo, que se ganó el nombre por ayudar a Faria e Sousa. Su hermana, María de Vilhena, fue la segunda esposa de Luís da Silveira, tercer conde de Sortelha, y por lo tanto madre de Branca de Vilhena (m. 1649), su primera esposa, su tío Gregorio, quien le otorgó el señorío de Sortelha. Para más conexiones familiares, consulte nuestros *Estudos* ya citados y nuestros volúmenes Camonianos.

- 69 Este Francisco de Sá de Meneses es el segundo conde de Penaguião, hijo de João Rodrigues de Sá de Meneses, primer conde, y Joana de Mendonça, hija de João de Almeida, alcalde de Abrantes, e hija de Simão Gonçalves da Câmara, primer conde de Calheta y señor de Madeira. El primer conde era hijo de Sebastião de Sá de Meneses, capitán de Sofala, y Luísa Henriques. Y este Sebastião era, a su vez, hijo de João Rodrigues de Sá de Meneses, señor de Sever y alcalde de Oporto, poeta del *Cancioneiro Geral* y patriarca de la poesía portuguesa durante todo el siglo XVI. La madre de Sebastián era Camila de Noronha, hija (ver nota anterior) de Martinho de Castelo Branco, primer conde de Vila Nova, cuya esposa era hija de João Gonçalves Zarco da Câmara. El hermano de Sebastián es otro Francisco de Sá de Meneses, primer conde de Matosinhos, poeta, tutor del Príncipe Juan (padre de Sebastián) y uno de los gobernadores del Reino tras la muerte del Cardenal-Rey. Otro Francisco de Sá de Meneses, que no debe confundirse con los anteriores, es el poeta de *Malaca Conquistada*, hijo de João Rodrigues de Sá de Meneses, el Joven, apodado así para distinguirlo del Viejo, su primo y tocayo, el poeta. Pero una hermana de aquel poeta épico fue la segunda esposa de Francisco de Sá de Meneses, el poeta lírico del río Leça, según las célebres endechas. Recuerdese que el segundo conde de Penaguião fue el poseedor del original del *Auto de El-Rei Seleuco*, de Camões, publicado por primera vez en 1645, en la edición de *Rimas*, que es precisamente dedicado a su hijo, João Rodrigues de Sá de Meneses, que se convirtió en el tercer conde, y cedió el texto para su publicación. Es muy significativo

Cuando, en 1644, murió la reina Isabel de Borbón, Faria e Sousa le dedicó una *Nénia*, en su memoria, publicada en Madrid y, al año siguiente, colaboró en el volumen epicédico dedicado al mismo rey fallecido, *Pompa funeral, honras y exequias en la muerte*, etc.⁷⁵ En 1646, bajo los auspicios del segundo marqués de Castelo Rodrigo, cuya hija Margarita había recibido más de veinte años antes, siendo aún niña, la *Muerte de Jesús y Llanto de María*, y quien la había llevado a Roma, se publicó la edición del *Nobiliário*. Y, el 8 de mayo de 1649, menos de un mes antes de morir, acababa de terminar de escribir la dedicatoria de una obra biográfico-encomiástica, *El Gran Justicia de Aragón*, dedicada (y quizás encargada) al heredero de la personalidad loada, Miguel Batista de Lanuza, caballero de Santiago, del Consejo de Su Majestad, protonotario de la Corona de Aragón (y, como más de veinte años antes con el epitalamio a los marqueses de Molina, Faria e Sousa aprovechó las contradicciones internas de Castilla y Aragón para progresar en su vida o, mejor aún, para sobrevivir). El libro debió publicarse a finales de 1650, ya póstumamente por más de un año, ya que la última de las licencias está fechada el 9 de septiembre.

Faria e Sousa falleció en Madrid, en casa del marqués de Montebelo, el 3 de junio de 1649, a la edad de 59 años. La larga y dolorosa enfermedad que le costó la vida, dice el marqués, la afrontó hasta el final «siempre en perpetuo estudio en la redacción de más de sesenta libros que escribió y retrasando la curación de esta enfermedad de la que murió —vivió seis años en mi casa y nunca lo vi colérico; fue un verdadero filósofo cristiano en todas sus acciones, enemigo de todo lo que no fuera verdad, y por ello sufrió muchos trabajos.»⁷⁶ Su hijo Pedro de Faria, de vuelta en Portugal, y

señalar que João Rodrigues, chambelán del rey Juan IV, João Soares de Brito (1611-1664) dedicó su *Apologia em que defende a poesia do príncipe dos poetas de Espanha*, Luís de Camões, etc., Lisboa, 1641.

- 70 Moreno Porcel, al nombrar a los que testificaron en Lisboa a favor de Faria e Sousa, cita a otro, D. Álvaro da Costa, capellán mayor, y no menciona al P. Francisco Brandão (1601-1679), quien también lo habría defendido. Álvaro da Costa, profesor en Coímbra y rector de la Universidad, diputado del Santo Oficio de esa ciudad, ocupó el cargo de capellán mayor de Felipe IV y, posteriormente, del rey Juan IV, en Lisboa. Murió en 1642, obispo electo de Viseu. Era hijo de Gil Eanes da Costa, Comendador de Cristo, presidente del Senado de Lisboa y del Consejo de Estado de Felipe II, y de María de Noronha, por quien descendía de Lobos y Silveiras, y, sobre todo, pertenecía a la casa de los Condes de Monsanto (una de sus tatarabuelas, hija de los segundos condes, era, por cierto, hermana de la esposa de Diogo Pereira, II Conde de Feira). Francisco Brandão, autor de las partes quinta (Coímbra, 1650) y sexta (Lisboa, 1672) de la *Monarquía Lusitana*, fue colaborador de su tío, el padre António Brandão, a quien sucedió en la composición de la obra y en el cargo de cronista jefe del Reino (su tío había fallecido en 1637). Fue Juromenha, en su edición de la obra de Camões, quien llamó la atención sobre este papel del padre Francisco en la cuestión de Faria e Sousa, a través de cartas de este último al cronista. Teófilo le atribuye un papel preponderante, que ciertamente no tuvo como testigo directo, o Faria e Sousa no dejó esta indicación a Moreno Porcel ni en sus notas, como sí dejó los nombres de los demás.
- 71 Véase lo que ya hemos tenido ocasión de señalar en este prefacio, además de nuestros estudios y artículos citados (y la bibliografía pertinente a la que hacen referencia).
- 72 Ya hemos visto en qué circunstancias y de qué modo Faria e Sousa contaba con esta edición para consagrarse a sí mismo y a «su poeta» ante la posteridad.
- 73 Esto es lo que se aprecia en la copia que se conserva en el King's College de la Universidad de Londres, y sobre la que el estimado historiador Charles Boxer tuvo la generosidad de llamar nuestra atención. Estas notas marginales, que por sí solas constituirían un interesante estudio monográfico, fueron escritas por un ferviente sebastianista que debió componerlas entre la publicación de la obra a mediados de 1639 y la Revolución de 1640, que debió de sacudir (o exacerbar) sus convicciones.
- 74 Desde Madrid, el 26 de julio de 1639, Faria e Sousa escribió al padre Francisco Brandão: «Yo mismo estoy sorprendido por la aceptación del Comentario, y aunque esperaba que no fuera escasa, nunca se me ocurrió que fuera tan grande» (cf. Teófilo Braga, *op. cit.*, p. 417).
- 75 Camilo se indignó por la participación de Faria en el funeral literario de la esposa de Felipe IV cuando la Restauración ya estaba en marcha. Pero, siendo un autor conocido y observado, residente en Madrid, ¿podría haberse abstenido de participar? Además, la reina, hija de Enrique IV de Francia y María de Médicis, y hermana de Luis XIII, ¿no era, en cierto modo, una representante de esa Francia que había manipulado las agitaciones de Cataluña y Portugal contra España? Fue la primera esposa (1615) de Felipe IV y, por lo tanto, la reina durante la larga vida española de Faria e Sousa.

por decreto del 9 de marzo de 1651, recibió un lugar relacionado con su persona y una pensión⁷⁷ por ser hijo de «persona tan benemérita [...] por los escritos y obras que dio a la imprenta.»⁷⁸ Tras ser enterrado en un monasterio de Madrid, su viuda trajo sus restos a Portugal, y él y su esposa acabaron descansando en Santa María de Pombeiro (esa hermosa y abandonada ruina), y el epitafio de la sacristía donde fueron enterrados lleva la fecha del 6 de septiembre de 1660⁷⁹. No parece que Faria, antes de morir, supiera del ataque a su antigongorismo que Juan Espinosa Medrano supuestamente publicó en Lima, Perú, en 1649, donde se atacaba su clasicismo barroco: *Discurso apologético en favor de Don Luis de Góngora*⁸⁰, dirigido principalmente contra las afirmaciones del prólogo crítico antepuesto a su *Fuente de Aganipe*.

En 1658, todavía en Madrid, se publicó su *Oda en castellano, traducida de la latina del inglés por Jacobo Gibbes sobre el Escorial*⁸¹. Y es en los años siguientes cuando aparece la mayor parte de sus escritos históricos inéditos, así como las *Rimas* de Camões, recopiladas y comentadas, la otra parte del inmenso díptico que erigió para gloria del poeta. Esta es la segunda fase, póstuma,

76 *Apud* Juromenha (ed. cam., I, p. 340) y cita de Teófilo (*op. cit.*, p. 425).

77 La pensión, procedente de la finca real de Aguiar, era de 50 mil réis. En 1661, Pedro de Faria e Sousa, también aficionado a la poesía, publicó un *Poema Nupcial*, dedicado a Nuno Álvares Pereira de Melo, duque de Cadaval. Esta importante personalidad (1638-1727), que se había convertido en el miembro más poderoso e influyente del clan Pereira, uno de los cuales había protegido a su padre (ya que otros habían estado vinculados a Camões), era el cuarto marqués de Ferreira y quinto conde de Tentúgal cuando fue elevado al ducado en 1648. El matrimonio celebrado es el primero de este duque, en diciembre de 1660, con María de Faro, condesa de Odemira. Pedro de Faria recibió el privilegio de publicar las obras de su padre el 8 de agosto de 1666 (creemos), lo que explica las ediciones de ese año y las posteriores. Sin embargo, es necesario considerar cómo él, habiendo regresado a Portugal hacia 1650, tras ser bien recibido y recibir una pensión, comenzó a publicar las obras de su padre en torno a 1666-1667. Éste, al escribir sobre Faria en el *Nobiliário*, ya lo mencionaba, para 1637, como casado y capitán. ¿Esperó la perspectiva de la paz con España para iniciar la tarea, porque, contrariamente a lo que se supone, no trajo consigo los papeles de su padre? ¿O fue que el ambiente político no era propicio? El rey Juan IV había fallecido en 1656. Los seis años siguientes corresponden a la regencia de la reina Luisa, hasta el gobierno del conde de Castelo Melhor (1662-1667). Parece que por esta época fue arrestado y desterrado al Brasil (¿era partidario de D. Alfonso VI o una persona relacionada con el gobierno de Castelo Melhor?). Sin embargo, el 13 de enero de 1672, recibió un decreto real del regente D. Pedro para continuar las publicaciones, que en realidad fueron realizadas por António. Craesbeeck de Melo. Cabe destacar que, en 1672, este Pedro de Faria ya tendría al menos 60 años.

78 Cabe destacar que el *benemérito* se aplica al escritor, pero no invalida otras gratitudes debidas a Faria e Sousa, que no se revelarían debidamente en un diploma oficial.

79 No hemos verificado personalmente este epitafio, y cuando visitamos Pombeiro hace muchos años, no sabíamos que Faria e Sousa yacía allí. Son noticias de los bibliógrafos. ¿Existe todavía?

80 Luis de Góngora y Argote (1561-1627) es considerado hoy uno de los más grandes poetas de España, como pronto lo reconocieron sus admiradores. Las controversias en torno a su obra, especialmente después de que la *Fábula de Polifemo y Galatea* y la primera parte de las *Soledades*, que ya se conocían en 1613, fueron formidables y perduraron durante mucho tiempo, reavivándose con la aparición de las obras completas en 1627, para sellar el Barroco con el «gongorismo», especialmente entre los españoles, hispanistas y sus descendientes portugueses (más por un sentimiento antibarroco «político» que por cualquier otra cosa). Pero es importante no olvidar que las controversias y los ataques, de escuela en escuela y de grupo en grupo, azotaron el «Siglo de Oro» español, en particular desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII, cuando esa época gloriosa, llena de conflictos de ideas, teorías, grupos y personalidades, llegó a su fin. La bibliografía sobre estas polémicas es muy extensa y puede encontrarse en bibliografías especializadas de los diversos autores o de las teorías poéticas de la época. En general, el «gongorismo» triunfó en Hispanoamérica (y está en la raíz del «modernismo» de finales del siglo XIX al XX), y no es de extrañar que de Perú procediera un ataque contra Faria e Sousa, cuando éste defendía un clasicismo que no rechazaba el «conceptismo» desarrollado por el Barroco, ni siquiera el «culteranismo», sino la aparente artificiosidad de lo que se llamaba, despectivamente, «latiniparla».

81 Nunca pudimos ver este panfleto, y nos resultó extremadamente difícil identificar al autor de la traducción original. Finalmente lo encontramos en la *Nouvelle Biographie Générale*, etc., publicada por Firmin Didot Frères, tomo 20, París, 1857. Médico y escritor, su nombre es James Gibbes, nacido en Ruán en 1616 y fallecido en Roma en 1677, un típico exiliado inglés debido a la revolución puritana y por ser católico. Autor de numerosos discursos, tratados y poemas en latín, vivió en Holanda, Alemania, España e Italia. En 1657 era canónigo. Es evidente que, durante su estancia en España, celebró el Escorial en una oda que Faria y Sousa tradujo.

de la actividad editorial de Faria e Sousa, que, hacia 1730, alteró considerablemente la imagen del hombre que se había presentado, en vida, como poeta, comentador de *Os Lusíadas*, autor del *Epítome*, anotador genealógico y autor de una o dos producciones ocasionales. Vimos (nota 48) la difusión del *Epítome*. La *Europa Portuguesa*, una reformulación y ampliación de este original, publicó su volumen I en Lisboa en 1667 y fue reimpreso en 1678, seguido por la publicación del volumen II en 1679 y el volumen III en 1680. Sin embargo, entre 1666 y 1675, los habían salido volúmenes de *Asia Portuguesa*, que tuvo una traducción al inglés en 1695 y cuyo primer volumen se reimprimió en 1703. En 1681 le llegó el turno a *África Portuguesa*. Y en 1685 comenzaron a publicarse los volúmenes (hasta 1688 y 1689) de las *Rimas comentadas de Camões*, cuya publicación quedó incompleta⁸². Pero en los años treinta del siglo XVIII, cuando se reeditaba el elogio póstumo de Moreno Porcel, y Faria e Sousa merecía el respeto de un espíritu tan ilustrado como el cuarto conde de Ericeira, apareció otra de sus obras inéditas: *Imperio de China y cultura evangélica en él por los religiosos de la Compañía de Jesús*, y, en 1737, se reimprimió la *Fábula de Narciso e Eco*, que habría sido su debut literario. Los tiempos cambiaban, y la gloria de Faria y Sousa se desvanecía en los vapores de una confusa reacción antibarroca; pero, aun así, en 1823 y 1888, hubo ediciones portuguesas de *Muerte de Jesús y Llanto de María*, otro de sus estrenos literarios. El último crítico en tratarlo con consideración y estima inteligente fue José Maria da Costa e Silva⁸³. Faria e Sousa, y con él el siglo XVII e incluso su incomparable actividad como estudioso de Camões, que debería haberlo salvado desde el principio, aunque la poesía y la historia no lo merecían, se sumieron en la noche de la incomprensión, la ignorancia o el cinismo académico burgués, del que solo ahora emergen a la imparcialidad de la crítica, o a una comprensión sutil e informada de una época tan compleja como la que le tocó vivir a Faria e Sousa.

Pero había escrito otras obras que permanecieron inéditas, y no solo las partes finales de los comentarios sobre las *Rimas* de Camões. Así también la *América Portuguesa*⁸⁴, que sería el último elemento del políptico histórico de las glorias portuguesas a escala universal, del que *Europa*, *Asia* y *África* vieron la luz. ¿Y qué más declara en la larga, irónica y amarga lista, que es como un catálogo testamentario antepuesto a la edición del *Nobiliário*? Resulta bastante interesante (transcribimos y resumimos): un libro de historia escrito para ser impreso a nombre de otra persona; otro libro de historia genealógica en las mismas condiciones⁸⁵; traducciones al castellano de varios

82 En la larga lista de obras inéditas que Faria da en el *Nobiliário* y a la que nos hemos referido, decía que la edición anotada de las *Rimas* sería en ocho volúmenes en total. La descripción que da coincide con los cinco primeros que se publicaron (1-2, sonetos; 3, canciones, odas y sextinas; 4, elegías y octavas; 5, ocho églogas) y nos informa sobre los tres que no lo fueron (6, ocho églogas más; 7, versos más cortos; 8, comedias y prosa). Los cinco volúmenes publicados están en dos volúmenes (llamados «tomos»).

83 Costa e Silva le da prominencia en su extenso *Ensayo Biográfico-Crítico sobre os melhores Poetas Portugueses*, en cuyo volumen VII (Lisboa, 1854) le dedica cuatro capítulos del libro XIV. Pero hasta qué punto, en su comprensión del Barroco (tan extensamente tratado en la obra a través de personalidades, algunas de gran interés), estaba ligado a las tradiciones de una corriente «clasicista», se revela en la forma en que critica que, en ciertas églogas, Faria e Sousa hizo que los pastores hablaran de forma realista en un nivel rústico de lenguaje (que aún espera que un lingüista lo compare con el habla de la región de donde provenía Faria), cuando los temas bucólicos exigirían una dicción fluida y elegante. Pero Costa e Silva está sobre todo interesado en el poeta portugués del siglo XVII. Teófilo Braga, en la obra mencionada, donde dedica un amplio espacio a Faria e Sousa, se interesa principalmente, como siempre, en la reconstrucción «biográfica» (aunque logra comprender la época y sus limitaciones); sin embargo, en sus diversos estudios sobre Camões, no lo ignoró en absoluto, y basó gran parte de su trabajo en él o buscó investigar lo que señalaba (desafortunadamente, sin preocuparse primero por comprender los contextos con los que trataba).

84 Nótese) cómo Faria e Sousa, en los años treinta o cuarenta del siglo XVII, propuso este nombre para indicar Brasil y la presencia portuguesa en América, y cómo llegó a adoptarse precisamente cuando, en el primer tercio del siglo XVIII, se produjo la última agitación intelectual en torno a Faria e Sousa: la *América portuguesa* de Rocha Pita.

85 El hecho de que esto se diga en una obra que contó con la protección del segundo marqués de Castelo Rodrigo nos lleva a creer que Faria no se refiere a una historia genealógica de los Mouras, cuyos relatos se le atribuyen a él y que otros atribuyen al propio Manuel de Moura. ¿Y quién sabe? Quizás había escrito más de una, y Moura podría

autores portugueses y latinos⁸⁶; una versión ampliada de la suya, que titula *Defensa de los Comentarios de la Lusíada*⁸⁷; *Albania*, un poema lírico en prosa portuguesa⁸⁸, una centuria de cartas⁸⁹, etc. ¿Y el *Peregrino Instruido*, mencionado por Barbosa Machado? Y, ciertamente también estará conn ellos, como hemos demostrado con sólidas razones, el llamado *Cancioneiro* atribuido a Manuel de Faria⁹⁰, de gran importancia para la poesía peninsular de finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII.

haber pensado que se refería a otra...

- 86 La *Crónica de D. João*, de Damião de Góis, de autores clásicos o de filósofos escolásticos. Que, en este último caso, cite a Alberto Magno es una indicación curiosa, ya que este pensador ha sido considerado durante mucho tiempo un hombre vinculado a las artes mágicas y al ocultismo cabalístico.
- 87 En esta «dilatación» de su defensa, que afirma haber sido impresa en Madrid en 1640, demostró más ampliamente el monoteísmo de los «gentiles», dice.
- 88 Este poema en prosa portuguesa (o lo que llamaríamos una novela poética), según nos informa Faria e Sousa, era tal que su novedad satisfizo a muchos de los que lo vieron, y que no trataba ni de príncipes ni de pastores. Por su poesía y sus propias anotaciones, sabemos que «Albania» era el nombre poético que le dio a su pasión de juventud, su propia esposa.
- 89 Creemos que las cartas de Faria e Sousa, publicadas en conjunto, son únicamente las dirigidas al padre Francisco Brandão (*Memórias da Academia Real das Ciências*, tomo X, 1.ª parte, págs. 36 y ss.), que sirvieron a Teófilo para realzar (y también a Juromenha) la acción que el cronista mayor habría tomado a favor de Faria e Sousa.
- 90 Ya hemos mencionado —disculpen nuestra vanidad— el importante estudio que dedicamos a la edición de este Cancionero por E. Glaser, que constituye, hasta donde sabemos, el único análisis, en extensión y profundidad, que la edición merecía. Creemos haber demostrado que el Cancionero representa un conjunto de personalidades poderosas vinculadas (o ligadas a ellas) al esquema de la Monarquía Dual, que hemos identificado en su totalidad o casi en su totalidad por sus relaciones familiares y con Faria e Sousa; que sólo un portugués con un profundo conocimiento de la época y de los manuscritos podría haberlo organizado, incluso como una antología ocasional, y no después ni antes de 1619-22. Incluso explicamos genealógicamente cómo el manuscrito terminó en la biblioteca de los Duques de Osuna, de donde procedía cuando se encontró. Lo cual, al mismo tiempo, constituye una contraprueba de que el Cancionero fue preparado para el hijo de Velasco, quien se convirtió en el octavo duque de Frías y era, por títulos familiares para el primogénito, conde de Haro en ese momento. Que Faria no indique, entre sus obras, esta última (pese al interés que pueda tener para nosotros hoy), no prueba nada en contra de su autoría como organizador. Cabe destacar que el hecho de que su nombre aparezca únicamente como *Manual de Faria* en la atribución coincide con la forma en que, en su época y posteriormente, otros autores lo nombran (quizás incluso por veneno genealógico, ya que era un Faria mucho más modesto que un Sousa de la época de los Afonsines, a quien un tal António Caetano de Sousa —que era uno de ellos— dedicaría cientos de páginas de genealogía detallada, dentro de la casa real). Es más, él mismo a veces firmaba únicamente como «Manuel de Faria».

[LOS COMENTARIOS A OS LUSÍADAS]

Es importante que ahora estudiemos y destaquemos la importancia y los méritos de los comentarios sobre *Os Lusíadas*. Como hemos visto, la actividad personal y póstuma de Faria e Sousa se divide en cuatro aspectos: el poeta (portugués y castellano), el historiador, el polímata (y sus obras encomiásticas o genealógicas encajan en ambos títulos) y el comentarista de Camões. Este, a su vez, se divide en dos: el comentarista de la obra épica y lírica (desconocemos al comentarista de la obra teatral y en prosa), y el editor exhaustivo de esta, auténtica o apócrifa, dentro de los amplios límites de su información documental. El poeta mereció el elogio de sus contemporáneos y, sin duda, aguarda, tanto en Portugal como en España, la resurrección que merece. El historiador, si se entiende a la luz de lo que pretendía hacer exactamente, aún queda por explorar por lo mucho que contiene, incluso información o indicios documentales. Las opiniones críticas del erudito, y su estilo barroco clasicista, que no rehuyó incluir el realismo popularizador en su obra, son esenciales para la historia de las ideas críticas en Portugal y España en su época. ¿Y el comentarista de Camões? Al comentar la epopeya, quiso, al mismo tiempo, explicar e imponer la grandeza del poema, otorgándole un comentario monumental que lo situaría en un estatus equivalente al de las ediciones críticas de los grandes clásicos, que formaban parte de las tradiciones humanísticas.

El caso de las *Rimas*, sin embargo, era totalmente diferente de una obra impresa en vida del poeta (y la dualidad de los frontispicios de esta edición no había escapado a Faria). Recopilada por primera vez en 1595 y ampliada en 1598, y con una segunda parte en 1616 —y no se había impreso nada más en la época de Faria e Sousa—, nadie mejor que un profundo conocedor de colecciones y misceláneas manuscritas, lo que demostró claramente que lo era, sabía cuán dudosas, inciertas o indebidamente confusas eran las atribuciones en cancioneros que no eran diferentes de los que habían servido a los primeros editores de las *Rimas* (ninguno de los cuales, por el contrario, afirma haber visto los originales de Camões), eran los mismos o similares a los que el propio Faria e Sousa había manejado, y, al final, muchos de ellos quizás los mismos que, desenterrados tras siglos de abandono, se están estudiando y publicando hoy. Se trataba, por lo tanto, mucho más de salvar el manuscrito del olvido y dar a la imprenta cuanto *pudiese ser* de Camões, con la salvedad de que muchos textos circulaban a nombre de otros (algo que Faria rara vez no indica y enfatiza él mismo). En esto, y contrariamente a la crítica malévola con que llegó a ser considerado (y un Wilhelm Storck lusófilo, o una Carolina Michaëlis de influencia portuguesa, necesariamente sufrirían la tentación de ser más portugueses que los portugueses al despreciar al hispanófilo del siglo XVII que permaneció en España en 1640), cayó mucho menos en ingenuidades o manipulaciones como las de Juromenha o Teófilo Braga, quienes, utilizando un escaso número de manuscritos (y sin las bases comparativas entre la gran masa de ellos que Faria e Sousa afirma poseer), los pasaron por alto para aumentar la masa de «apócrifos», hasta que la crítica de Carolina Michaëlis (que tampoco conocía, ni de lejos, tantos manuscritos como los que actualmente conocemos) frenó tal delirio (y lo frenó de tal manera que los posibles manuscritos existentes quedaron prácticamente vetados de consulta). Por parte de los estudiosos posteriores de Camões, quienes se aferraron a lo que ella había criticado y ni siquiera se atrevieron a recopilar, de los manuscritos que conocía, lo que ella misma consideraba atribuido a Camões (sin contradecir otros manuscritos), y, si ella no conocía muchos, los estudiosos tradicionales de Camões no conocían o no buscaban conocer muchos más.

Ni siquiera es cierto que Faria e Sousa corrigiera y embelleciera los textos que, en su época, ya circulaban impresos; y, en cualquier caso, no se le puede atribuir una falta inherente en gran medida a la práctica (y a la necesidad humanística) de corregir y llenar lagunas en textos clásicos fragmentarios o corrompidos. Además, con menos autoridad y no mucha más filología, esto es lo que prácticamente todos han hecho: corregir los textos de Camões tal como aparecieron inicialmente (o aceptar correcciones posteriores que parecen más propias del siglo XVI que el propio Camões), y de este pecado, aquí y allá. Ni siquiera la gran Carolina Michaëlis estuvo exenta. Y así, se comprende mejor cómo, si Camões iba a ser el chivo expiatorio de las vanidades y frustraciones portuguesas, su comentarista y editor por excelencia tuvo que ser alguien que trabajara más a la luz de esas frustraciones y vanidades que de las exigencias críticas de autenticar y establecer los textos según las versiones existentes, no como mosaicos reconstruidos con fragmentos de diferentes épocas, sino como lo que exigen los manuscritos, quizás más auténticos que las primeras impresiones. Esto no pretende restarle valor a lo mucho que han hecho varios, sino indicar lo lejos que está de cerrarse el proceso de Camões, y que no es excusa para suponer que nunca lo hará, sobre todo porque esto nunca ocurre con los que están y permanecen abiertos, precisamente porque esta es una de las mayores muestras de su grandeza⁹¹. Además, cabe destacar, y teniendo en cuenta el venenoso pasaje que citamos de Manuel Pires de Almeida en una nota a pie de página, cómo la defensa de Camões, en el siglo XVII, contradictoriamente exigió retoques para evitar la acusación de bárbaro en relación con los refinamientos prosódicos, estilísticos y lingüísticos de los pedantes del siglo XVII, que sirvieron de pretexto para atacar lo que consideraban o les parecía lo que la obra contenía de «subversiva».

Faria e Sousa fechó su carta dedicatoria a Felipe IV de esta edición de *Os Lusíadas* el 20 de marzo de 1639. A esta le siguen dos más: una a D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar, el poderoso ministro de Estado, y otra a D. Gerónimo de Villanueva, caballero de Calatrava y, en ella, comendador de Villafranca⁹². Y luego siguen las «Advertencias para leer este

91 Independientemente de que, en la crítica, todo está sujeto a ser revisado y reinterpretado, algo aún más evidente en el caso de los llamados grandes autores clásicos, de cualquier época y en cualquier literatura, la cuestión de la autenticidad de la autoría y la lectura de los textos, crucial en Camões, no lo convierte en un problema más insoluble que, por ejemplo, el de Shakespeare, cuyo canon de autoría y lectura de los textos tampoco puede basarse en autógrafos auténticos, que no existen. Por el contrario, la existencia, cada vez más conocida, de numerosos cancioneros manuscritos camonianos de finales del siglo XVI o principios del XVII, nunca explorados adecuadamente (o, en los casos conocidos, no reexplorados con métodos modernos o a la luz de otros manuscritos conocidos), hace que el problema camoniano, desde un punto de vista textual, sea mucho menos insoluble que el de Shakespeare, para quien las fuentes son mucho más escasas. Y esto es lo que generalmente aún no se comprende en la cuestión de la inevitable reapertura, y ahora imposible de detener, del «proceso» de Camões. Permítasenos una anécdota personal. Cuando, entre 1960 y 1965, en Brasil, con el apoyo del Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos y la Fundación de Apoyo a la Investigación del Gobierno del Estado de São Paulo, pudimos desarrollar los estudios que habíamos iniciado públicamente en Portugal con una conferencia en 1948 sobre la dialéctica de Camões, hubo un momento en que, según la normativa, la renovación de la «subvención» de São Paulo dependía de que se escuchara a los «expertos» sobre el interés en renovarla. Esto ocurrió, pero no sin que los «expertos» alegaran la improcedencia de tales estudios, ya que Camões era, según las autoridades competentes, un caso cerrado.

92 El conde-duque de Olivares, como se le suele llamar, nació en Roma en 1587 y murió en el exilio en Toro en 1645. El final del reinado de Felipe III había sido una sucesión de crisis políticas a su alrededor, con la caída de grandes caudillos, y Gaspar de Guzmán, desde 1615 gentilhomme de cámara del heredero, ascendió al poder con él en 1621, iniciando una serie de persecuciones políticas, simbolizadas por la ejecución de Rodrigo Calderón, que fue, podría decirse, el último acontecimiento que dejó huella en la narrativa tradicional. Pocos primeros ministros alcanzaron el poder y la influencia que él tuvo, hasta que cayó, a su vez, en 1643, y la Revolución de 1640, que no supo o no pudo impedir, fue una de las causas de su caída, aunque, en cierta medida, su política centralista fue uno de los factores decisivos para justificar la atmósfera interna que la precipitó. En vísperas de un 1640 que se había mantenido en el aire desde los disturbios de Évora en 1637 (cuando las clases altas delataron una agitación que no era una revolución golpista, controlada por ellas), sólo el deseo urgente de publicar una obra que Faria e Sousa no pudo publicar en Portugal debido a su residencia fija en España, y que, en Portugal, sabía que sus enemigos y los de Camões harían todo lo posible por impedir, como hicieron, explica las dedicatorias al rey y al ministro, colocando

libro con más luz», diez en total. La séptima es la que nos explica el motivo de que el título del poema épico no lleve artículo. Faria dice: «Cuando Luís de Camões ya había escrito los seis primeros cantos del poema, aún no les había dado título. Esto se desprende de la copia de los mismos, que termina con la declaración que anotamos en el número 16 de su vida, pues dice: ‘Estos cantos fueron robados a Luís de Camões de la obra que ha comenzado sobre el descubrimiento de la India.’» Y continúa: «La versión impresa del poeta lleva *Os Lusíadas*. Otra que vi, dice *As Lusíadas*. La de Montenegro y la traducción de Tapia, dicen solo *Lusíada*. Eso me pareció bien, y así lo puse en todos los cantos; luego cambié de opinión y, adaptándome a lo que es mejor, *Lusíadas*, lo puse así en la portada del libro.»⁹³ La novena advertencia tiene el interés, según el autor, de permitir que «los curiosos comprendan el crédito y procedencia» de la impresión. «El retrato del poeta —afirma— fue elaborado de forma muy similar a otro original, encargado por su amigo el licenciado Manuel Correia, cuando se reunieron en Lisboa, lo que se cree que fue después de su llegada de la India, porque no pudo haberse reunido con él antes, ya que desde que el poeta salió de Lisboa hasta el año de la muerte de Correia, transcurrieron más de sesenta años. Y debió de tener pocos más al morir. De lo cual se deduce que este retrato es de los últimos días del poeta.»⁹⁴

Luego viene el elogio de Faria escrito por Lope de Vega y concluido por Juan Baptista de Sosa, amigo de ambos⁹⁵. En este elogio, que ya hemos mencionado, hay un pasaje curioso, ya que trata del propio Camões, «o Camaños, que todo es uno; y si la (casa) del Camões declinó, mas no tanto que hoy no tenga en Portugal un honrado mayorazgo⁹⁶, y en Galicia la noble casa de los Señores de Rubianes, Villa García, en Vistaalegre, mezclados con los claros linajes de Sotomayor, Mendoza, Luna, Andrada, Osorio y otros.»⁹⁷

la obra, a nivel político, bajo su protección. Y si, al parecer, mantenía relaciones con João Pinto Ribeiro, el republicano de la Restauración, sabría mejor que muchos otros, en 1637-1639, cuando la obra fue autorizada e impresa, cuán incierta era la situación en las tergiversaciones de todos, incluidas las del propio candidato, el futuro D. Juan IV. Además, los textos de las tres dedicatorias «políticas», leídos con atención, son una obra maestra de maestría, en el mejor estilo barroco.

- 93 La vacilación entre *Os* y *As*, a pesar de que *Os* aparece en la edición del poema realizada en vida del poeta, refleja las preferencias de la época, que tienden a decir *As* (como escribe Diogo do Couto en su *Década VIII*, por ejemplo), sin entrar en el fondo de la cuestión de las copias manuscritas del poema, que no hay razón para dudar de que Faria viera (y las variantes las proporciona él mismo en esta edición). Montenegro es Manuel Correia Montenegro, quien, según Inocêncio, vivió en Salamanca (y de quien Faria dice que vivía o había vivido en Madrid) y habría realizado una traducción al castellano del poema, que Faria afirma haber visto en manuscrito. Otro traductor castellano, portugués como aquel, y que permaneció inédito (aunque no a ojos de Faria, al parecer) fue Francisco de Aguilar (m. 1613). Luis Gómez de Tapia, vecino de Sevilla, es autor de una de las dos traducciones aparecidas en 1580, la suya en Salamanca. El otro, de Alcalá de Henares, es de Benito Caldeira (sin duda Bento Caldeira, ya que Nicolau António lo da por portugués; Barbosa Machado añade que fue fraile en Madrid).
- 94 Manuel Correia es el licenciado en derecho canónico, comentarista de la edición de 1613, cuyos documentos Pedro de Mariz afirma haber salvado cuando iban a ser subastados con su patrimonio para pagar deudas tras su muerte. Fue el párroco que afirma haber vivido con Camões y escrito los comentarios a petición suya, porque muchos pasajes de la epopeya estaban siendo malinterpretados. Si Camões llegó a Lisboa, regresando de la India (más precisamente, de la isla de Mozambique, de donde Diogo do Couto y otros lo ayudaron a salir), en 1570, habrían transcurrido más de sesenta años desde esa fecha hasta la fecha en que Correia, si no murió antes de 1613, como es evidente, al menos fue publicado por Mariz. Creemos que Correia debió morir mucho antes, a menos que falleciera a una edad muy avanzada, ya que habría sido un hombre de al menos 30 años, en la década de 1570.
- 95 La participación de Sosa, entre Lope y Faria, para completar el elogio escrito por aquel, está así demostrada.
- 96 En otra parte (p. 21) se dice que este mayorazgo, cuyo origen señalamos en la nota 33, es de Camoeira, en el Alentejo, y que sería de Torre, en Avis. Existía, y creemos que existe, un mayorazgo de Camões, en Avis, parroquia de Maranhão, además de otros con el mismo nombre en Évora. Hay aldeas con este nombre en la parroquia de Sarzedas (Castelo Branco), en la de Cabeço de Vide (Fronteira) y en la de Colmeias (Leiria). Con el nombre de Camoeiras hay tres fincas, todas en el municipio de Évora. Cabe destacar que, a excepción de la aldea en el municipio de Leiria, todas se encuentran en el Alentejo o en una región vecina, y que conocemos genealógicamente los vínculos alentejanos de la familia Camões, con polos, como se puede observar, en Évora y Avis.
- 97 Sobre la familia Camões en Galicia y el origen del apellido, véase el capítulo II (y la bibliografía) de José Filgueira Valverde, *Camoens*, Barcelona, 1958. La continuidad de la familia y sus vínculos colaterales en Galicia deberían

En una misma página, uno junto al otro, se encuentran los retratos del poeta y el de su comentador⁹⁸ (y, a continuación, como era habitual, los inevitables poemas laudatorios: el famoso soneto de Tasso, otro de Diogo Taborda Leitão, un epigrama de Lope de Vega (compuesto con cuatro versos de *Os Lusíadas*, IV, 66), pareados de Tamayo de Vargas (por tanto, doblemente relacionados con la obra), un soneto de Diogo Bernardes, un epigrama en latín de Manuel de Sousa Coutinho (veintiséis versos que «habrían sido» grabados en la tumba del poeta), un epigrama en latín de D. Pedro de Silva y Mendoza, «hijo de los marqueses de Montemayor», y un soneto y epitafio (en español) del propio Faria e Sousa⁹⁹).

El prólogo, que sigue, da paso a la «Vida del poeta». Cuando, entre 1637 y 1639, Faria e Sousa daba los últimos retoques a su obra original y supervisaba su compleja impresión, ¿qué información biográfica había? La vaga información proporcionada en 1607, en su reimpresión de las *Rimas*, por el editor Domingos Fernandes, que no se considera biografía; uno u otro comentario de Manuel Correia en la edición de 1613 de *Os Lusíadas*, que es la que preparó y publicó posteriormente Pedro de Mariz, quien compuso una sucinta biografía del poeta para ella; y la vida del poeta, compuesta por Manuel Severim de Faria, insertada en 1624 en los *Vários Discursos Políticos*; nada más que lo que se pudo extraer de la tradición oral. La tercera biografía es ésta, de Faria e Sousa, al igual que la cuarta es una revisión de la misma, que permaneció inédita hasta su aparición en 1685, en el primer volumen de las *Rimas*. Con cierta razón, Faria e Sousa consideró, y no sólo para afirmarse al menospreciar a otros, que su predecesor en los comentarios era indigno de la categoría del poema, y no valoró en mucho (así dice) la obra de su pariente y predecesor en las biografías de Camões, Severim de Faria¹⁰⁰. Es importante destacar algunos pasajes de esta biografía.

Así, Faria nos informa (según el *Livro dos Brasões* de D. Manuel) que el escudo de armas de la familia Camões en Portugal era una serpiente dorada que pasaba entre dos rocas plateadas sobre un campo verde¹⁰¹. Da la fecha de nacimiento del poeta en 1517 (basándose en Manuel Correia),

investigarse con mayor profundidad.

98 El retrato de Camões que aparece junto al de Faria no es el que aparece, y habría sido dibujado por el propio Faria, en el manuscrito de los comentarios existente en la Biblioteca de Ajuda, sobre la cubierta, fechada en 1636. Glaser, en su edición del *Cancioneiro Manuel de Faria*, ya citada, se refiere a este manuscrito (p. 273). El grabado de la edición de 1639 está fechado en 1639 y firmado por Pedro de Vila Franca.

99 Nada de esto era nuevo para adornar una edición de Camões, o casi nada, contrariamente a lo que algunos aún puedan pensar. Los versos en latín del futuro padre Luís de Sousa, el soneto de Diogo Bernardes y el de Diogo Taborda Leitão figuraban en los preliminares de la edición de 1595 de las *Rimas*. El soneto de Tasso adornó la edición de 1598. El resto —Lope de Vega, Tamayo de Vargas y el propio Faria— fue creado expresamente para la edición. En cuanto a los versos de Pedro de Silva y Mendoza, desconocemos si eran inéditos. Pero es interesante señalar que, como su propio nombre indica, este autor pertenecía a la familia de los duques de Pastrana, en torno a uno de cuyos miembros (Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas y marqués de Alenquer) se concentra la selección del *Cancioneiro* publicado por Glaser.

100 En efecto, no hay comparación entre un comentario y otro, por mucho que los de Manuel Correia merezcan nuestra atención debido a la supuesta intimidad entre el comentarista y el poeta. En cuanto a Severim de Faria, cuya biografía inició, con una prudencia que otros no imitaron posteriormente, el método circular de utilizar los poemas de Camões para reconstruir la biografía y, con ello, interpretar los poemas, es necesario reconocer sus méritos. Pero se pueden encontrar dos explicaciones para las reservas de Faria e Sousa: por un lado, evitar, mediante una asociación ostentosa con él, que quienes ya lo habían atacado (Manuel Pires, sacristán en opinión de D. Francisco Manuel de Melo) tuvieran ese pretexto para atacarlo, quien no ignoraba que esos ataques se dirigían directamente a Camões y a él mismo; y, por otro lado, quizás cierta rivalidad y desacuerdo entre las diversas ramas de Farias, algunas menos pobres que otras.

101 Estos escudos son, por lo tanto, sumamente curiosos. Por un lado, se relacionan simbólicamente con lo que (nuestro estudio citado de introducción a *A Estrutura de Os Lusíadas*) fueron las maniobras y tergiversaciones políticas del portugués Camões y su familia (excepto el poeta y algunos otros); por otro lado, simbolizan claramente el método propio de Camões de usar el lenguaje y las relaciones cabalísticas en su poema, ocultando y revelando a los entendidos, para pasar desapercibidos entre las montañas de la ortodoxia y los intereses oficiales; y, por otra parte, dado que los escudos familiares no podían dejar de influir en la profunda psicología del gran espíritu que los poseía, significan la inocencia animal y amoral de Camões, en su erotismo, deslizándose, en la forma de la famosa

fecha que corrigió a 1524 en su segunda biografía, en vista de lo que afirma haber comprobado en los registros de los ejércitos. No duda de qué ojo perdió Camões: el derecho. Y da 1579 como fecha de la muerte del poeta¹⁰².

Al defender a Camões (p. 32) de quienes lo acusaban de haber tratado asuntos inapropiados o indecentes, Faria e Sousa tiene una frase espléndida y memorable: «tan grandes hombres como éste, en letras, juicio i calidad, no dizen cosa que no sea para ser dicha.»¹⁰³ Y —más adelante—, al mencionar la casa donde murió el poeta, afirma que nunca volvió a ser habitada. Y añade lo siguiente, que traducimos: «Vivía junto a la iglesia de Santa Ana, en el callejón que lleva de vuelta a la Compañía de los Jesuitas, en una casa que nunca volvió a ser habitada, ya sea porque la visión de tan horrible destino allí sufrido hizo que todos huyeran de aquel lugar, o porque la justicia divina quiso castigarlo en aquel terreno que lo trató con tanta impiedad.»¹⁰⁴

Sigue después el *Juicio del Poema* continúa, en párrafos sucesivos. En el párrafo I, ataca a quienes afirmaban que el poema no era *épico* ni *heroico*, debido a la falta de un héroe único con una sola acción, y a quienes acusaban a Camões de que la introducción de lo «gentílico» suponía «faltar al punto de Religión.»¹⁰⁵ En el párrafo II, enumera siete condiciones para que una epopeya sea tal

serpiente, a través de las convenciones religiosas y morales de su tiempo.

102 No olvidemos nunca que, según la documentación existente, la ambigüedad persiste entre 1579 y 1580, aunque esta última fecha prevaleció.

103 Cabe destacar que esta afirmación, cuya magnificencia no puede sobreestimarse una y otra vez, debido a lo que significa en términos de afirmar una moral suprema del genio, que ninguna convención puede limitar ni considerar inmoral, y para la cual todo lo natural en la vida debe ser no inmoral en el arte (y que está en el centro de las actitudes de Camões en su epopeya), no contradice en absoluto lo que podría ser una estructura «oculta» en el mismo texto, cuyos valores se sitúan en otro plano de comprensión. Veremos más adelante que Faria e Sousa era perfectamente consciente de este otro aspecto de la epopeya.

104 Obsérvese cuánto contribuye este pasaje (que tradujimos del original en español, y se sabe que Faria comenzó a escribir sus comentarios en portugués), con su belleza romántica, lo que vendría a ser la leyenda romántica del genio perseguido, incomprendido y mal recompensado. Pero hay algo más, una sugerencia poética, con implicaciones más serias, ya que, para Faria e Sousa, consciente de la malevolencia que el poema había suscitado (y a la que Manuel Correia ya aludió, apoyando al propio autor), la persecución y la incompreensión se encarnaban en las maliciosas polémicas que entonces se agitaban. Resulta sugestiva del lugar *hanté*, y muy curiosa, la disyuntiva entre la razón como la Justicia divina en el castigo a Portugal en ese lugar, o, independientemente de ello, con la gente sintiendo la aterradora frialdad del lugar maldito. Tal disyunción abre la puerta a la alternativa entre la Providencia y el Destino, de la que Camões, tanto en la poesía épica como en la lírica, era tan aguda y dolorosamente consciente.

105 Faria aborda de inmediato y directamente lo que, en realidad, era la acusación disfrazada de pedantería clasicista. Pero es necesario tener presente que el enfrentamiento entre paganismo y cristianismo estaba en el origen de la Iglesia, ya que, al dejar de ser una disidencia del judaísmo, se adentró en el mundo grecorromano (a través de la fortísima helenización del Oriente Próximo, donde surgió). Todos los Padres de la Iglesia percibieron el problema y, o bien rechazaron la cultura clásica en favor de una evangelización estricta, o bien intentaron «cristianizar» una cultura tradicional, la del mundo en el que nacieron y vivieron, y que tendría tanto mayor valor para ellos cuanto mayor fuera la penetración cristiana. Esta última actitud, cuando los apologistas eran cada vez más hombres de alta cultura, fue la que prevaleció y la que mantuvo, a lo largo de la Edad Media, la tradición de estudiar y leer a autores paganos. En el momento en que el movimiento renacentista, que podemos suponer comenzó en el siglo XIV, se desarrollaba como resultado del derrocamiento de la autoridad de la Iglesia socavada por los cismas y los escándalos de las sucesiones papales, como resultado de una reacción espiritual contra un cuerpo colosal de doctrina escolástica que era más filosófica que religiosa, y como resultado de la afirmación (urbana, en el norte de Europa y en las ciudades italianas) del valor de la individualidad y la experiencia humana personal (capaz de construir un mito estético personal, como hizo Petrarca más que ningún otro), buscando, más allá de lo que había sido la aceptación de una tradición de escolásticos y adaptadores de textos (una tradición viva, pero una tradición colectiva, autoritariamente opuesta a la libertad individual de pensar fuera de las reglas de las escuelas), los textos originales, ya fueran de la Biblia y los Padres de la Iglesia (que los humanistas estudiaron ampliamente), o de los autores clásicos del paganismo, era inevitable que la validez de asociar un paganismo en cuya cristianización retrospectiva era imposible seguir creyendo, y un cristianismo que, por su parte, que quería ser renovada y devuelta a sus orígenes, tuvo que ser cuestionada. Y esto es lo que reflejan las polémicas de los críticos renacentistas y manieristas de los siglos XV y XVI, de las cuales las discusiones de Manuel Pires son como un eco y una

(enfaticando que se detiene en siete, por ser un «número perfectísimo»). Son estas: 1—Que el tema no sea «demasiado remoto» ni «demasiado moderno para ser de ayer» (la defensa, declara, se presenta a lo largo de los propios comentarios); 2—Que la acción sea «heroica, ejemplar y digna de imitación» (y las cualidades heroicas, ejemplares y dignas de imitación de *Os Lusíadas* se contrastan brevemente con los poemas homéricos de Virgilio, Claudiano y Estacio)¹⁰⁶; 3—Que esta acción sea singular y con un solo héroe (el héroe del poema es Vasco da Gama, con Homero, Virgilio y Tasso como referencia); 4—Que el poema no se desarrolle como una historia, sino que, «con hermosa invención», este desarrollo se realice por partes, comenzando *in media res*¹⁰⁷; 5—Que esto se acompañe de episodios, figuras, imitación y otros adornos; 6—Que el estilo sea elegante y

caricatura. La bibliografía sobre estas polémicas italianas, que se extendieron a otros países, es inmensa, y no es apropiado citarla aquí. Pero es necesario destacar cuánto se centró en la concepción del poema épico. ¿Era, de hecho, una epopeya que no seguía los modelos clásicos? Y, siguiéndolos, ¿cómo podría ser una epopeya de la época cristiana? Dado que el poema épico se vincula de forma más natural a una visión mítica o historicista del destino humano, tales debates serían más apropiados para él que para la poesía lírica, en la que el carácter «personal» del lirismo (incluso si este fuera convencional o se transpusiera simbólicamente según las convenciones tradicionales) reduciría a «alusión» o «motivo» lo que, en la épica, tendría que ser ineludiblemente «estructural». La Reforma, por un lado, y la Contrarreforma, por otro, en sus defensas polémicas de la supremacía de lo religioso, transformarían necesariamente en casos de denuncia política o inquisitorial lo que, hasta entonces, se había confinado predominantemente al plano literario (aunque con profundas implicaciones religiosas y políticas). Cabe destacar también que la fusión de lo pagano y lo cristiano fue facilitada originalmente, incluso en el lado pagano, por el neoplatonismo, con su doctrina de la idea unificada de la divinidad, según la cual los dioses serían la representación accesible a la escala humana, a través de atributos reconocibles en las relaciones de la divinidad con el mundo y el hombre. Esta es la postura que asume Camões, y que Faria e Sousa aborda con el método —tradicional del período patrístico— de la explicación alegórica. Pero tal perspectiva chocaría necesariamente con una despaganización de la cultura, impulsada por el temor (justificado desde este punto de vista) de que dicha legitimación de los dioses, elevándolos por encima de meros ornamentos literarios, cuestionaría, si no la idea de Dios, sí la de Cristo mismo, encarnado en su Iglesia. Y es precisamente por eso que el mesianismo cristológico aparece como una reacción espiritualista (o más correctamente, «espiritual») contra la reafirmación de la autoridad de la Iglesia, cualquier iglesia, como único vehículo para los logros mesiánicos, debidamente enmarcadas en los intereses de un Estado (que los utilizaría, hasta cierto punto, cuando le conviniera, como se puede apreciar en las manipulaciones mesiánicas que anteceden a 1640 y se apresuran a justificarlo, para someter la mitología sebastianista a los poderes restaurados oligárquicamente. Y todo esto converge en la era portuguesa a la que Faria e Sousa dedica sus comentarios. Es obvio que la cristología mesiánica de Camões, extremadamente heterodoxa, pero supremamente ubicada en la abstracción de lo moral y lo metafísico, chocaría igualmente con los sebastianistas, con los sacristanes «ortodoxos», e incluso rechazaría manipulaciones políticas de baja calidad que se materializaran en restauraciones, incluso las altamente patrióticas.

106 Obsérvese cómo, en un punto más serio de lo que parece (ya que es el valor social y moral de la obra lo que está en juego), Faria e Sousa reúne a Homero y Virgilio, los modelos por excelencia (donde no puede decirse que los héroes fueran excelentes modelos de buena conducta moral, y mucho menos buenos ejemplos de caballeros cristianos —la ira de Aquiles, centro de la *Ilíada*, la astucia de Ulises, punto de apoyo de la *Odisea*, o la forma en que Eneas lo sacrifica todo, y Dido también, a su supuesto destino de fundar Roma, en la *Eneida*, como queda demostrado—, con Claudiano y Estacio. Esto no es tan accidental como parece. Estacio (c. 45-96), originario de Italia, y Claudiano (c. 370-c. 404), alejandrino afincado allí, representaron dos fases posteriores de la épica romana, y ambos fueron considerados tradicionalmente por la crítica como poetas importantes (lo que, de hecho, a pesar de la superstición de una Edad de Oro de la literatura latina a la que ninguno de ellos, y mucho menos el segundo, pertenece, lo son). Pero lo cierto es que la *Tebaida* de Estacio (centrada en la lucha de Eteocles y Polinices por el trono de Tebas) fue considerada episódica y por presentar escenas de violencia brutal. Su *Aquileida* (que quedó incompleta y trata sobre la infancia y adolescencia de Aquiles, y es, por lo tanto, una «educación» del héroe) no es lo que Faria tenía en mente. Claudiano es un caso aún más especial: un pagano irreconciliable, residente en una corte imperial cristiana, que sirvió (para quienes lo entendían y para engañar a quienes no) precisamente para defender el paganismo poético, y al mismo tiempo para dar ejemplos (y malos ejemplos) de acciones «condenables», incluso en su ambicioso *De raptu Proserpine*, en el que se basaba principalmente su prestigio tradicional.

107 Lo que Faria pretende señalar es una verdad estructural esencial, independientemente de si un poema épico debe o no comenzar en medio de la acción narrada: la historia es *cronológica*, incluso cuando es interpretativa, y la poesía

sublime, pero que la sublimidad no excluya lo fácil, lo gentil y lo dulce¹⁰⁸; 7—Que el poeta se transforme en los personajes que introduce, hablando según la calidad de cada uno y la de las materias¹⁰⁹. Estas siete condiciones («número perfectísimo») que, en su opinión, el poema de Camões cumple y respeta, están hábilmente organizadas de tal manera que, desde el principio, contrarrestan las objeciones planteadas contra el poema en los más de sesenta años transcurridos desde su publicación (y que, siniestramente, se organizaron en un ataque represivo), y las contrarrestan simultáneamente obedeciendo las reglas tradicionales de excelencia y adaptándolas a la estructura misma de la epopeya que se defiende. Sin embargo, lo que menos habilidad tiene Faria e Sousa es la espléndida conciencia, demostrada a lo largo de sus comentarios, de que tenía un gran trabajo creando o adaptando esas reglas a sus propios fines. Obsérvese el enorme interés del último punto planteado: Faria e Sousa no pasó por alto que la epopeya de Camões, dentro de la unidad estilístico-lingüística de un nivel épico calculado y grandilocuente, posee varios niveles de lenguaje, creados o estilizados según las circunstancias narrativas o las intervenciones discursivas del propio poeta o de sus personajes.

El párrafo V del *Juicio* es muy interesante, ya que insiste en la comparación del poema con la *Argonáutica* de Valerio Flaco, respecto a la cuestión de si la acción está unificada (pero de una unidad que puede ser compleja)¹¹⁰. En el párrafo VI, y anticipando los comentarios que hará `posteriormente al v. 27, analiza a Homero, Virgilio, Dante (señalado como imitador de Virgilio) y también a Heliodoro¹¹¹; y Faria menciona la respuesta de Torquato Tasso a la Academia della Crusca, respecto a haber comenzado su poema épico desde el «principio», y señala (como, enfatiza, se le hace decir al propio Gama en v. 65) que la acción del poema, en lo que respecta a Gama, comenzó donde habían terminado los descubrimientos de Bartolomeu Dias¹¹². El párrafo IX trata del estilo suave, dulce y sencillo, por el que se cita a Virgilio, Sannazzaro y Guarini¹¹³. Y Faria

(o creación estético-literaria) es *polifónica* o, como la música barroca comprendería ampliamente, *contrapuntística*.

108 Esto significa que un poema épico, o cualquier logro a gran escala, no puede realizarse en el tono preciso que requiere el género, sin variaciones y rupturas en la grandilocuencia y la sublimidad dentro de ese tono, que acentúan con precisión y definen mejor el tono mismo del que se distinguen. No se trata simplemente de una cuestión de variabilidad para atraer y retener retóricamente la atención cansada de la monotonía de un solo tono, sino de establecer ese tono como un ideal del que las variaciones se apartan, revelándolo.

109 En el párrafo XII, mencionado más adelante en el texto, Faria e Sousa retoma el tema con ejemplos. Pero —aunque esto pueda parecer engañoso para el gusto actual, que apenas percibe diferencias sustanciales en el discurso de varios personajes de *Os Lusíadas*— lo que pretende enfatizar con esta identificación lingüístico-realista del autor con los personajes hablantes es la noción de un tono emocional específico, encargado de matizar los diversos discursos. Aun así, utilizan las mismas alusiones clásicas, como era de esperar que sucediese en un poema así. Júpiter no habla como Venus o Baco, cuyas personalidades son diferentes en el poema (y opuestas), sino como el dios supremo que era del Olimpo establecido con él y su familia inmediata. Y lo mismo se dirá de Inés de Castro, por gran parte del discurso forense, adornado con alusiones, que su famoso discurso pueda tener.

110 También en esto, como prácticamente en todo lo demás, Faria se anticipó a la crítica contemporánea. Sobre este punto, véase António Salgado Júnior, «Os Lusíadas y el tema de las Argonáuticas», separatas de *Occidente*, vol. XXXVIII, XL.

111 La intención de Faria e Sousa, como hizo con otras epopeyas mencionadas anteriormente, es manifiestamente reunir a autores paganos y cristianos (y, entre ellos, a aquellos que, como Dante o Tasso, no habían utilizado directamente la «maravilla pagana»). Reunir a Heliodoro, un griego del siglo III, que no era estrictamente un poeta épico sino un novelista, en su *Ethiopica*, que los estudios clásicos han considerado la mejor producción novelística griega, tiene un doble significado: en primer lugar, el libro fue uno de los ejemplos famosos de la narración que comienza *in medias res*, y, en segundo lugar, era conocida la influencia de la novela en la gran epopeya de Tasso. Al mismo tiempo, Heliodoro era considerado un ejemplo de «decoro» y ausencia de «libertinaje», además de ser un pagano extremadamente piadoso (y, en su obra, era Helios = Apolo quien gobernaba por completo la acción).

112 Lo cual, con argumentos históricos y estructurales, mostramos que sucede (cf. *A Estrutura de «Os Lusíadas»*).

113 La dulzura de muchos pasajes de Virgilio siempre ha sido proverbial, y ciertamente Sannazzaro había sido, en la poesía bucólica idealizada, uno de los creadores renacentistas de esta elegancia, que también se encuentra, refinada, en *Il Pastor Fido*, de Giambattista Guarini (1537-1612). Es evidente que, sin decirlo, Faria e Sousa tiene en mente el género bucólico, y en tres formas diferentes: las églogas de Virgilio (cuya elegancia está igualmente presente en

señala a quienes, para él, fueron los ejemplos supremos de dicho estilo: Homero, Virgilio, Ovidio, Horacio, Lucano, Dante, Petrarca, Sannazzaro, Ariosto, Ronsard, Garcilaso de la Vega, Camões y Tasso¹¹⁴. El párrafo X es un ataque a Góngora, en el que Faria no deja de mencionar a Lope de Vega, «mi amigo». El párrafo XI es el de las «palabras peregrinas», es decir, la meticulosa lista de lo que Faria e Sousa consideró neologismos propuestos (e impuestos) por Camões en su epopeya¹¹⁵. El párrafo XII regresa a lo que llamamos niveles del lenguaje y los ejemplifica con los discursos de Júpiter, Venus, Inés de Castro, etc., y con el apasionado Leonardo de la Isla del Amor. El párrafo XIV aborda la cuestión de los «dioses», de lo maravilloso pagano, que Faria defiende afirmando que el poeta introdujo deidades paganas en el cristianismo, convirtiéndolas en representantes de la verdadera Deidad (una doctrina neoplatónica a la que Camões se refiere expresamente en más de una ocasión, y que no es en absoluto incompatible con la divinización de los héroes). En este pasaje destaca la identificación con Homero, buscada por Virgilio, y la identificación con él, buscada paralelamente por Camões, y señala que el compromiso matrimonial de Tetis y Gama, en la Isla del Amor, corresponde al de Dido y Eneas en la *Eneida*¹¹⁶. El párrafo XVI argumenta que un poema de tales dimensiones debe tener altibajos¹¹⁷. El párrafo XVII insiste en que el estilo jocoso puede entrar en la composición de una epopeya¹¹⁸. El párrafo XIX es sumamente interesante y responde a las objeciones planteadas hasta la fecha al poema de Camões: la afirmación de que el poeta se apegó demasiado a la verdad de los acontecimientos y que «el poema exige más fábula», en la que Faria percibe claramente las propias teorías épicas de Camões, que buscaban oponer (incluso con la ayuda del asombro pagano para explicar las vicisitudes de la acción) lo *verdadero* de la historia a lo *fabuloso* de la imaginación, añadiendo a lo primero lo que faltase, o simplemente inventando sucesos o personajes pseudo-históricos. Es en este punto en el que Faria e Sousa también plantea otra objeción que aún persiste: la larga narración de la historia portuguesa y su viaje, confiada a Gama en tres partes de la epopeya. Señala que Ulises habla con Alcínoo durante cinco libros de la Odisea, y Eneas con Dido, durante dos de la Eneida.

En el párrafo XX, de excepcional importancia, Faria e Sousa ofrece indicaciones calculadas sobre cómo percibir y comprender las estructuras aritméticas de *Os Lusíadas*. Destaca que los poemas épicos de Homero se dividen en 24 libros, es decir, el «número de letras del alfabeto

la *Eneida*), que son la poesía, la novela (en prosa y verso) de Sannazzaro y el drama pastoral de Guarini. Por lo tanto, los tres autores están llamados a caracterizar un tono estilístico que, inmediatamente después (véase la nota a continuación), se aplica en general a varios autores.

114 Obsérvese que Faria no separa lo «clásico» de lo «moderno»: los nombres son cinco de la Antigüedad Clásica, cinco de Italia, uno de España, otro de Francia y Camões; pero, si contamos a Ariosto (1474-1533) y Sannazzaro (1456-1530) como poetas del siglo XVI, seis de los trece nombres pertenecen al siglo XVII, incluyendo a Camões. Obsérvese también que la lista incluye poetas épicos, épicos y líricos, o sólo líricos.

115 Esta lista, de gran interés lingüístico-léxico, justificaría por sí misma un estudio especial.

116 Al comentar el pasaje en cuestión, las observaciones de Faria e Sousa son más complejas. Pero lo que quiere señalar es la «licencia poética», autorizada por el «modelo», de tal unión ilícita como condición común de acción en Virgilio y Camões. A primera vista, el paralelismo puede parecer absurdo, ya que la divinización de los héroes es la culminación de *Os Lusíadas*, y no es eso lo que ocurre con Eneas cuando abandona a Dido. Pero si observamos que la epopeya de Camões es (como la *Argonáutica*) una búsqueda, mientras que el viaje de Eneas es el inicio de la historia romana (y no su traslado a algún lugar, sino la antigüedad homérica que emprende un viaje para ser el origen de Roma), el paralelismo no es tan absurdo como parece, ya que las direcciones de ambas epopeyas son opuestas.

117 Cuando la crítica contemporánea, aún tan dominada en paralelo o en confluencia por Croce y los críticos de origen bergsonianos, tiende a asumir que, en poesía (olvidando que la poesía debe entenderse en el sentido genérico que tiene, por ejemplo, en alemán, como sinónimo de alta creación estética de cualquier tipo literario), sólo importa el lirismo, el momento único, etc., es necesario meditar sobre este punto que nos ayuda a restaurar una visión estructural de la obra literaria y, en consecuencia, a comprender lo que excede la escala del breve poema lírico.

118 Faria e Sousa era consciente de la ironía de Camões, tan evidente —con malicia más abierta o más encubierta— en tantos pasajes del poema, y argumenta que un poema de tal categoría debe adherirse constantemente a un nivel de seriedad notoria.

griego», y la *Eneida* se divide en 12, y los acusa a todos de ser excesivamente largos, en comparación con los 8816 versos de *Os Lusíadas*, que considera equivalentes a los poemas épicos de Virgilio. Y, en la col. 83, destacando que Camões optó por organizar su poema en diez cantos, aparecen estas frases sumamente significativas: «No quiero dexar de advertir a los curiosos que pudo el Poeta inclinarse al número de diez, *por ser muy misterioso: i fio dellos esta erudición.*» (es nuestra la cursiva), lo que implica insinuar los misterios cabalísticos de *Os Lusíadas*, sin revelarlos, confiando en la erudición de los curiosos (el conocimiento de estas materias) y la profunda comprensión de estas estructuras. Sin embargo, para que no se escape el significado de lo que insinúa, reitera que es necesario tener presente (cursivas nuestras) que «*nuestro Poeta en todo anduvo con la medida en la mano.*»¹¹⁹

El párrafo XXI se refiere a la variedad que adorna el poema, y el XXII a las «moralidades» del principio y final de los cantos¹²⁰. El párrafo XXIII trata de la forma externa, la *oitava*. Camões, según Faria e Sousa, no tenía nada de valor en España que imitar en este esquema estrófico, excepto la Tercera Égloga de Garcilaso¹²¹. El párrafo XXIV enfatiza lo «misterioso» como un ingrediente que contribuye decisivamente a la fascinación que ejerce *Os Lusíadas*¹²². Y concluye sus consideraciones proporcionando (fuente de todos los estudios u observaciones posteriores sobre el tema) una lista detallada de todos los versos repetidos, con sus variaciones, en la epopeya. Todo esto no es más que una indicación de la base sobre la que se desarrollaron los comentarios, a la vez que constituye un preludio discretamente polémico sobre las más diversas acusaciones contra la excelencia o los «peligros» que el poema pudiera contener.

Y finalmente comienza el texto del poema, acompañado paso a paso por comentarios. Pero el Canto I, en realidad, comienza con el argumento general de la epopeya, sin duda uno de los resúmenes más inteligentes jamás compuestos. Accidentalmente (por cálculo), Faria aborda allí el delicado problema de las profecías, que constituyen uno de los elementos estructurales del poema y fueron uno de los puntos más controvertidos debido a la vigilancia de las buenas almas. Relacionándolas discretamente con los aspectos «ocultos» del poema, y apoyándose en Virgilio, deja caer la siguiente información: El rey Manuel, si fue el Afortunado, lo fue porque nació en 1484, en la conjunción de Saturno y Júpiter, como luego mencionará en la nota para I, 21... Pero, en relación con la cuestión de las profecías, Faria e Sousa no puede resistir la tentación de demostrar que Camões fue profetizado para escribir lo que escribió, y se entrega a curiosas invenciones literarias. Y luego llega, de pasada, una sugerencia crítica decisiva relacionada con el tema del párrafo XX del *Juicio del Poema*. Observa que ningún poeta antes de Camões llamó *cantos* a los libros en que se divide la epopeya... Según él, sólo uno lo hizo: Dante. Y así, imitando al autor de la *Commedia*, Camões quiso que las partes de su epopeya también fueran cantos. Esta aproximación está llena de maravillas, pues sitúa los 10 cantos de una *comedia terrenal* en paralelo con los 100 cantos de la *comedia divina*¹²³. Nosotros mismos podríamos añadir algo más a estas maravillas implícitas. De hecho, Camões publicó *Os Lusíadas* en 1572, cuando se celebraba el centenario de la primera publicación impresa de la Divina Comedia (1472). Si sumamos 1372¹²⁴ a estos dos años especiales, obtenemos 4416, que dividido entre 8 (otro número muy especial) da 552, es decir, el

119 No podría ser más claro, y sin embargo no lo es, sobre las aritmosofías de Camões —y sería un error entender que, en el contexto, sólo se dice que Camões contaba sus versos por medida...

120 En nuestro estudio de la «estructura», hay un análisis detallado de estas intervenciones y el papel que desempeñan.

121 Y es cierto. Hasta *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, cuya primera parte apareció cuando Camões viajaba de Oriente a Lisboa en 1569, y fue reeditada en 1572 (la segunda y la tercera partes son posteriores a la publicación de *Os Lusíadas*: 1578 y 1589), más de media docena de epopeyas o panegíricos en octavas habían visto la luz en España, cada una más charra que la anterior. Cf. Frank Pierce, *La Poesía Épica del Siglo de Oro*, Madrid, 1961.

122 Por *misterioso* no se debe entender, como diríamos hoy, el *suspense* (efecto que Camões utiliza, por cierto), sino la ambigüedad con la que permite que actúe la maravilla pagana y cristiana, ignorada por los héroes del poema.

123 En nuestros estudios sobre la estructura de *Os Lusíadas*, señalamos algunas relaciones aritmosóficas entre el poema de Camões y el de Dante.

número de orden de la primera estrofa de la segunda mitad del número de estrofas del poema, 1102. De lo cual se puede concluir que, según las aritmosofías de Camões, su poema *debía publicarse* en 1572, como así fue.

Después de los comentarios sobre el canto I, se encuentran los dedicados a los otros nueve cantos. Al final del último volumen, hay varias *Adições* que merecen especial atención. Cabe destacar las *Lecciones Varias deste Poema* (cols. 617 y siguientes), en las que Faria ofrece las variantes de «dos copias de los manuscritos originales del Poeta» (que ya había mencionado en el n.º 16 de la *Vida*). A continuación siguen las Erratas, a Tabla de los autores citados en los comentarios (y Faria afirma que no todos, sino sólo los italianos, superan los trescientos, por lo que no habrá más registros de referencias a la poesía italiana de los siglos XIV al XVII), la Tabla (aún sumamente útil) de temas, nombres, etc., y, finalmente, las Adiciones a estas Adiciones. Y la monumental obra termina con las palabras «*Sub correctione Sanctae Matris Ecclesiae—Laus Deo Omnipotente*»: no era para menos, con tantas audacias y en una empresa tan grande.

Tras esta sucinta descripción de la edición, destacando algunos aspectos esenciales para su comprensión, es imposible dar siquiera una ligera idea de la plétora de datos y textos utilizados, así como de sugerencias e interpretaciones que se desprenden de estas páginas y —si ha llegado el momento de permitir que Faria y Sousa hable por sí mismo a quien quiera escucharle, tras tantos años de silencio clandestino—, nos corresponde, sin embargo, ofrecer una visión general del método crítico que se desarrolló y la relevancia (como ya se ha dicho, sin duda y como prueba) que este método tiene para nosotros hoy.

¿Cómo procede metodológicamente Faria y Sousa? Su función consiste en explicar y escribir los versos o secuencias de ellos, paso a paso, sin perder nunca de vista las unidades generales del poema ni las resonancias que se repiten en otros pasajes. Pero lo que ha ocurrido no es en absoluto una paráfrasis comentada, ni mucho menos una acumulación de notas específicas, como las que nos tienen acostumbrados muchos editores de *Os Lusíadas*¹²⁴, sino más bien una discusión crítica de las complejidades del significado (que a veces incluye un análisis detallado de posibles erratas o puntuación defectuosa o distorsionada), mientras que su colosal erudición literaria exige atención sobre todos los pasos paralelos, análogos o seminales que puedan contribuir a iluminar lo que se estudia, por la propia riqueza que lo constituye, una actitud crítica que, anticipándose a la crítica genética y de fuentes, la supera brillantemente. Intuiciones que se harían realidad en nuestro tiempo en la crítica *tópica* de E. R. Curtius. Porque una acumulación tan amplia de paralelismos apunta mucho menos a «influencias», o incluso a una concepción estricta de la imitación de modelos clásicos o renacentistas, que a una comprensión profunda de la cual, moviéndose en el inmenso océano de la cultura occidental griega y romana, su inteligencia y sentido crítico no podían dejar de tener respecto a la complejidad del funcionamiento del patrimonio expresivo de una cultura y una civilización, en la que todos nacieron en paralelo y algunos de otros. La «imitación», por lo tanto, necesariamente tiene diferentes grados, desde, suponemos, la adaptación de un soneto famoso (en el que las variaciones eran, para quienes lo entendían, precisamente el signo de la originalidad del poeta) hasta la composición que formaba parte de una genealogía múltiple de fuentes que, a su vez, eran multiplicidades de otras confluencias.

Por otro lado, cabe recordar que Faria e Sousa no estaba preparando una edición «popular», ni una edición «académica», pero sí dirigida a un público internacional de «eruditos» a los que quería imponer a Camões, imponiéndolo al mismo tiempo a los «eruditos» portugueses, muchos de los

124 Las diversas mercedes que recibió el gallego Vasco Pérez de Camões a partir de 1373 son bien conocidos (cf. J. F. Valverde, *ob. cit.*, pp. 34 y 39), por lo que no es arriesgado suponer que llegó a Portugal alrededor de 1372; por lo tanto, 1572 fue el segundo centenario de la entrada de la familia Camões en Portugal, cuyos destinos —el del país y el del poeta— convergieron objetivamente en la realización de la epopeya.

125 Desde la cómica nota sobre el pez Cezimbra, que acertadamente dio nombre a la edición de Piscos, hasta la menos cómica y más sucinta, pero igualmente famosa: «Juno, esposa de Júpiter».

cuales, como también ocurre hoy, medían su propia capacidad crítica por la cantidad de defectos que podían encontrar y denunciar en una gran figura. Sin embargo, con todo lo que tiene Camões de apologético, el vasto comentario de Faria supera infinitamente este nivel. Éste, comparando tantos pasos paralelos o análogos, logra algo similar a una crítica de los *topoi*, que, en otros aspectos, anticipa otros métodos críticos. Y no se centra tanto en la inteligencia como en la cultura, pero debido a que son los métodos críticos actuales los que, en la trágica división de las especializaciones culturales y de la cultura literario-humanística básica, confinada a una o poco más de una literatura (e incluso esta siempre más superficial que profunda, siempre más alejada de la enseñanza de los textos que de la intención de que se integren en esquemas ideológicos preestablecidos), regresan modestamente, por estrechos caminos, a una visión a la vez amplia y profunda de las obras y de la creación del lenguaje con el que están escritas, de la cual los «eruditos» de entonces, integrados en una cultura crítica rica y tradicional, no estaban, por paradójico que parezca, tan desprovistos como los de nuestro tiempo. Ciertamente, esa cultura estaba demasiado apegada a la idea de un «patrón» y un «modelo», mediante el cual se medía la excelencia de las obras. Lo que la limitaba, siempre forzando la apologética, hasta cierto punto, era que se trataba de mostrar cómo seguir modelos o reconocer patrones no era necesariamente un criterio rígido (se estaba volviendo tan rígido que ni siquiera Homero y Virgilio escaparon a ser juzgados defectuosos en comparación con los estándares ideales que habían surgido precisamente de los comentarios sobre sus obras). Pero esta limitación, que es evidente, no impidió, sino que, por el contrario, forzó, una aproximación a los textos, su estilo, su lenguaje, los conceptos que los regían o el pensamiento que comunicaban. Por lo tanto, además, y teniendo en cuenta lo que acabamos de decir sobre la tragedia de los métodos críticos actuales (tantos vigentes solo en las mismas literaturas a las que se han aplicado), Faria e Sousa, al analizar las figuras retóricas, su adecuación al significado o su uso específico en el contexto de una obra en particular, puede parecer que anticipa la estilística española de Dámaso Alonso, de la misma manera que, al analizar las variaciones del nivel estilístico-lingüístico en relación con los niveles estándar, también anticipa el método de Spitzer. Y podríamos ampliar la lista, ya que los últimos siglos de la literatura no han sido más que, críticamente, la búsqueda —tras conquistar la libertad romántica-vanguardista— de patrones abstractos, donde, al obtener la libertad, se perdieron todos los patrones concretos. La libertad obtenida en términos de creación fue una ventaja infinita; pero para la crítica, fue una catástrofe de la que aún no se ha recuperado.

Por lo tanto, la relevancia de los comentarios de Faria e Sousa es enorme. Hoy en día, la abrumadora mayoría, incluso la de los doctos, está aislada de esa masa de erudición clásica que era la del mismo mundo cultural en el que Camões vivió y escribió¹²⁶, y todos ellos necesariamente distantes del inmenso conjunto de la literatura italiana, algo común en las literaturas europeas (e

126 Nunca se insistirá lo suficiente en que la ruptura que se observa entre el Barroco y su antecesor inmediato, el Manierismo, del que Camões es el máximo exponente peninsular y uno de los más destacados de Europa, al igual la fractura de éste respecto a lo que se denomina, en un sentido distorsionado, el Renacimiento, no se percibían como tales, y —en cuanto a los fundamentos culturales sobre los que se asentaron todos estos períodos— no es lícito olvidar que tenían razón. Tanto un Lope de Vega como un Góngora, en España, se percibían igualmente como herederos de esa tradición que dio lugar a nuevas formas y nuevas experiencias, y lo eran. De manera similar, si Faria e Sousa, tan barroco en su aceptación de la polaridad de la cultura dividida (cuya unificación se logró en el plano de la jerarquía cosmológica y oligárquica, tan artificialmente como en el plano de la creación de un objeto estético en sí mismo —y la «artificiosidad» debe entenderse aquí como algo creado por encima de las realidades contemporáneas, para superarlas y exorcizarlas, y no para engañarlas, de modo que esta creación se nos presente como la posible «oposición» a aquella otra, político-social), fue capaz de comprender tan profundamente a Camões, quien representó el dramático colapso del sueño renacentista de libertad y dignidad individual de la persona humana, esto se debe a esa continuidad de los fundamentos de la cultura (incluso cuando se reinterpretan con diversos fines), y al hecho de que, habiendo sido Camões un valor supremo, y tan conectado por su epopeya con los destinos históricos de su país, es inevitable que, en relación con él, ayer como hoy, todo esté avalado y medido, a pesar de los riesgos que esto implicaba para la magnitud de una obra que elevaba a Portugal por encima y fuera de sí mismo.

incluso en los propios italianos, ya que el tiempo sumerge a numerosos autores importantes o suficientemente conocidos para ellos en su época y en el siglo siguiente) —y esto es sólo un ejemplo. Podríamos incluso decir que, en muchos aspectos, los comentarios de Faria e Sousa son más relevantes hoy que cuando los publicó, porque nos ponen en contacto con multitud de referencias que se han perdido en la memoria cultivada y que duermen en la inmensidad de las bibliotecas y archivos de este mundo. Sus contemporáneos no necesitaron su erudición tanto como nosotros. Pero él no es solo erudición: es también, en su «locura» camoniana, en su culto ilustrado al gran poeta, un intérprete, un iluminador de numerosos pasajes y un crítico con plena conciencia de la compleja magnitud de la obra cumbre de Camões, así como del espíritu que la impregnaba. Y esto, con todo lo que es propio de su época, es necesariamente también propio de la nuestra, cuando Camões es cada vez más reconocido como mucho más que la gran figura nacional que ya era.

A veces, puede parecer que aplicar a *Os Lusíadas* los métodos de exégesis que se han empleado para los textos sagrados¹²⁷, es una ingenuidad o una tontería. Pero sucede que, para Faria e Sousa, *Os Lusíadas* eran doblemente «sagrados», o incluso triplemente: por ser una afirmación portuguesa en el más alto nivel de la creación poética, por ser una creación poética del más alto nivel, y por discernir en el autor y la obra la firme intención estructural de situar la libertad de la creación poética en el plano de lo «sagrado», es decir, en el plano de lo que significa y revela de las aterradoras correlaciones entre la historia y el ser en este mundo. Faria no era ingenuo, aunque tenía derecho a tomar por tontos a muchos de sus contemporáneos y generaciones futuras (que se vengaron considerándole necio): era, como todos nosotros, prisionero de su tiempo, después de todo, mucho menos trágicamente «barroco» de lo que el nuestro se está volviendo. Y sólo podía hablar sin cesar a través de los barrotes en los que él y Camões, como toda la grandeza de este mundo, estaban presos. Y respecto a lo que aquellos barrotes pudieron distorsionar lo que se quería decir y hacer comprender, ciertamente no será nuestro tiempo el que tenga derecho a tirar la primera piedra.

Dicho esto, a Faria e Sousa se le debe perdonar, en sus comentarios, cierta prisa al escribir, muchas repeticiones que tuvo que hacer, algunas digresiones, la prolijidad con la que a menudo explica menos de lo que oculta deliberadamente (lo cual es, para nosotros, hoy, tan importante y tan significativo, culturalmente, o más, que las explicaciones repetidas y obvias), ya que todo es fruto de la inmensa obra que realizó, y cuya revisión y mejora, si fueran humanamente alcanzables a la escala en la que trabajó, quizá nunca le habrían permitido concluir y publicar el monumento que erigió a la gloria de Camões, y que no tiene parangón, cabe destacar, en ningún comentario que cualquier otra obra similar de la literatura moderna haya merecido¹²⁸.

Y lo máximo que se puede desear, con motivo de esta «reedición» que tenemos el honor de prologar, es que prevalezcan el gusto por los estudios literarios, la seriedad que se les aplica, la sed de conocimiento amplio y profundo, el anhelo de comunicar sin guardar referencias en el bolsillo, y el amor por una gran obra y un gran poeta, de todo lo cual es Faria e Sousa lección y ejemplo. En aquellos tiempos, los hombres —y este no era su caso— podían vender su patria por un título o una mención, pero no se rebajaban a vender su cultura por una semana de celebridad periodística: porque sabían que una patria sin cultura viva es un cuerpo sin alma y un cadáver insepulto, mientras que una cultura sobreviviente de una patria, o superior a ella, puede ser esa eternidad limitada de las cosas humanas, a la que, como los hombres, ni siquiera las patrias, por mucho que las amemos, pueden aspirar.

127 Véase, a este respecto, Edward Glaser, «Manuel de Faria e Sousa and the Mythology of *Os Lusíadas*», em *Miscelânea de Estudos a Joaquim de Carvalho*, n.º 6, 1961.

128 Es un hecho. Ni siquiera los numerosos comentarios sobre Dante, ni los de un Bembo sobre Petrarca, etc., por ejemplo, alcanzaron tales dimensiones.

[AGRADECIMIENTOS]

Nos queda reconocer con gratitud, en esta ocasión que llamaremos solemne de concluir este prefacio a tan magnífica obra, cuánto deben nuestros estudios camonianos y este prefacio a instituciones como las brasileñas ya mencionadas, las Universidades de Wisconsin y California, y, recientemente, a la Fundación Calouste Gulbenkian. Y, personalmente, al Prof. J. V. de Pina Martins, mi amigo y colega, por la iniciativa de esta edición, con la que cumplió antiguos planes míos; al Dr. Eduardo Brasão (hijo), ex-administrador de la Imprenta Nacional, y a sus colegas administradores, por el entusiasmo e inteligencia que pusieron al aceptar la idea y prepararse para su realización, y al actual administrador de esa institución de tan ilustre tradición cultural, el Dr. Rubens A. Leitão, por el afecto y la confianza con que aceptó, con el más ilustrado interés, llevar a cabo este evento de tan superior trascendencia camoniana en el año del IV centenario de la publicación de *Os Lusíadas*. Y aquí, de la mano del patriarca de los estudios de Camões que Faria e Sousa fue y es, está la obra magna del príncipe de los poetas de las Españas, esa Hispania singular y multifacética, que tuvo y tiene artes distinguidas —vehementes y astutas también— de proyectarse al mundo entre pueblos diversos y una profusión de culturas, y que dio, junto con Camões, a uno de los más grandes poetas del mundo (como enfatiza Faria, colocándolo siempre junto a las mayores glorias de la literatura universal).

Santa Bárbara, California, 22 de octubre de 1972.

Jorge de Sena.

ANEXO: CAMÕES SE DIRIGE A SUS CONTEMPORÁNEOS

Jorge de Sena fue también un excelente poeta. Reproducimos a continuación una de sus poesías más conocidas, en la que el lamento orgulloso de Camões ante la incomprensión y *filisteísmo* de sus críticos, se confunde con el del propio autor, seguro de su valía y del alto rango de su obra. Se ha dicho en ocasiones que Sena sólo aceptaba el parangón con Pessoa, entre los escritores contemporáneos. Pero con la misma justicia también podríamos aplicar estos versos a Manuel de Faria e Sousa, tal como hemos visto en las páginas anteriores.

Podereis roubar-me tudo:
as ideias, as palavras, as imagens,
e também as metáforas, os temas, os motivos,
os símbolos, e a primazia
nas dores sofridas de uma língua nova,
no entendimento de outros, na coragem
de combater, julgar, de penetrar
em recessos de amor para que sois castrados.
E podereis depois não me citar,
suprimir-me, ignorar-me, aclamar até
outros ladrões mais felizes.
Não importa nada: que o castigo
será terrível. Não só quando
vossos netos não souberem já quem sois
terão de me saber melhor ainda
do que fingis que não sabeis,
como tudo, tudo o que laboriosamente pilhais,
reverterá para o meu nome. E mesmo será meu,
tido por meu, contado como meu,
até mesmo aquele pouco e miserável
que, só por vós, sem roubo, haveríeis feito.
Nada tereis, mas nada: nem os ossos,
que um vosso esqueleto há-de ser buscado,
para passar por meu. E para outros ladrões,
iguais a vós, de joelhos, porem flores no túmulo.

Assis, 11 de junio de 1961

«Algunos me aconsejaban que tratase de traducir...; mas verdaderamente el traducir (y más de portugués en castellano) arguye mayor deseo de ser autor, que ingenio para serlo. Demás que no hay traducción que no sea afrenta del traducido.» Aunque Manuel de Faria es terminante, y no dejamos de aceptar lo acertado de su actitud, vamos a atrevernos a conculcarlo, y a perpetrar este

Intento de traducción

Podréis robarme todo:
las ideas, las palabras, las imágenes,
y también las metáforas, los temas, los motivos,
los símbolos, y la primacía
en los dolores de una nueva lengua,
en la comprensión de los otros, en el coraje
de combatir, juzgar, de penetrar
en rincones enamorados que se os niegan.
Y después podréis no citarme,
suprimirme, ignorarme, aclamar incluso
a otros ladrones más felices.
No pasa nada: el castigo
será terrible. No sólo cuando
vuestros nietos no sepan ya quiénes sois,
habrán de conocerme mejor, en vez
de lo que vosotros simuláis ignorarme,
y todo, todo lo que esforzadamente robáis,
regresará a mi nombre. Y entonces será mío,
tenido por mío, contado como mío,
incluso aquello poco y miserable
que, vosotros solos, sin plagio, hayáis hecho.
Nada tendréis, nada de nada: ni los huesos,
pues buscarán vuestro esqueleto
para que pase por mío. Y para que otros ladrones,
iguales a vosotros, de rodillas, llenen de flores la tumba.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*

- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas* (1751-1790)
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés* (1918-1920)
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas* (republicanas y regionalistas)
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911* (*Encyclopædia Britannica*)
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhagos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*

- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista (6 tomos)*
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdèvis du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*

- 424 Dolores Ibárruri “Pasionaria”, *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l’Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*

- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía* 1698-1701
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana* 1931-1935
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid* 1933-1935
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odrizola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California* (1774-1799)
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra* (1893-1895)
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas* 1930-2000
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano* (1936-1939)
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia"* (1931-1936)
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña* (1640-1648)
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa* (1869-1871)
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*

- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*

- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*

- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*

- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*

- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*

- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino* (Codex Calixtinus)
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*

- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)